

DAD

181

CIÓN

VON  
PQ6181

R6

AL



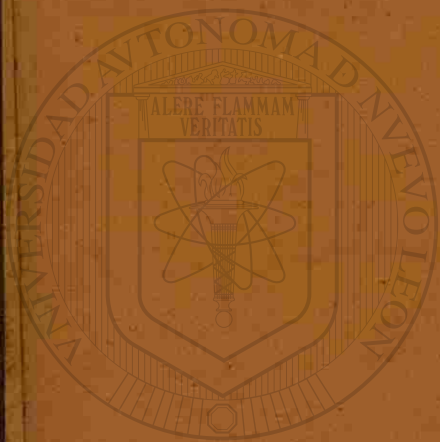
1020017723



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA UNIVERSAL

COLECCION

1911

OBRA DE AUTORES

CONSTITUCION

REPUBLICANA Y REPRESENTATIVA

BIBLIOTECA UNIVERSAL

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

MADEIRA

1911

111348

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,  
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

TOMO XVI.

ROMANERO CABALLERESCO



MADRID  
DIRECCION Y ADMINISTRACION  
calle de las Hileras, número 14.

1875

ACERVO DE LITERATURA  
111346

PQ618/  
126



Madrid, 1875.—IMP. EST. Y CALV. DE ARIBAU Y C.<sup>ta</sup>

SUCESORES DE RIVADENEYRA.

IMPRESORES DE CAMARA DE S. M.

calle del Duque de Osuna, número 3.

## ROMANCES CABALLERESCOS.

### VERGILIOS.

Mandó el rey prender Vergilios,  
Y á buen recado poner  
Por una traición que hizo  
En los palacios del Rey:  
Porque forzó una doncella  
Llamada Doña Isabel,  
Siete años lo tuvo preso,  
Sin que se acordase dél:  
Y un domingo estando en misa  
Vinole memoria dél.  
— Mis caballeros, Vergilios,  
¿Qué se había hecho dél?—  
Allí habló un caballero  
Que á Vergilios quiere bien:  
— Preso lo tiene tu Alteza,  
Y en tus cárceles lo tien.  
— Via, á comer, mis caballeros,  
Caballeros, via, á comer,  
Despues que hayamos comido  
A Vergilios vamos ver.—  
Allí hablára la Reina;

— Yo no comeré sin él. —

A las cárceles se van  
Adonde Vergilios es.

— ¿Qué haceis vos aquí, Vergilios?  
Vergilios, ¿aquí que haceis?

— Señor, peino mis cabellos,  
Y las mis barbas tambien:

Aquí me fueron nacidas,  
Aquí me han de encanecer;  
Que hoy se cumplen siete años  
Que me mandaste prender.

— Calles, calles tú, Vergilios,  
Que tres faltan para diez.

— Señor, si manda tu Alteza,  
Toda mi vida estaré.

— Vergilios, por tu paciencia  
Conmigo irás á comer.

— Rotos tengo mis vestidos,  
No estoy para parecer.

— Yo te los daré, Vergilios,  
Yo dártelos mandaré. —

Plúgole á los caballeros  
Y á las doncellas tambien;

Mucho mas plugo á una dueña  
Llamada Doña Isabel.

Llamán luego un arzobispo,  
Ya la desposan con él.

Tomárala por la mano,  
Y llévasela á un verjel.

LA INFANTINA.

De Francia partió la niña,  
De Francia la bien guarnida;

Ibase para Paris,  
Do padre y madre tenia.

Errado lleva el camino,  
Errada lleva la vía:

Arrimárase á un roble  
Por esperar compañía.

Vió venir un caballero,  
Que á Paris lleva la guía.

La niña desque lo vido  
Desta suerte le decia:

— Si te place, caballero,  
Llévesme en tu compañía.

— Pláceme, dijo, señora,  
Pláceme, dijo, mi vida. —

Apeóse del caballo  
Por hacelle cortesía;

Puso la niña en las ancas  
Y subiórase en la silla.

En el medio del camino  
De amores la requeria.

La niña desque lo oyera  
Dijole con osadía:

— Tate, tate, caballero,  
No hagais tal villanía:

Hija soy yo de un malato  
Y de una malatía;

El hombre que á mí llegase  
Malato se tornaría. —

Con temor el caballero  
Palabra no respondia.

Y á la entrada de Paris  
La niña se sonreía.

— ¿De qué os reis, mi señora?  
¿De qué os reis, vida mía?

— Ríome del caballero,

Y de su gran cobardía,  
¡Tener la niña en el campo,  
Y catarle cortésia! —  
Con vergüenza el caballero  
Estas palabras decía:  
— Vuelta, vuelta, mi señora,  
Que una cosa se me olvida. —  
La niña como discreta  
Dijo: — Yo no volvería,  
Ni persona, aunque volviese,  
En mi cuerpo tocaría:  
Hija soy del rey de Francia  
Y la reina Constantina:  
El hombre que á mi llegase  
Muy caro le costaría.

EL CONDE ARNALDOS.

¡Quién hubiese tal ventura  
Sobre las aguas del mar,  
Como hubo el conde Arnaldos  
La mañana de San Juan!  
Con un falcon en la mano  
La caza iba á cazar,  
Y venir vió una galera  
Que á tierra quiere llegar.  
Las velas traía de seda,  
La jarcia de un cendal.  
Marinero que la manda  
Diciendo viene un cantar,  
Que la mar ponía en calma,  
Los vientos hace amainar,  
Los peces que andan al hondo  
Arriba los hace andar,

Las aves que andan volando  
Las hace al mástil posar:  
— Galera, la mi galera,  
Dios te me guarde de mal,  
De los peligros del mundo  
Sobre aguas de la mar,  
De los llanos de Almería,  
Del estrecho de Gibraltar,  
Y del golfo de Venecia,  
Y de los bancos de Flándes,  
Y del golfo de Leon,  
Donde suelen peligrar. —  
Allí habló el conde Arnaldos,  
Bien oiréis lo que dirá:  
— Por Dios te ruego, el marino,  
Digaisme ora ese cantar. —  
Respondióle el marinero,  
Tal respuesta le fué á dar:  
— Yo no digo esta cancion  
Sino á quien conmigo va. —

DON DUARDOS Y FLÉRIDA.

En el mes era de Abril,  
De Mayo antes un día,  
Cuando los lirios y rosas  
Muestran más su alegría,  
En la noche mas serena,  
Qu'el cielo hacer podría,  
Cuando la hermosa Infanta  
Flérída ya se partía,  
En la huerta de su padre  
A los árboles decía:  
— Jamas en cuanto viviere



Os veré tan solo un día,  
Ni cantar los ruiseñores  
En los ramos melodía.  
Quédate adios, agua clara,  
Quédate adios, agua fría,  
Y quedad con Dios, mis flores,  
Mi gloria, que ser solía.  
Vóime á las tierras extrañas,  
Pues ventura allá me guía.  
Si mi padre me buscáre,  
Que grande bien me quería,  
Digan que el amor me lleva,  
Que no fué la culpa mía.  
Tal tema tomó conmigo,  
Que me forzó su porfía,  
Triste no sé dónde voy,  
Ni nadie me lo decía.—  
Allí habló Don Duardos :  
— No lloreis más, mi alegría,  
Que en los reinos de Inglaterra  
Más claras aguas había,  
Y más hermosos jardines,  
Y vuestros, señora mía :  
Terneis trescientas doncellas  
De alta genealogía ;  
De plata son los palacios  
Para vuestra señoría :  
D'esmeraldas y jacintos  
Toda la tapicería ;  
Las cámaras ladrilladas  
D'oro fino de Turquía,  
Con letreros esmaltados  
Que cuentan la vida mía,  
Contando vivos dolores  
Que me distedes un día.

Quando con Primaleon  
Fuertemente combatía,  
Señora, vos me matastes,  
Que yo á él no lo temía.—  
Sus lágrimas consolaba  
Flérída, que esto oía,  
Y fuéronse á las galeras,  
Que Don Duardos había :  
Cinuenta eran por todas,  
Todas van en compañía.  
Al són de sus dulces remos  
La Infanta se adormecía  
En brazos de Don Duardos,  
Que bien le pertenecía.  
Sepan cuantos son nacidos  
Aquesta sentencia mía :  
«Que contra muerte y amor  
Nadie no tiene valía.»

EL SOLDAN DE BABILONIA Y EL CONDE  
DE NARBONA.

Del Soldan de Babilonia,  
De ese os quiero decir,  
Que le dé Dios mala vida  
Y á la postre peor fin.  
Armó naves y galeras,  
Pasan de sesenta mil,  
Para ir á dar combate  
A Narbona la gentil.  
Allá van á echar ancóras,  
Allá al puerto de Sant Gil,  
Donde han captivado al Conde,  
Al conde Benalmequi.

Deciéndelo de una torre,  
Cabálgalo en un rocín,  
La cola le dan por riendas  
Por mas deshonrado ir.  
Cient azotes dan al Conde  
Y otros tantos al rocín;  
Al rocín porque anduviese,  
Y al Conde por lo rendir.  
La Condesa que lo supo  
Sáleselo á recibir:  
— Pésame de vos, señor  
Conde, de veros así,  
Daré yo por vos, el Conde,  
Las doblas sesenta mil,  
Y si no bastaren, Conde,  
Á Narbona la gentil.  
Si esto no bastáre, el Conde,  
Tres hijas que yo pari:  
Yo las pariera, buen Conde,  
Vos las hubisteis en mí;  
Y si no bastáre, Conde,  
Señor, védesme aquí á mí.  
— Muchas mercedes, Condesa,  
Por vuestro tan buen decir:  
No dedes por mí, señora,  
Tan solo un maravedí,  
Que heridas tengo de muerte,  
Dellas no puedo guarir:  
Adios, adios, la Condesa,  
Que me mandan ir de aquí.  
— Váyades con Dios, el Conde,  
Y con gracia de Sant Gil:  
Dios os eche en vuestra suerte  
A ese Soldan paladin.

EL CONDE DON MARTIN Y DOÑA BEATRIZ.

Bodas hacian en Francia  
Allá dentro de París;  
¡ Cuán bien que guía la danza  
Esta Doña Beatriz!  
¡ Cuán bien que se la miraba  
El buen conde Don Martin!  
— ¿ Qué mirais aquí, buen Conde?  
Conde, ¿ qué mirais aquí?  
¿ Decid si mirais la danza,  
O si me mirais á mí?  
— Que no miró yo la danza,  
Porque muchas danzas vi,  
Miro yo vuestra lindeza  
Que me hace penar á mí.  
— Si bien os parezco, Conde,  
Conde, saqueisme de aquí,  
Que un marido me dan viejo  
Y no puede ir tras mí.

DON BERNALDINO.

Ya piensa Don Bernaldino  
Ir su amiga visitar,  
Da voces á los sus pajes,  
Que vestir le quieran dar.  
Dábanle calzas de grana,  
Borceguis de cordobán,  
Un jubon rico broslado,  
Que en la corte no hay su par.  
Dábanle una rica gorra,  
Que no se podría apreciar.

Con una letra que dice:  
« Mi gloria por bien amar. »  
La riqueza de su manto  
No os la sabría contar;  
Sayo de oro de martillo  
Que nunca se vió su igual.  
Una blanca hacanea  
Mandó luego ataviar,  
Con quince mozos de espuelas  
Que le van acompañar.  
Ocho pajes van con él,  
Los otros mandó tornar;  
De morado y amarillo  
Es su vestir y calzar.  
Allegado han á las puertas  
De su amiga solía estar;  
Hallan las puertas cerradas,  
Empiezan de preguntar:  
— ¿ Dónde está Doña Leonor,  
La que aquí solía morar ?  
Respondió un maldito viejo,  
Que él luego mandó matar.  
— Su padre se la llevó  
Lejas tierras á habitar. —  
El rasga sus vestiduras  
Con enojo y gran pesar,  
Y volvióse á los palacios  
Donde solía reposar;  
Puso una espada á sus pechos  
Por sus días acabar.  
Un su amigo que lo supo  
Venialo á consolar,  
Y en entrando por la puerta  
Vidolo tendido estar.  
Empieza á dar tales voces,

Que al cielo quieren llegar.  
Vienen todos sus vasallos,  
Procuran de lo enterrar  
En un rico monumento  
Todo hecho de cristal,  
En torno del cual se puso  
Un letrero singular:  
« Aquí está Don Bernaldino  
» Que murió por bien amar. »

EL INFANTE VENGADOR.

Hélo, hélo por do viene  
El infante vengador,  
Caballero á la jineta  
En caballo corredor.  
Su manto revuelto al brazo,  
Demudada la color,  
Y en la su mano derecha  
Un venablo cortador.  
Con la punta del venablo  
Sacaría un arador.  
Siete veces fué templado  
En la sangre de un dragon,  
Y otras tantas fué afilado  
Porque cortase mejor:  
El hierro fué hecho en Francia,  
Y el asta en Aragon:  
Perfilándose iba  
En las alas de su halcon.  
Iba á buscar á Don Cuadros,  
A Don Cuadros el traidor;  
Y allá le fuera á hallar,  
Junto del Emperador.

La vara tiene en la mano,  
Que era justicia mayor.  
Siete veces lo pensaba,  
Si le tiraría ó no,  
Y al cabo de las oelto  
El venablo le arrojó.  
Por dar al dicho Don Cuadros  
Dado ha al Emperador:  
Pasado le ha mantó y sayo  
Que era de un tornasol.  
Por el suelo ladrillado  
Más de un palmo le metió.  
Allí le habló el Rey,  
Bien oiréis lo que habló:  
— ¿Por qué me tiraste, Infante?  
¿Por qué me tiras, traidor?  
— Perdóneme tu Alteza,  
Que no tiraba á tí, no:  
Tiraba al traidor de Cuadros;  
Ese falso engañador,  
Que de siete hermanos que tenía,  
No ha dejado, si á mí no:  
Por eso delante tí,  
Mi buen Rey, lo riepto yo.—  
Todos fian á Don Cuadros,  
Y al Infante no fian, no,  
Si no fuera una doncella,  
Hija es del Emperador,  
Que los tomó por la mano,  
Y en el campo los metió.  
A los primeros encuentros  
Cuadros en tierra cayó.  
Apeárase el Infante,  
La cabeza le cortó,  
Y tomárala en su lanza,

Y al buen Rey la presentó.  
De que aquesto vido el Rey  
Con su hija le casó.

LA INFANTA ENCANTADA.

A cazar va el caballero,  
A cazar como solía:  
Los perros lleva cansados,  
El falcon perdido había,  
Arrimárase á un roble,  
Alto es á maravilla.  
En una rama más alta,  
Viera estar una Infantina:  
Cabellos de su cabeza  
Todo aquel roble cobrian.  
—No te espantes, caballero,  
Ni tengas tamafia grima,  
Hija soy yo del buen Rey  
Y la Reina de Castilla:  
Siete fadas me fadaron  
En brazos de una ama mía,  
Que andase los siete años  
Solita en esta montaña.  
Hoy se cumplan los siete años,  
O mañana en aquel día:  
Por Dios ruego, caballero,  
Llévesme en tu compañía,  
Si quisieses por mujer,  
Si no, sea por amiga.  
—Esperéisme vos, señora,  
Hasta mañana, aquel día,  
Iré yo á tomar consejo  
De una madre que tenía.—

La niña le respondiera  
Y estas palabras decía:  
—¡Oh mal haya el caballero  
Que sola deja la niña! —  
El se va á tomar consejo,  
Y ella queda en la montiña.  
Aconsejóle su madre  
Que la tome por amiga.  
Cuando volvió el caballero  
No hallára la Infantina:  
Vidola que la llevaban  
Con muy gran caballería.  
El caballero que la vido  
En el suelo se caía:  
Desque en sí hubo tornado  
Estas palabras decía:  
—Caballero que tal pierde,  
Muy gran pena merecía:  
Yo mesmo seré el alcalde,  
Yo me seré la justicia:  
Que me corten piés y manos  
Y me arrastren por la villa.

EL ADÚLTERO CASTIGADO.

Blanca sois, señora mía,  
Más que no el rayo del sol:  
¿Si la dormiré esta noche  
Desarmado, sin pavor?  
Que siete años había, siete  
Que no me desarmo, no!  
Más negras tengo mis carnes  
Que no un tiznado carbon.  
—Dormidla, señor, dormidla,

Desarmado, sin temor,  
Que el Conde es ido á la caza  
A los montes de León.  
—Rabia le mate los perros,  
Y águilas el su halcón,  
Y del monte hasta la casa  
A él arrastre el moron. —  
Ellos en aquesto estando  
Su marido que llegó:  
—¿Qué haceis, la blanca niña,  
Hija de padre traidor?  
—Señor, peino mis cabellos,  
Peñolos con gran dolor,  
Que me dejais á mí sola  
Y á los montes os vais vos.  
—Esas palabras, la niña,  
No eran sino traicion:  
—¿Cuyo es aquel caballo  
Que allá bajo relinchó?  
—Señor, era de mi padre,  
Y enviélo para vos.  
—¿Cuyas son aquellas armas  
Que están en el corredor?  
—Señor, eran de mi hermano,  
Y hoy vos las envió.  
—¿Cuya es aquella lanza  
Que desde aquí la veo yo?  
—Tomadla, Conde, tomadla,  
Matadme con ella vos,  
Que aquesta muerte, buen Conde,  
Bien os la merezco yo.

LA CONSTANCIA.

Mis arreos son las armas,  
Mi descanso es pelear,  
Mi cama las duras penas,  
Mi dormir siempre velar.  
Las manidas son oscuras,  
Los caminos por usar,  
El cielo con sus mudanzas  
Ha por bien de me dañar  
Andando de sierra en sierra  
Por orillas de la mar,  
Por probar si en mi ventura  
Hay lugar donde avadar ;  
Pero por vos, mi señora  
Todo se ha de comportar.

LA DAMA DEL CONDE ALEMÁN.

A tan alta va la luna  
Como el sol á mediodía,  
Cuando el buen Conde alemán  
Con esa dama dormía.  
No lo sabe hombre nacido  
De cuantos en corte había,  
Si no sólo era la Infanta,  
Aquesa Infanta su hija,  
Así su madre la hablaba,  
Desta manera decía :  
— Cuanto viéredes, Infanta,  
Cuanto vierdes encobridlo :  
Daros ha el Conde alemán  
Un buen manto de oro fino.

— ¡Mal fuego le quemé, madre  
Ese manto de oro fino,  
Cuando en vida de mi padre  
Tuviese padrastro vivo !—  
De allí se fuera llorando :  
El Rey su padre la ha visto.  
— ¿ Por qué llorais, la Infanta ?  
Decid, ¿ quién llorar os hizo ?  
— Yo me estaba aquí comiendo,  
Comiendo sopas en vino ;  
Entrára el Conde alemán  
Y echólas por el vestido.  
— Calleis, mi hija, calleis ;  
No tomeis de eso pesar.  
Que el Conde es niño y mochacho ;  
Hacerlo ha por burlar.  
— ¡ Mal fuego quemase, padre,  
Tal reir y tal burlar !  
Cuando me tomé en sus brazos,  
Conmigo quiso folgar.  
— Si él os tomó en sus brazos,  
Y con vos quiso folgar,  
En ántes que el sol saliese  
Yo le mandaré matar.

DESLICES DE AMOR.

Tiempo es, el caballero,  
Tiempo es de andar aquí,  
Que ni puedo andar en pie,  
Ni al Emperador servir,  
Pues me crece la barriga,  
Y se me acorta el vestir :  
Vergüenza he de mis doncellas,

Las que me dan el vestir ;  
Miranse unas á otras ,  
No hacen sino reir :  
Vergüenza he de mis caballeros,  
Los que sirven ante mí.  
—Lloradlo, dijo, señora,  
Que así hizo mi madre á mí ;  
Hijo soy de un labrador,  
Mi madre y yo pan vendí.—  
La Infanta desde que esto oyera  
Comenzóse á maldecir :  
— ¡ Maldita sea la doncella  
Que se deja seducir !  
—No os maldigais vos, señora,  
No os queráis vos maldecir,  
Que hijo soy del Rey de Francia,  
Mi madre es Doña Beatriz.  
Cien castillos tengo en Francia,  
Señora, para os guarir ;  
Cien doncellas me los guardan,  
Señora, para os servir.

EL AMOR FILIAL.

Paseábase el buen Conde  
Todo lleno de pesar,  
Cuentas negras en sus manos  
Do suele siempre rezar,  
Palabras tristes diciendo,  
Palabras para llorar.  
—Véos, hija, crecida,  
Y en edad para casar ;  
El mayor dolor que siento  
Es no teneros que dar.

Calledes, padre, calledes,  
No debeis tener pesar,  
Que quien buena hija tiene  
Rico se debe llamar ;  
Y el que mala la tenía,  
Viva la puede enterrar,  
Pues amengua su linaje  
Que no debiera amenguar,  
Y yo, si no me casáre,  
En religion puedo entrar.

LA ESPOSA FIEL.

— Caballero de lejas tierras,  
Llegaos acá, y pareis,  
Hinquedes la lanza en tierra,  
Vuestro caballo arrendéis,  
Preguntaros he por nuevas  
Si mi esposo conoceis.  
—Vuestro marido, señora,  
Decid, ¿de qué señas es?  
—Mi marido es mozo y blanco,  
Gentil hombre y bien cortés,  
Muy gran jugador de tablas,  
Y tambien del ajedrez.  
En el pomo de su espada  
Armas trae de un marques,  
Y un gran ropón de brocado  
Y de carmesí al enves :  
Cabe el fierro de la lanza  
Trae un pendón portugués,  
Que ganó en unas justas  
A un valiente frances.  
—Por esas señas, señora,

Tu marido muerto es :  
En Valencia le mataron  
En casa de un ginoves :  
Sobre el juego de las tablas  
Lo matara un milanés.  
Muchas damas lo lloraban,  
Caballeros con arnes,  
Sobre todo lo lloraba  
La hija del ginoves ;  
Todos dicen á una voz  
Que su enamorada es :  
Si habeis de tomar amores,  
Por otro á mí no dejeis.  
— No me lo mandeis, señor,  
Señor, no me lo mandeis,  
Que antes que yo eso hiciese :  
Señor, monja me vereis.  
— No os metais monja, señora,  
Pues que hacello no podeis,  
Que vuestro marido amado  
Delante de vos teneis.

ROMANCE DE GERINELDO.

Levantose Gerineldo  
Que al Rey dejara dormido :  
Fuese para la Infanta  
Donde estaba en el castillo.  
— Abraisme, dijo, señora,  
Abraisme, cuerpo garrido.  
— ¿Quién sois vos, el caballero,  
Que llamais á mi postigo ?  
— Gerineldo soy, señora,  
Vuestro tan querido amigo.—

Tomárala por la mano,  
En un lecho la ha metido,  
Y besando y abrazando  
Gerineldo se ha dormido.  
Recordado habia el Rey  
De un sueño despavorido :  
Tres veces lo habia llamado,  
Ninguna le ha respondido.  
— Gerineldo, Gerineldo,  
Mi camarero polido,  
Si me andas en traicion,  
Trátasme como á enemigo.  
O dormias con la Infanta,  
O me has vendido el castillo.—  
Tomó la espada en la mano,  
En gran saña va encendido :  
Fuérase para la cama  
Donde á Gerinaldo vido.  
El quisieralo matar ;  
Mas crióle de chiquito.  
Sacára luego la espada,  
Entre entrambos la ha metido,  
Porque desque recordase  
Viése cómo era sentido.  
Recordado habia la Infanta,  
E la espada ha conocido.  
— Recordados, Gerineldo,  
Que ya érades sentido,  
Que la espada de mi padre  
Yo me la he bien conocido.

ESPINELO.

Muy malo estaba Espinelo,  
En una cama yacia,



Los bancos eran de oro,  
Las tablas de plata fina;  
Los colchones en que duermo  
Son de una holandá muy fina.  
Las sábanas que le cubren  
En el agua no se vian.  
La colcha que en ella ponen  
Sembrada es de perlería;  
A su cabecera tiene  
Mataleona, su querida;  
Con las plumas de un pavón  
La su cara le resfria.  
Estando en este solaz  
Tal demanda le hacia.  
— Espinelo, mi Espinelo,  
¿Cómo naciste en buen día!  
El día que tú naciste  
La luna estaba crecida,  
Que ni punto le sobraba,  
Ni punto le fallecia.  
Contádesme, Espinelo,  
Contádesme vuestra vida,  
— Yo te lo diré, señora,  
Con amor y cortesía:  
Mi padre era de Francia,  
Mi madre de Lombardía;  
Mi padre con su poder  
A Francia toda regía.  
Mi madre como señora  
Una ley hecha tenía:  
La mujer que dos pariese  
De un parto y en solo un día,  
Que la den por alevosa  
Y la quemén por justicia,  
O la echen en la mar

Porque adulterado habia.  
Quiso Dios, y su ventura,  
Qu'ella dos hijos paria  
De un parto, y en una hora,  
Que por deshonra tenia.  
Fuérase á tomar consejo  
Con tan loca fantasía  
A una cautiva mora  
Que sabe nigromancia.  
— ¿Qué me aconsejas, la mora,  
Por salvar la honra mía? —  
Respondiérale: — Señora,  
Yo de parecer sería,  
Que tomases á tu hijo,  
El que te se autojaria,  
Y lo echés en la mar  
En un arca de valía,  
Bien embetunada toda,  
Que más segura sería,  
Y pongas también en ella  
Mucho oro y joyería,  
Porque quien al niño hallase  
De criarlo se holgaria. —  
Cayera la suerte en mí,  
Y en la gran mar me ponía,  
La cual, estando muy buena,  
Arrebatado me habia,  
Y púsome en tierra firme  
Con la furor que traía,  
A la sombra de una mata  
Que por nombre Espina habia,  
Que por eso me pusieron  
D'Espinelo nombrada.  
Marineros navegando  
Halláronme en aquel día;

Llevaronme á presentar  
Al gran Soldan de Suria.  
El Soldan no tiene hijo,  
Por su hijo me tenía;  
El Soldan agora es muerto,  
Yo por el Soldan regia.

DON GALVAN Y LA INFANTA.

Bien se pensaba la Reina  
Que buena hija tenía,  
Que del conde don Galvan  
Tres veces parido había,  
Que no lo sabia ninguno  
De los que en la corte había,  
Si no fuese una doncella  
Qu'en su cámara dormía.  
Por un enojo que hubiera  
A la Reina lo decía;  
La Reina se la llamaba  
Y en cámara la metía,  
Y estando en este cuidado  
De palabras la castiga:  
— Hija, si virgen estais,  
Reina seréis de Castilla;  
Hija, si virgen no estais,  
De mal fuego seais ardidá.  
— Madre, tan virgen estoy  
Como el dia que fui nascida.  
Por Dios os ruego, mi madre,  
Que no me dedes marido;  
Doliente estoy de mi cuerpo,  
Que no soy para servillo. —  
Subiérase la Infanta

A lo alto de una torre;  
Si bien labraba la seda,  
Mejor se labraba el oro;  
Vido venir á Galvan  
Telas de su corazon.  
Ellas en aquesto estando  
El parto que la tomó.  
— ¡Ay, por Dios! ¡ay, mi señor!  
Allegueisos á esa torre,  
Recogedme ese mochacho  
En cabo de vuestro manto.  
Dédesmelo á criar  
A la madre que os parió.

CORDURA DE ALIARDA PARA JUSTIFICARSE DE  
LA CALUMNIA DE UN CABALLERO QUE SE  
JACTÓ DE HABERLA GOZADO.

— Esta noche, caballeros,  
Dormí con una doncella,  
Que en los dias de mi vida  
Yo no vi cosa más bella. —  
Todos dicen á una voz.  
— ¡Cierto, cierto, Aliarda es esa! —  
Oídolo habia su hermano,  
Un hermano carnal della,  
Dijéronle allí: — Florencios,  
Bien es casarte con ella.  
— No quiero hacer, caballeros,  
Para mí cosa tan fea,  
En tomar yo por mujer  
La que tuvé por manceba. —  
Aun no acabó Florencios

De decir aquella nueva,  
Cuando todos prontamente  
Dicen luégo : — ¡ Muera, muera !  
¡ Muera aquel que ha deshonrado  
A Aliarda la más bella ! —  
En sabiendo esto Aliarda  
Gran enojo recibiera ;  
Envióles á decir  
En breve desta manera :  
— Pésame, mis caballeros,  
De hacer cosa tan mal hecha  
Que lo que el loco decia  
No era cosa creedera.  
Hasta saberlo de cierto  
No le habian de dar pena.

EL TRAIOR MARQUILLOS Y BLANCA-FLOE.

¡ Cuán traidor eres, Marquillos !  
¡ Cuán traidor de corazon !  
Por dormir con tu señora  
Degollaste á tu señor.  
Desde lo tuviste muerto  
Quitástele el chapiron ;  
Fuéraste al castillo fuerte  
Donde está la Blanca-Flor.  
— Abridme, linda señora,  
Que aquí viene mi señor ;  
Si no lo quereis creer,  
Veis aquí su chapiron. —  
Blanca-Flor desde lo viera,  
Las puertas luégo le abrió ;  
Echóle brazos al cuello,  
Allí luégo la besó ;

Abrazándola y besando  
En un secreto la entró.  
— Marquillos, por Dios te ruego  
Que me concedas un dón ;  
Que no durmieses conmigo  
Hasta que rayase el sol. —  
Marquillos, como es hidalgo,  
El dón luégo le otorgó,  
Y como venia cansado  
En llegando se durmió.  
Levantóse muy ligera  
La hermosa Blanca-Flor ;  
Tomára un cuchillo en mano  
Y á Marquillos degolló.

EL MALDICIENTE.

Ese conde Cabreruelo,  
Con el Rey come á la mesa,  
¡ Oh, cuán mal que se abaldona  
A toda mujer ajena !  
Apuesta que no hay ninguna  
¡ Ved cuán mal pensada apuesta !  
Si le escucha dos razones,  
Que de amores no la venza.  
Como el amor atrevidas,  
Como la fortuna ciegas,  
Como el honor peligrosas,  
Como la mentira inciertas,  
Así jura que son todas ;  
¡ Falsa jura ! ¡ injusta tema !  
La Reina que tal escucha  
Dió sañuda tal respuesta :  
— Todas malas no es posible,

Ni es posible todas buenas;  
Hierbas hay que dan la vida,  
Y quitan la vida hierbas,  
Traidores hombres del mundo  
Han hecho traidoras hembras,  
Dellos aprendieron culpas,  
Si culpas cometen ellas,  
Ellos hablan, ellas oyen,  
Y de mentiras discretas.  
Dichas hoy, dichas mañana,  
¿Quién habrá que se defienda?  
Favorecidos se alaban,  
Disfaman si los desprecian,  
La que los escucha es fácil,  
La que no les habla es necia.  
Cuántas nacen, cuántas viven,  
Por agüero de su estrella,  
Al que menos las merece  
Se inclinan con mayor fuerza.  
Muchas quejas, muchos dones,  
¿Qué mucho que á muchas prendan!  
Ejemplo es la piedra dura,  
Que agua continua la mella.  
Enmendaos, amigo Conde,  
Y de hoy más las damas sean  
Vuestro honor, no vuestro ultraje,  
Vuestra paz, no vuestra guerra;  
Levantad la parte humilde,  
Que es hazaña de alta empresa,  
Todos de mujer nacimos,  
Volvamos todos por ellas.

LANZAROTE DEL LAGO.—I.

Tres hijuelos había el Rey,  
Tres hijuelos, que no más;  
Por enojo que hubo de ellos  
Todos malditos los há.  
El uno se tornó ciervo,  
El otro se tornó can,  
El otro que se hizo moro,  
Pasó las aguas del mar,  
Andábase Lanzarote  
Entre las damas holgando,  
Grandes voces dió la una;  
— Caballero, estad parado;  
Si fuese la mi ventura,  
Cumplido fuese mi hado  
Que yo casase con vos,  
Y vos conmigo de grado,  
Y me diésedes en arras  
Aquel ciervo del pié blanco.  
— Dáreslo hé yo, mi señora,  
De corazón y de grado,  
Si supiese yo las tierras  
Donde el ciervo era criado. —  
Ya cabalga Lanzarote,  
Ya cabalga y va su via,  
Delante de sí llevaba  
Los sabuesos por la trailla.  
Llegado había á una ermita,  
Donde un ermitaño había:  
— Dios te salve, el hombre bueno.  
— Buena sea ta venida;  
Cazador me pareceis  
En los sabuesos que traia.

— Digasme tú, el ermitaño,  
Tú que haces santa vía,  
Ese ciervo del pié blanco  
¿Dónde hace su manida?  
— Quedaos aquí, mi hijo,  
Hasta que sea de día,  
Contaros hé lo que vide,  
Y todo lo que sabía.  
Por aquí pasó esta noche  
Dos horas ántes del día,  
Siete leones con él  
Y una leona parida.  
Siete condes deja muertos,  
Y mucha caballería.  
Siempre Dios te guarde, hijo,  
Por doquier que fuer tu ida,  
Que quien acá te envió  
No te quería dar la vida.  
¡Ay, dueña de Quintañones,  
Del mal fuego seas ardida,  
Que tanto buen caballero  
Por ti ha perdido la vida! —

LANZAROTE DEL LAGO. — II.

Nunca fuera caballero  
De damas tan bien servido,  
Como fuera Lanzarote  
Cuando de Bretaña vino,  
Que dueñas curaban dél,  
Doncellas del su rocino.  
Esa dueña Quintañona,  
Esa le escanciaba el vino,  
Lá linda reina Ginebra

Se lo acostaba consigo;  
Y estando al mejor sabor,  
Que sueño no había dormido,  
La Reina toda turbada  
Un pleito ha conmovido.  
— Lanzarote, Lanzarote,  
Si ántes hubieras venido,  
No hablára el orgulloso  
Las palabras que había dicho,  
Que á pesar de vos, señor,  
Se acostaría conmigo. —  
Ya se arma Lanzarote  
De gran pesar conmovido,  
Despidese de su amiga,  
Pregunta por el camino,  
Topó con el orgulloso  
Debajo de un verde pino:  
Combátense, de las lanzas,  
A las hachas han venido.  
Ya desmaya el orgulloso,  
Ya cae en tierra tendido,  
Cortárale la cabeza,  
Sin hacer ningún partido;  
Volvióse para su amiga  
Donde fué bien recibido.

TRISTAN DE LEONIS.

Ferido está don Tristan  
De una muy mala lanzada,  
Diérasela el Rey su tío,  
Que celoso dél estaba.  
El fierro tiene en el cuerpo,  
De fuera le tiembla el asta;

Valo á ver la reina Iseo  
Por la su desdicha mala.  
Júntense boca con boca  
Como palomillas mansas,  
Llora el uno, llora el otro;  
La cama bañan en agua;  
Allí nace un arboledo  
Que azucena se llamaba,  
Cualquier mujer que la come  
Luego se siente preñada;  
Comiela la reina Iseo  
Por la su desdicha mala.

VALDOVINOS Y EL MARQUÉS DE MANTUA. — I.

De Mantua salió el Marqués  
Danes Urgel el leale;  
Allá va á buscar la caza  
A las orillas del mare.  
Con él van sus cazadores  
Con aves para volare;  
Con él van los sus monteros  
Con perros para cazare;  
Con él van sus caballeros  
Para haberlo de guardare.  
Por la ribera del Po  
La caza buscando vane.  
El tiempo era caluroso,  
Víspera era de Sant Juano.  
Métense en una arboleda  
Para fresco tomáre;  
Al derredor de una fuente  
A todos mandó asentáre,  
Viandas aparejadas

Traen, y procuran yantáre,  
Desque hubieron yantado  
Comenzaron de habláre  
Solamente de la caza  
Cómo se ha de ordenáre.  
Al pié estaban de una breaña  
Que junto á la fuente estae.  
Oyeron un gran ruido  
Entre las ramas sonáre:  
Todos estuvieron quedos  
Por ver qué cosa serae;  
Por las más espesas matas  
Vieron un ciervo asomáre;  
De sed venía fatigado,  
Al agua se iba á lanzáre;  
Los monteros á gran priesa  
Los perros van á soltáre;  
Sueltan lebreles, sabuesos  
Para le haber de tomáre.  
El ciervo que los sintió  
Al monte se vuelve á entráre;  
Caballeros y monteros  
Comienzan de cabalgáre;  
Siguiéndole iban el rastro  
Con gana de le alcanzáre.  
Cada uno va corriendo  
Sin uno á otro esperáre,  
El que traía buen caballo  
Corría más por le atajáre;  
Apártanse unos de otros  
Sin al Marqués aguardáre.  
El ciervo era muy ligero,  
Mucho se fué adelantáre;  
Al ladrido de los perros  
Los más siguiéndo le vane,

Valo á ver la reina Iseo  
Por la su desdicha mala.  
Júntense boca con boca  
Como palomillas mansas,  
Llora el uno, llora el otro;  
La cama bañan en agua;  
Allí nace un arboledo  
Que azucena se llamaba,  
Cualquier mujer que la come  
Luego se siente preñada;  
Comiela la reina Iseo  
Por la su desdicha mala.

VALDOVINOS Y EL MARQUÉS DE MANTUA. — I.

De Mantua salió el Marqués  
Danes Urgel el leale;  
Allá va á buscar la caza  
A las orillas del mare.  
Con él van sus cazadores  
Con aves para volare;  
Con él van los sus monteros  
Con perros para cazare;  
Con él van sus caballeros  
Para haberlo de guardare.  
Por la ribera del Po  
La caza buscando vane.  
El tiempo era caluroso,  
Víspera era de Sant Juano.  
Métense en una arboleda  
Para refresco tomáre;  
Al derredor de una fuente  
A todos mandó asentáre.  
Viandas aparejadas

Traen, y procuran yantáre.  
Desque hubieron yantado  
Comenzaron de habláre  
Solamente de la caza  
Cómo se ha de ordenáre.  
Al pié estaban de una brea  
Que junto á la fuente estae.  
Oyeron un gran ruido  
Entre las ramas sonáre:  
Todos estuvieron quedos  
Por ver qué cosa serae;  
Por las más espesas matas  
Vieron un ciervo asomáre;  
De sed venía fatigado,  
Al agua se iba á lanzáre;  
Los monteros á gran priesa  
Los perros van á soltáre;  
Sueltan lebreles, sabuesos  
Para le haber de tomáre.  
El ciervo que los sintió  
Al monte se vuelve á entráre:  
Caballeros y monteros  
Comienzan de cabalgáre;  
Siguiéndole iban el rastro  
Con gana de le alcanzáre.  
Cada uno va corriendo  
Sin uno á otro esperáre.  
El que traía buen caballo  
Corría más por le atajáre;  
Apártanse unos de otros  
Sin al Marqués aguardáre.  
El ciervo era muy ligero,  
Mucho se fué adelantáre;  
Al ladrido de los perros  
Los más siguiéndo le vane.

El monte era muy espeso,  
Todos perdido se hane.  
El sol se queria poner,  
La noche queria cerráre,  
Quando el buen Marqués de Mantua  
Sólo se fuera á halláre  
En un bosque tan espeso  
Que no podia camináre.  
Andando á un cabo y á otro,  
Mucho alejado se hae;  
Tantas vueltas iba dando  
Que no sabe donde estae.  
La noche era muy oscura,  
Comenzó recio á tronáre;  
El cielo estaba nublado,  
No cesa de relampagueáre.  
El Marqués que así se vido  
Su bocina fué á tomáre  
A sus monteros llamando;  
Tres veces la fué á tocáre.  
Los monteros eran léjos,  
Por demas era el sonáre,  
El caballo iba cansado  
De por las breñas saltáre;  
A cada paso caia,  
No se podia meneáre.  
El Marqués muy enojado  
La rienda le fué á soltáre;  
Por do el caballo queria  
Lo dejaba camináre.  
El caballo era de casta,  
Esfuerzo fuera á tomáre.  
Diez millas ha caminado  
Sin un momento paráre;  
No va camino derecho,

Mas por do podia andáre.  
Caminando todavía,  
Un camino va á topáre;  
Siguiendo por el camino  
Va á dar en un pinare;  
Por él anduvo una pieza  
Sin poder dél se apartáre.  
Pensó reposar allí  
O adelante pasáre;  
Mas por buscar á los suyos  
Adelante quiere andáre.  
Del pinar salió muy presto,  
Por un valle fuera á entráre.  
Quando oyó dar un gran grito  
Temeroso y de pesáre,  
Sin saber que de hombre fuese,  
O de qué pudiese estáre;  
Sólo gran dolor mostraba,  
Otro no pudo notáre,  
De que se turbó el Marqués,  
Todo espeluzado se hae;  
Mas aunque viejo de dias  
Empiezase de esforzáre.  
Por su camino delante  
Empieza de camináre:  
A pié va que no á caballo;  
El caballo va á dejáre,  
Porque estaba muy cansado,  
Y no podia bien andáre;  
En un prado que allí estaba  
Allí le fuera á dejáre.  
Quando llegó á un rio,  
En medio de un arenale  
Vido un caballero muerto,  
Comenzóle de miráre.



Armado estaba de guerra  
A guisa de peleáre;  
Los brazos tenía cortados,  
Las piernas otro que tale,  
Y más adelante un poco  
Una voz sintió habláre:  
— ¡Oh, Santa María Señora,  
No me quieras olvidáre!  
¡A tí encomiendo mi alma,  
Plégate de la guardáre!  
En este trago de muerte  
Esfuerzo me quieras dáre;  
Pues á los tristes consuelas  
Quieres á mí consoláre,  
Y al tu precioso Hijo  
Por mí te plega rogáre  
Que perdone mis pecados,  
Mi alma quiera salváre. —  
Cuando aquesto oyó el Marqués  
Luégo se fuera apartáre;  
Revolvióse el manto al brazo,  
La espada fuera á sacáre;  
Apartado del camino  
Por el monte fuera á entráre;  
Hácia do sintió la voz  
Empieza de caminaré.  
Las ramas iba cortando  
Para la vuelta acertáre;  
A todas partes miraba  
Por ver qué cosa serae;  
El camino por do iba  
Cubierto de sangre estae.  
Vínole grande congoja,  
Todo se fné á demudáre,  
Que el espíritu le daba

Sobresalto de pesáre,  
De donde la voz oyera  
Muy cerca fuera á llegáre;  
Al pié de unos altos robles  
Vido un caballero estáre,  
Armado de todas armas  
Sin estoque ni puñale.  
Tendido estaba en el suelo,  
No cesa de se quejáre;  
Las lástimas que decia  
Al Marqués hacen lloráre;  
Por entender lo que dice  
Acordó de se acercáre.  
Atento estaba escuchando  
Sin bullir ni menearse;  
Lo que decia el caballero  
Razon es de lo contáre.  
— ¿Dónde estás, señora mía,  
Que no te pena mi male?  
De mis pequeñas heridas  
Compasion solias tomáre,  
¡Agora de las de muerte  
No tienes ningun pesáre!  
No te doy culpa, señora,  
Que descanso en el habláre;  
Mi dolor, que es muy sobrado,  
Me hace desatináre.  
Tú no sabes de mi mal  
Ni de mi angustia mortale;  
Yo te pedí la licencia  
Para mi muerte buscáre.  
Pues yo la hallé, señora,  
A nadie debo culpáre,  
Cuanto más á tí, mi bien,  
Que no me la quieras dáre;

Mas cuando más no podiste,  
Bien senti tu gran pesare  
En la fe de tu querer,  
Segun te vi demostráre.  
¡Esposa mia y señora!  
No cures de me esperáre;  
Hasta el dia del juicio  
No nos podemos juntáre.  
Si viviendo me quisiste,  
Al morir lo has de mostráre,  
No en hacer grandes extremos,  
Mas por el alma rogáre.  
¡Oh, mi primo Montesinos!  
¡Infante don Meriane!  
¡Deshecha es la compañía,  
En que solíamos andáre!  
¡Ya no esperéis más de verme,  
No os cumple ya más buscáre,  
Que en balde trabajaréis  
Pues no me podréis halláre!  
¡Oh esforzado don Renaldos!  
¡Oh buen paladin Roldane!  
¡Oh valiente don Urgel!  
¡Oh don Ricardo Normante!  
¡Oh marqués don Oliveros!  
¡Oh Durandarte el galane!  
¡Oh archiduque don Estolfo!  
¡Oh gran duque de Milane!  
¿Dónde sois todos vosotros?  
¿No venis á me ayudáre?  
¡Oh emperador Carlo Magno,  
Mi buen señor naturale,  
Si supieses tú mi suerte  
Cómo la harías vengáre!  
Aunque me mató tu hijo

Justicia quieras guardáre,  
Pues me mató á traicion  
Viniéndole acompañáre.  
¡Oh príncipe don Carloto!  
¿Qué ira tan desiguale  
Te movió sobre tal caso  
A quererme así matáre  
Rogándome que viniese  
Contigo por te guardáre?  
¡Oh desventurado yo,  
Cómo venia sin cuidáre  
Que tan alto caballero  
Pudiese hacer tal maldade!  
Pensando venir á caza  
Mi muerte vine á cazáre.  
No me pesa del morir  
Pues es cosa naturale;  
¡Más por morir como muero  
Sin merecer ningun male,  
Y en tal parte donde nunca  
La mi muerte se sabrae!  
¡Oh alto Dios poderoso,  
Justiciero y de verdade,  
Sobre mi muerte inocente  
Justicia quieras mostráre:  
¡Desta ánima pecadora  
Quieres haber piedade!  
¡Oh triste reina mi madre,  
Dios te quiera consoláre,  
Que ya es quebrado el espejo  
En que te solias miráre!  
Siempre de mí recelabas  
Recebir algun pesáre;  
¡Agora de aquí adelante  
No te cumplé receláre!

En las justas y torneos  
Consejos me solias dáre ;  
¡ Agora triste en la muerte  
Aun no me puedes habláre !  
¡ Oh noble Marqués de Mantua ,  
Mi señor tío carnale !  
¿ Dónde estás que no ois  
Mi doloroso quejáre ?  
¿ Qué nueva tan dolorosa  
Os será y de gran pesáre  
Cuando de mi no supierdes  
Ni me pudierdes halláre !  
Hicistesme heredero  
Por vuestro estado heredáre ,  
¡ Mas vos lo habréis de ser mío  
Aunque sois de más edade !  
¡ Oh mundo desventurado ;  
Nadie debe en ti fiáre :  
Al que más subido tienes  
Mayor caída haces dáre ! —  
Estas palabras diciendo ,  
No cesa de sospiráre  
Sospiros muy dolorosos  
Para el corazon quebráre .  
Turbado estaba el Marqués ,  
No pudo más escucháre :  
El corazon se le aprieta ,  
La sangre vuelto se le hae .  
A los piés del caballero  
Junto se fué á llegáre ;  
Con la voz muy alterada  
Empezóle de habláre :  
— ¿ Qué mal teneis , caballero ?  
¿ Queredes me lo contáre ?  
¿ Teneis heridas de muerte ,

O teneis otro algun male ? —  
Cuando lo oyó el caballero  
La cabeza probó alzáre :  
Pensó que era su escudero ,  
Tal respuesta le fué á dáre :  
— ¿ Qué dices , amigo mío ?  
¿ Traes con quien me confesáre ?  
Que ya se me sale el alma ;  
La vida quiero acabáre :  
Del cuerpo no tenga pena ,  
Que el alma querria salváre . —  
Luégo le entendió el Marqués  
Por otro le fué á tomáre :  
Respondióle muy turbado  
Qué apenas pudo habláre :  
— Yo no soy vuestro criado ,  
Nunca comi vuestro pane ,  
Antes soy un caballero  
Que por aquí acerté á pasáre :  
Vuestras voces dolorosas  
Aqui me han hecho llegáre  
A saber qué mal teneis .  
O de qué es vuestro penáre .  
Pues que caballero sois ,  
Querades vos esforzáre ,  
Que para esto es este mundo  
Para bien y mal pasáre .  
Decidme , señor quién sois  
Y de qué es vuestro male ,  
Que si remediarse puede  
Yo os prometo de ayudáre .  
No dudeis , buen caballero ,  
De decirme la verdade . —  
Tornara en sí Valdovinos ,  
Tal respuesta le fué á dáre ;

Muchas mercedes, señor,  
Por la buena voluntad ;  
Mi mal es crudo y de muerte,  
No se puede remediáre.  
Veinte y dos heridas tengo  
Que cada una es mortale ;  
El mayor dolor que siento,  
Es morir en tal lugáre,  
Do no se sabrá mi muerte  
Para poderse vengáre,  
Porque me han muerto á traicion  
Sin merescer ningun male.  
A lo que habeis preguntado  
Por mí fe os digo verdade,  
Que á mí dicen Valdovinos,  
Que el Franco solian llamáre :  
Hijo soy del Rey de Dacia,  
Hijo soy suyo carnale,  
Uno de los doce pares  
Que á la mesa comen pane.  
La reina doña Ermelina  
Es mi madre naturale,  
El noble Marqués de Mantua  
Era mi tío carnale,  
Hermano era de mi padre  
Sin en nada discrepáre :  
La linda infanta Sevilla  
Es mi esposa sin dudáre :  
Hame herido Carloto  
Su hijo del Emperante,  
Porque él requirió de amores  
A mi esposa con maldade :  
Porque no le dió su amor  
El en mí se fué á vengáre,  
Pensando que por mi muerte

Con ella habia de casáre.  
Hame muerto á traicion  
Viniendo yo á le guardáre,  
Porquel me rogó en París  
Le viniese acompañáre  
A dar fin á una aventura  
En que se queria probáre.  
Quien quier que seais, caballero  
La nueva os plega lleváre  
De mi desastrada muerte  
A París, esa ciudade,  
Y si hácia París no fuerdes,  
A Mántua la iréis á dáre,  
Qu'el trabajo que ende habréis  
Muy bien os lo pagarane,  
Y si no quisierdes paga,  
Bien se os agradeceráe. —  
Cuando aquesto oyó el Marqués  
La habla perdido hae,  
En el suelo dió consigo,  
La espada fué arrojáre,  
Las barbas de la su cara  
Empezólas de arrancare,  
Los sus cabellos muy canos  
Comiéndalos de mesáre.  
A cabo de una gran pieza  
En pié se fué á levantáre ;  
Allegóse al caballero  
Por las armas le quitáre.  
Desque le quitó el almete  
Comenzóle de miráre :  
Estaba en sangre bañado,  
Con la color muy mortale ;  
Estaba desfigurado,  
No lo podia figuráre,

No lo podía conocer  
En el gesto ni el hablár;  
Dudando estaba dudando  
Si era mentira ó verdade.  
Con un paño que traía  
La cara le fué á limpiár:  
Desque lo hubo limpiado  
Luégo conocido lo hae.  
En la boca lo besaba  
No cesando de llorár,  
Las palabras que decía  
Dolor es de las contar.  
— ¡ Oh sobrino Valdovinos,  
Mi buen sobrino carnale!  
¿ Quién os trató de esta suerte?  
¿ Quién os trujo á tal lugar?  
¿ Quién es el que á vos mató  
Que á mí vivo fué á dejár?  
¡ Más valiera la mi muerte  
Que la vuestra en tal edade!  
¿ No me conoceis, sobrino?  
¡ Por Dios queraisme hablár!  
Yo soy el triste marqués  
Que tío solfades llamár,  
Yo soy el Marqués de Mantua  
Que debo de reventár  
Llorando la vuestra muerte  
Por con vida no quedár.  
¡ Oh desventurado viejo!  
¿ Quién me podrá conortár?  
Qu'en pérdida tan crecida  
Más dolor es consolár.  
Yo la muerte de mis hijos  
Con vos podría olvidár;  
Agora, mi buen señor,

De nuevo habré de llorár.  
A vos tenía por sobrino  
Para mi Estado heredár;  
Agora por mi ventura  
Yo vos habré de enterrár.  
Sobrino, de aquí adelante  
Yo no quiero vivir mase:  
Ven, muerte, cuando quisieres,  
No te quieras retardár;  
¡ Mas al que ménos te teme  
Le huyes por más penár!  
¿ Quién le llevará las nuevas  
Amargas de gran pesár  
A la triste madre vuestra?  
¿ Quién la podrá consolár?  
Siempre lo oi decir,  
Agora veo ser verdade,  
Que quien larga vida vive  
Mucho mal ha de pasár:  
Por un placer muy pequeño  
Pesares ha de gustár. —  
Destas palabras y otras  
No cesaba de hablár  
Llorando de los sus ojos  
Sin poderse conortár.  
Esforzóse Valdovinos  
Con el angustia mortale;  
Cuando conoció á su tío  
Alivio fuera á tomár:  
Tomóle entrambas las manos,  
Mny recio le fué apretár:  
Disimulando su pena  
Comenzó al Marqués á hablár:  
— No lloredes, señor tío,  
Por Dios no querais llorár,

Que me dais doblada pena  
Y al alma haceis penáre ;  
Mas lo que yo os encomiendo  
Es por mí queráis rogáre,  
Y no me desampareis  
En este esquivo lugare ;  
Hasta que yo haya espirado,  
No me querades dejáre.  
Encomiéndoo a mi madre  
Vos la queráis consoláre,  
Que bien creo que mi muerte  
Su vida habrá de acabáre ;  
Encomiéndoo a mi esposa,  
Por ella queráis miráre ;  
El mayor dolor que siento  
Es no le poder habláre. —  
Ellos estando en aquesto  
Su escudero fué á llegáre :  
Un ermitaño traia  
Que en el bosque fué á halláre,  
Hombre de muy santa vida  
Del órden sacerdotal.  
Cuando llegó el ermitaño  
El alba quería quebráre.  
Esforzando á Valdovinos  
Comenzóle amonestáre  
Que olvidando aqueste mundo  
De Dios se quiera acordáre.  
Aparte se fué el Marqués  
Por dalles mejor lugare ;  
El escudero á otra parte  
Tambien se fuera apartáre :  
El Marqués de quebrantado  
Gran sueño le fué á tomáre.  
Confesóse Valdovinos

A toda su voluntad.  
Estando en su confesion,  
Ya que queria acabáre,  
Las angustias de la muerte  
Comienzan de le aquejáre :  
Con el dolor que sentia  
Una gran voz fuera á dáre :  
Llama á su tio el Marqués,  
Comenzó así de habláre :  
— Adios, adios, mi buen tio,  
Adios os queráis quedáre,  
Que yo me voy de este mundo  
Para la mi cuenta dáre :  
Lo que os ruego y encomiendo  
No lo queráis olvidáre :  
Dadme vuestra bendicion,  
La mano para besáre. —  
Luégo perdiera el sentido,  
Luégo perdiera el habláre,  
Los dientes se le cerraron,  
Los ojos vuelto se le hane.  
Recordó luégo el Marqués,  
A él se fuera á llegáre,  
Muchas veces lo bendice  
No cesando de lloráre.  
Absolvióle el ermitaño ;  
Por él comienza á rezáre.  
Y á cabo de poco rato  
Valdovinos fué á espiráre.  
El marqués de verlo así  
Amortescido se hae,  
Consuélalo el ermitaño,  
Muchos ejemplos le dae :  
El Marqués como discreto  
Acuerdo fuera á tomáre,

Pues remediar no se puede,  
A haberse de conortare,  
Lo que hacia el escudero.  
Lástima era de miráre;  
Rascuñaba la su cara,  
Sus ropas rasgado hae,  
Sus barbas y sus cabellos  
Por tierra los va á lanzáre.  
A cabo de una gran pieza,  
Que ambos cansados estane,  
El Marqués al ermitaño  
Comienza de preguntáre :  
— Pídoos por Dios, padre honrado,  
Respuesta me querais dáre :  
¿ Dónde estamos, ó en qué reino,  
En qué señorío ó lugare ?  
¿ Cómo se llama esta tierra ?  
¿ Cuya es, y á qué mandáre ? —  
El ermitaño responde :  
— Pláceme de voluntade :  
Debeis de saber, señor,  
Que esta tierra sin pobláre  
Otro tiempo fué poblada,  
Despoblóse por gran male,  
Por batallas muy crueles  
Que hubo en la cristiandade.  
A esta llaman la Floresta  
Sin ventura y de pesáre,  
Porque nunca caballero  
En ella acaeció entráre  
Que saliese sin gran daño  
O desastre desiguale.  
Esta tierra es del Marqués  
De Mantua, la gran ciudade :  
Hasta Mantua son cien millas

Sin poblado ni lugare,  
Sino sola una ermita  
Que á seis millas de aquí estae,  
Donde yo hago mi vida  
Por del mundo me apartáre.  
El más cercano poblado  
A veinte millas estae ;  
Es una villa cercada  
Del ducado de Milane.  
Ved lo que quereis, señor,  
En que yo os pueda ayudáre,  
Que por servicio de Dios  
Lo haré de voluntade,  
Y por vuestro acatamiento,  
Y por hacer caridade. —  
El Marqués que aquesto oyera  
Comenzóle de rogáre  
Que no recibiese pena  
De con el cuerpo quedáre,  
Mientras él y el escudero  
El caballo van buscáre  
Que allí cerca habia dejado  
En un prado á descansáre.  
Plúgolé al ermitaño  
Allí haberlos de esperáre :  
El Marqués y el escudero  
El caballo van buscáre :  
Por el camino do iban  
Comenzóle á preguntáre :  
— Digasme, buer escudero,  
Si Dios te quiera guardáre,  
¿ Qué venía tu señor  
Por esta tierra buscáre,  
Y por qué causa lo han muerto,  
Y quién le fuera á matáre ? —

Respondióle el escudero,  
Tal respuesta le fué á dáre :  
— Por la fe que debo á Dios  
Yo no lo puedo pensáre,  
Porque no lo sé, señor ;  
Lo que vi os quiero contáre.  
Estando dentro en París  
En cortes del Emperante,  
El príncipe don Carloto  
A mi señor envió á llamáre.  
Estuvieron en secreto  
Todo el día en su habláre ;  
Cuando la noche cerró  
Ambos se fueron armáre.  
Cabalgaron á caballo,  
Salieron de la ciudade  
Armados de todas armas  
A guisa de peleáre.  
Yo salí con Valdovino  
Y con don Carloto un paje :  
Ayer hubo quince días  
Salimos de la ciudade.  
Luego cuando aquí llegamos  
A este bosque de pesare,  
Mi señor y don Carloto  
Mandaron nos esperáre.  
Solos se entraron los dos  
Por aquel espeso valle ;  
El paje estaba cansado,  
Gran sueño le fué á tomáre ;  
Yo pensando en Valdovinos  
No podía reposáre.  
Apartéme del camino,  
En un árbol fui á pujáre,  
A todas partes miraba

Quando los veria tornáre.  
A cabo de un grande rato  
Caballo oí relincháre,  
Vi venir tres caballeros,  
Mi señor no vi tornáre.  
Venian bañados en sangre,  
Luego vi mala señale ;  
El uno era don Carloto,  
Los dos no pude notáre.  
Con grande miedo que tenía  
No los osé preguntáre  
Do quedaba Baldovinos,  
Do le fueran á dejáre :  
Más abajéme del árbol,  
Entré por aquel pináre ;  
Desque los vi trasponer  
Yo comencé de buscáre  
A mi señor Valdovinos,  
Mas no lo podía halláre :  
El rastro de los caballos  
No dejaba de miráre.  
A la entrada de un llano,  
Al pasar de un arenale,  
Vi huella de otro caballo,  
Lo cual me pareció male ;  
Vi mucha sangre por tierra,  
De que me fui á espantáre ;  
En la orilla del rio  
El caballo fui á halláre,  
Más adelante no mucho  
A Valdovinos vi estáre.  
Boca abajo estaba en tierra,  
Ya casi queria espiráre,  
Todo cubierto de sangre  
Que apenas podía habláre.



Levantáralo de tierra,  
Comencéle de limpiáre;  
Por señas me demandó  
Confesor fuese á buscáre.  
Esto es, noble señor,  
Lo que sé deste gran male. —  
En estas cosas hablando  
El caballo van topáre,  
Cabalgó en él el Marqués,  
Las ancas le fué á tomáre:  
A do quedó el ermitaño  
Presto tornado se hane.  
Desque hablaron un rato  
Acuerdo van á tomáre  
Que se fuesen á la ermita,  
Y el cuerpo allá lo lleváre.  
Pónenlo encima el caballo,  
Nadie quiso cabalgáre.  
El ermitaño los guía,  
Comienzan de camináre;  
Llevan vía de la ermita  
Aprisa y no de vagáre.  
Desque allá hubieron llegado  
Van el cuerpo desarmáre.  
Quince lanzadas tenía,  
Cada una era mortale,  
Que do la menor de todas  
Ninguno podría escapáre.  
Cuando así lo vió el Marqués  
Traspasóse de pesáre,  
Y á cabo de una gran pieza  
Un gran suspiro fué á dáre.  
Entró dentro en la capilla,  
De rodillas se fué á hincáre,  
Puso la mano en un ara

Que estaba sobre el altare,  
Y en los piés de un crucifijo  
Jurando, empezó de habláre.  
— Juro por Dios poderoso,  
Por Santa María su Madre,  
Y al santo Sacramento  
Que aquí suelen celebráre,  
De nunca peinar mis canas;  
Ni las mis barbas cortáre;  
De no vestir otras ropas,  
Ni renovar mi calzáre;  
De no entrar en poblado,  
Ni las armas me quitáre,  
Sino fuere una hora  
Para mi cuerpo limpiáre;  
De no comer en manteles,  
Ni á mesa me sentáre,  
Hasta matar á Carloto  
Por justicia ó peleáre,  
O morir en la demanda  
Manteniendo la verdade:  
Y si justicia me niega  
Sobre esta tan gran maldade,  
De con mi Estado y persona  
Contra Francia guerreáre,  
Y manteniendo la guerra  
Morir ó vencer sin páre.  
Y por este juramento  
Prometo de no enterráre  
El cuerpo de Valdovinos  
Hasta su muerte vengáre. —  
De que aquesto hubo jurado  
Mostró no sentir pesáre;  
Rogando está el ermitaño  
Que le quisiese ayudáre

Para llevar aquel cuerpo  
Al más cercano lugáre.  
El ermitaño piadoso  
Su bestia le fué á dejáre;  
Amortajaron el cuerpo,  
En ella vanlo á posáre:  
Con armas de Valdovinos  
El Marqués se fué á armáre:  
Cabalgáta en su caballo,  
Comienza de camináre.  
Camino van de la villa  
Que arriba oistes nombráre;  
Con él iba el ermitaño  
Por el camino mostráre.  
Antes que á la villa lleguen  
Una abadia van halláre  
De la órden de San Bernardo  
Que en una montaña estae,  
A la bajada de un puerto  
Y á la entrada de un lugáre.  
Allá se fué el Marqués  
Y allí acordó quedáre  
Por estar más encubierto,  
Y el cuerpo en guarda dejáre  
Hasta habelle un ataud  
Y habelle de embalsamáre.  
Al ermitaño rogaba  
Dineros quiera tomáre;  
Desque dineros no quiso  
Sus ricas joyas le dae:  
No quiso ninguna cosa,  
Su bestia fué á demandáre:  
Despidióse del Marqués,  
A Dios le fué á encomendáre,  
Despues de ser despedido

Para su ermita se vae;  
Por el camino do vuelve  
A muchos topado hae  
Que al Marqués iban buscando,  
Llorando por le halláre.  
Muchos por él preguntaban,  
Las señales ciertas dane,  
Por las señas que le dieron  
El conocido le hae,  
Y á todos les respondia:  
— Yo os digo cierto verdade,  
Que un hombre de tales señas,  
Que no sé quién es ni cuál,  
Dos dias há que le acompaño  
Sin saber adónde vae:  
Dejélo en un abadia  
Que dicen de Flores Valle,  
Con un caballero muerto  
Que acaso fuera á halláre:  
Si allá quereis ir, señores,  
Hallaréislo de verdade.

VALDOVINGS. — II.

De Mantua salen aprieta  
Sin tardanza ni vagáre  
Ese noble conde Dirlos,  
Visorey de allende mare,  
Con el Duque Don Sanson,  
De Picardía naturale:  
Camino van de Paris,  
Aunque ninguno lo sabé,  
Qu'el Marqués Danes Urgel  
Los envia con mensaje

A ese alto Emperador  
Que estaba en París la grande.  
Llegados son á París  
Sin mucho tiempo tardaré.  
Caballeros son de estima,  
De grande estado y linaje,  
De los doce que á la mesa  
Redonda comian pane.  
Los grandes que lo supieron  
Salen por los compañare.  
Cuando entraron en París  
Vanse al palacio reale;  
Preguntan por el Emperador  
Para habelle de hablare.  
De que lo supo Don Carlos  
Luégo los mandó entrare;  
Desque son delante del  
Las rodillas van hincare;  
Demandáronle las manos,  
Mas no se las quiso dáre;  
Mandóles alzar de tierra,  
Comenzólos preguntare:  
— ¿De dónde venides, Duque?  
¿De qué parte ó qué lugare?  
¿Dónde habeis estado, Conde?  
¿Venis de allende la mare? —  
Respondieron ambos juntos,  
Presto tal respuesta dane:  
— En Francia habemos estado,  
En Mantua, esa ciudad.  
Con el Marques Danes Urgel  
Por le haber de acompañare.  
La embajada que traemos,  
Señor, queraisla escuchare;  
Mandad salir todos fuera;

No quede sino Roldane,  
Que despues siendo contento,  
Bien se podrá publicare. —  
Todos se salieron luégo  
De la cámara reale,  
Todos cuatro quedan solos,  
Las puertas mandan cerrare.  
De rodillas por el suelo  
El Conde comenzó á hablare:  
— ¡Oh muy alto Emperador,  
Sacra real majestade!  
Tu vasallo soy, señor,  
Y de Francia naturale;  
Pues vengo por mensajero  
Licencia me manda dáre  
Para decir mi embajada,  
Si no recibes pesare. —  
Respondió el Emperador  
Sin el semblante mudare:  
— Decid, Conde, qué quereis,  
Pues no os cumple recelare;  
Bien sabeis qu'el mensajero  
Licencia tiene de hablare:  
Al amigo y enemigo  
Siempre se debe escuchare,  
Por amistad al amigo,  
Y al otro por se avisare. —  
Levantóse luégo el Conde,  
Una carta fué á mostrare,  
La cual era de creencia,  
Dióla en manos de Roldane;  
Comenzó de hacer su habla  
Con discreto razonare.  
— Creyendo hacer más servicio  
A tu sacra majestade,

Acepté, señor, el cargo  
De este mensaje explicáre,  
Porque sin pasión ninguna  
La verdad podré contáre,  
Segun que vengo informado,  
Sin añadir ni quitáre.  
La embajada que yo traigo  
Es justicia demandáre  
Del infante Don Carloto,  
Tu propio hijo carnale.  
Dicen que él mató sin culpa  
A Valdovino el infante,  
Hijo del buen rey de Dacia,  
Tu vasallo naturale;  
Y matóle con aleve,  
Con engaño y falsedade,  
Rogándolo que se fuese  
Con él á la acompañáre.  
Por casarse con su esposa  
Dicen que le fué á matáre:  
De este delito se quejan  
Muchos hombres de linaje,  
Que son parientes del muerto,  
Y se sienten de tal male.  
El Marqués Danes Urgel  
Se muestra más principale,  
Por ser tío de Valdovinos,  
Hermano del Rey su padre.  
Demás de ser su pariente,  
Tiene muy mayor pesáre  
Porque lo halló herido,  
Casi á punto de espiráre,  
En un bosque muy esquivo,  
Apartado de lugare.  
El mismo le contó el caso,

A él se fué encomendáre,  
En sus brazos espiró,  
Razon es no le olvidáre:  
Y ese maestro de Rodas  
Urgel de la fuerza grande,  
Que es primo del Marqués,  
Tío también del Infante:  
O ese duque de Baviera  
Don Naimo el singularé,  
Abuelo de Valdovinos,  
Padre carnal de su madre:  
Y ese rey de Sansueña,  
Tu vasallo naturale,  
Padre de la infanta Sevilla  
Que cristiana se fué á tornáre  
Por amor de Valdovinos  
Para con él se casáre;  
Y otros muchos caballeros  
También se van á quejáre,  
Los unos por parentesco,  
Los otros por amistadé;  
Sobre todos esa reina  
Doña Ermelina, su madre.  
Tus naturales y extraños  
También te envían á suplicáre  
Que si tu hijo los mata  
¿Quién los ha de defensáre?  
Si no mantienes justicia  
Dejarán su naturale,  
Y se partirán de Francia  
A otros reinos á moráre.  
El caso es abominable,  
Y terrible de contáre;  
Y si tal cosa es, señor,  
Bien lo debes castigáre.

Acérdate de Trajano  
En la justicia guardáre,  
Que no dejó sin castigo  
Su único hijo carnale;  
Aunque perdonó la parte,  
El no quiso perdonáre.  
Si niegas, señor, justicia,  
Mucho te podrán culpáre,  
Que tal caso como éste  
No es para dejar pasáre.  
¡Mira bien, señor, en ello!  
Respuesta nos manda dáre. —  
Turbóse el Emperador,  
Que apenas pudo habláre:  
La mano tenta en la barba,  
Muy pensativo ademase.  
A cabo de una gran pieza  
Tal respuesta le fué á dáre:  
— ¡Si lo que habeis dicho, Conde,  
Se puede hacer verdade,  
Mas quisiera que mi hijo  
Fuera el muerto sin dudáre!  
El morir es una cosa  
Que á todos es naturale,  
La memoria queda viva  
Del que muere sin fealdade;  
Del que vive deshonorado  
Se debe tener pesare,  
Porque así viviendo muere  
Olvidado de bondade.  
Decidle, Conde, al Marqués  
Y á cuantos con él estare;  
Que el pesar que desto tengo  
No lo puedo demostráre:  
Mas yo daré tal ejemplo

En esta muerte vengáre,  
Que la pena del delito  
Sobrepuje á la maldade,  
Porque todos se escarmienten  
Cuantos lo oyeren nombráre.  
Vengan á pedir justicia,  
Que yo la haré guardáre  
Como es costumbre de Francia  
Usada de antigua edade:  
Si buena verdad trujeren  
En mi córte se verae;  
Do mi persona estuviere  
La justicia será igual,  
Así al pobre como al rico,  
Así al chico como al grande,  
Y tambien al extranjero,  
Como al propio naturale.  
Más quiero dejar memoria  
De grande riguridad,  
Que dejar sin dar castigo,  
Al que comete maldade,  
Aunque sea mi propio hijo  
Que me tenía de heredáre. —  
Cuando esto oyó el Conde  
Las manos le fué á besáre;  
Alabando su respuesta,  
El Duque comenzó habláre:  
— Siempre, señor, confiamos  
De tu inclita bondade  
Que por mantener justicia  
Tal respuesta habias de dáre;  
Mas porque el caso requiere  
En sí mesmo gravedade,  
Y por ser cosa de hijo  
Tú no lo debes juzgare;

El Marqués Danes Urgel  
Te envía á suplicáre,  
Que porque él tiene jurado  
De en poblado nunca entráre  
Hasta que alcance derecho  
De Carloto el infante,  
Y él mismo tiene de ser  
El que lo ha de acusáre,  
Que no quieras ser presente  
Para haber de sentenciáre;  
Mas que nombres caballeros  
Que puedan determináre,  
Segun costumbre de Francia,  
Entre hombres de linaje,  
Y que los que señaláredes  
Para este caso miráre,  
Sean caballeros de estado  
De tu consejo imperiale,  
Y que hagan juramento  
De administrar la verdate,  
Y tu majestad provea  
De señalar un lugare  
En el campo, sin poblado,  
A do se haya de juzgáre  
Para oír ambas las partes  
Hasta ejecucion finale.  
Porque el Marqués trae gentes  
Para se haber de guardáre  
De quien algo le quisiere  
Y le hubiere de enojáre,  
Y sus parientes y amigos  
Vienen por le acompañáre,  
Y entre ellos viene Renaldos,  
El señor de Montalvane,  
El cual está puesto en bandos

Con tu sobrino Roldane.  
Porque no sabe el Marqués  
Si recibirás pesáre,  
No quiere venir con gentes  
Sin saber tu voluntad.  
Pues viene á pedir justicia  
Y no para guerrearé;  
Pide, señor, le asegures  
Y á cuantos con él vernane,  
Mientras que el pleito duráre  
Seguro les mandes dáre  
Para venida y estada,  
Y despues para tornáre,  
No porque él tema á ninguno,  
Ni haya de quién receláre;  
Mas por cumplir lo que debe  
A tu sacra majestade.  
D'esta manera, señor,  
El vendrá sin detardáre,  
Que ya es partido de Mantua,  
No cesa de camináre.  
Don Renaldos le aposenta  
Sin hacer daño ni male,  
En tierras de señorios  
Todos recaudo le dane,  
Pagando de sus dineros  
Lo acostumbrado pagáre.  
Para pasar por tus tierras  
Licencia les manda dáre;  
Y todos los bastimentos  
Que hubiere necesidad  
Pagando lo que valiere  
Non se les deben negáre. —  
Al Emperador le plugo,  
Todo lo fué así otorgáre;

— El Marqués venga seguro  
Y cuantos con él vernanen.  
Venga siquiera de guerra,  
O como le placeáre,  
Yo lo tomo so mi amparo,  
So mi corona reale.  
Porque más seguro venga  
Este mi anillo tomade;  
Todo lo que yo os prometo  
Siempre hallaréis verdade:  
La licencia que pedis  
Soy contento de os la dáre;  
Ordenadlo á vnestra guisa,  
Que así lo quiero firmáre. —  
Sacó un anillo de oro  
Con el sello imperiale;  
El Duqué lo tomó luégo,  
Las manos le fué á besáre.  
Al Emperador despiden,  
A sus posadas se vane:  
Don Roldan quedó enojado,  
Mas no lo quiso mostráre.  
Luégo se supo en la córte  
Todo lo que fué á pasáre,  
La embajada que traían,  
Lo que venían á demandáre.  
Mucho pesa á Don Carloto,  
Quiérello disimuláre;  
Fuese al Emperador  
A haberse de desculpáre;  
Mas nunca lo quiso oír  
Sino en consejo reale.  
La audiencia que le dió  
Fué mandarlo aprisionáre  
Hasta ser determinada

Por su córte la verdade.  
Preso ya y puesto á recaudo,  
En guarda lo fuera dáre  
A Don Renaldos de Belanda,  
Que Ayuelos suelen llamáre,  
Gran Condestable de Francia,  
Y en córtes gran Senescalde.  
Mucho pesaba á los grandes  
Que le tenían amistade,  
Sobre todos le pesaba  
A ese paladin Roldane.  
Todos buscaban maneras  
Para le haber de soltáre;  
Mas nunca el Emperador  
A alguno quiso escucháre.  
Cuanto más por él le ruegan,  
Tanto más lo hace guardáre.  
Cada dia entra en consejo,  
Las leyes hacía miráre,  
Quien tal crimen cometía  
Qué pena le habia de dáre,  
Estando en esto las cosas  
El Marqués fuera á llegáre  
A tres millas de Paris  
A vista de la ciudade.  
No quiso pasar delante,  
Mandó asentar su reale.  
Aposentóle Renaldos  
Ribera de un rio caudale,  
Do mejor le pareció  
Y más seguro lugare,  
Y él adelante pasó  
Una milla ó poco mase.  
Armaron luégo su tienda,  
Su bandera mandó alzáre;

La gente de la ciudad  
Todos iban á miráre  
El gran campo del Marqués,  
Su concierto singular,  
La diversidad de gentes,  
La órden qu'el Marqués trae.  
Muchos grandes y señores  
Al Marqués iban á habláre  
Por probar algun concierto  
Y saber su voluntad.  
El estabase en su tienda,  
En aquel estado grande,  
Armado de todas armas,  
Y descubierta la face,  
El athaud allí delante  
Por mas dolor demostráre,  
La madre de Valdovinos  
Y su esposa allí á la páre  
De aquella forma y manera  
Que arriba oistes nombráre.  
Los que venian á la tienda  
Para el Marqués visitáre,  
De que le veian armado  
Y de aquella forma estáre,  
Habian dél compasion,  
Llegaban por le habláre.  
Recebíalos muy bien,  
Cabe él los hacia sentáre;  
El caso como pasára  
A todos iba á contáre.  
Cuando algo le rogaban  
Mostraba mucho pesáre;  
Rogaba con cortesía  
Le quisiesen perdonáre  
Por no poder complacerlos

Como era su voluntad,  
Porque él se habia quitado  
Sobre esto la libertade.  
El juramento que hizo  
A todos hacia mostráre,  
Porque no tuviesen causa  
Sobre ello de importunáre.  
Los grandes que allí venian  
No le querian fatigáre,  
Ni querian sobre tal caso  
El su dolor renováre.  
Volvíanse para Paris  
Pensativos ademase,  
Diciendo tener razon  
El Marqués de se vengáre  
De un tan grave delito,  
Y havello bien castigáre.  
Quando el Emperador supo  
Que el Marqués fuera á llegáre,  
Mandó llamar al consejo  
En su palacio imperiale.  
Mandó quando fueron juntos  
Embajadores llamáre:  
La embajada que trajeron  
Tornasen á recontáre.  
Levantóse el conde Dirlos  
Comenzóla de explicáre:  
De que la hubo acabado  
Tornóse luégo á sentáre.  
Todos se maravillaban  
De oír tan gran maldade;  
De amor del Emperador  
Todos recibian pesáre,  
Mirábanse unos á otros,  
A todos parecia male.



Antes que hablase ninguno  
El Emperador fué hablár:  
— Lo que aquí pide el Marqués  
Por primero y principale,  
Es que yo le nombre jueces  
Para esto determináre:  
Por ser caso de Carloto  
Presente no quiero estáre;  
Para mejor señalarlos  
Yo les daré potestade  
Que administren la justicia  
En su conciencia y verdade. —  
A todos está mirando,  
Y empiézales de hablár:  
— Los jueces que yo le nombro  
Para justicia guardáre  
El uno es Dardin Dardaña,  
Que Delfin suelen llamár,  
De tres estados de Francia,  
El primero en consejáre;  
El otro el conde de Flándes,  
Don Alberto el singular,  
Uno de los tres estados,  
Y primero en el mandár;  
Otro el duque de Borgña,  
Primero estado en juzgár,  
Riguroso y justiciero,  
En mis reinos principale;  
El otro el duque Don Carlos,  
Mi sargento generale;  
Otro el duque de Borbon,  
Mi cuñado Don Grimalte;  
El otro el conde de Foy,  
Y el buen viejo Don Beltrane;  
Otro sea Don Reynero

Llamado duque de Aste,  
Y el conde Don Galalon  
De Alemaña principale;  
Otro el duque Vibiano  
De Agramonte naturale,  
Asistente de mi córte  
Para los pleitos juzgár;  
Otro el duque de Saboya,  
Que venturas fué á buscár,  
Y en las más partes del mundo  
Trauces ha visto pasár;  
Otro el duque de Ferrara,  
Esa nombrada ciudade,  
Don Arnao el gran Bastardo,  
Así se hace intitular;  
Otro sea Don Guarinos,  
Almirante de la mare,  
De todas flotas y armadas  
Sobre todos generale,  
Y nombro por presidente  
Para en mi lugar estár  
Don Renaldos de Belanda,  
De Francia gran condestable,  
Para ello le doi mi cetro,  
Poder soluto en mandár.  
Todos estos juntos puedan  
Absolver y sentenciár  
Esto que pide el Marqués  
Como se debe juzgár,  
Si por prueba de testigos  
O trance de peleár.  
Yo les doi mi comision  
Con poder y facultade,  
Que la sentencia que dieren  
La puedan ejecutár,

Segun costumbre de Francia,  
Por su propia autoridade,  
Dando la pena y castigo  
A quien la hubieren de dáre,  
Así por vía de justicia,  
Como por en campo entráre;  
A cual puedan ser presentes,  
Y en mi nombre asegurare  
Al Marqués Dancs Urgel  
Y á cuantos con él estane,  
Mas que á mi persona propia  
Nadie pueda demandáre. —  
Así como aquí lo dijo  
A todos los va á mandáre,  
So pena de ser traidor  
Quien lo osare quebrantáre.

VALDOVINOS. — III.

En el nombre de Jesus  
Que todo el mundo ha formado,  
Y de la Virgen su Madre,  
Que de niño lo ha criado:  
Nosotros Dardin Dardeña,  
Delfin en Francia llamado;  
Don Alberto y Don Reynero,  
De tres estados nombrado:  
El conde de Flándes viejo,  
Consejero delegado,  
Con el duque de Borgofia,  
El primeró en el juzgado,  
Con el buen duque Don Carlos,  
El regente, el sargentado;  
Con el duque de Borbon

Don Grimalte, fiel cuñado  
Del muy alto emperador,  
Con la su hermana casado;  
El buen viejo Don Beltrane  
Con el conde de Foyxano,  
Y el conde Don Galalon,  
Con el duque de Vibiano;  
Con el duque de Saboya,  
Que venturas ha buscado;  
Con el duque de Ferrara  
Don Arnao, el gran Bastardo;  
El almirante Guarinos,  
En los mares estimado;  
Don Renaldos de Belanda,  
Condestable diputado  
En el lugar y mandar  
Del sumo emperador Carlo:  
Todos juntos en consejo  
Y acuerdo deliberado,  
Vista la requisicion  
Qu'el buen Marqués nos ha dado;  
Vista tambien la demanda  
Qu'el mesmo ha procesado;  
Vistas todas las respuestas  
Que Don Carloto ha enviado,  
El proceso todo entero  
Con gran fe desanimado,  
Lo que venia de justicia  
Y de derecho mirado,  
Ni al uno por el otro  
El derecho no quitado;  
Teniendo á Dios en la piensa  
Y en los ojos presentado;  
Visto que claro parece  
Por lo que se ha alegado,

Segun costumbre de Francia,  
Por su propia autoridade,  
Dando la pena y castigo  
A quien la hubieren de dáre,  
Así por vía de justicia,  
Como por en campo entráre;  
A cual puedan ser presentes,  
Y en mi nombre asegurare  
Al Marqués Dancs Urgel  
Y á cuantos con él estane,  
Mas que á mi persona propia  
Nadie pueda demandáre. —  
Así como aquí lo dijo  
A todos los va á mandáre,  
So pena de ser traidor  
Quien lo osare quebrantáre.

VALDOVINOS. — III.

En el nombre de Jesus  
Que todo el mundo ha formado,  
Y de la Virgen su Madre,  
Que de niño lo ha criado:  
Nosotros Dardin Dardeña,  
Delfin en Francia llamado;  
Don Alberto y Don Reynero,  
De tres estados nombrado:  
El conde de Flándes viejo,  
Consejero delegado,  
Con el duque de Borgofia,  
El primeró en el juzgado,  
Con el buen duque Don Carlos,  
El regente, el sargentado;  
Con el duque de Borbon

Don Grimalte, fiel cuñado  
Del muy alto emperador,  
Con la su hermana casado;  
El buen viejo Don Beltrane  
Con el conde de Foyxano,  
Y el conde Don Galalon,  
Con el duque de Vibiano;  
Con el duque de Saboya,  
Que venturas ha buscado;  
Con el duque de Ferrara  
Don Arnao, el gran Bastardo;  
El almirante Guarinos,  
En los mares estimado;  
Don Renaldos de Belanda,  
Condestable diputado  
En el lugar y mandar  
Del sumo emperador Carlo:  
Todos juntos en consejo  
Y acuerdo deliberado,  
Vista la requisicion  
Qu'el buen Marqués nos ha dado;  
Vista tambien la demanda  
Qu'el mesmo ha procesado;  
Vistas todas las respuestas  
Que Don Carloto ha enviado,  
El proceso todo entero  
Con gran fe desanimado,  
Lo que venia de justicia  
Y de derecho mirado,  
Ni al uno por el otro  
El derecho no quitado;  
Teniendo á Dios en la piensa  
Y en los ojos presentado;  
Visto que claro parece  
Por lo que se ha alegado,

Que segun la ley divina  
Quien mata ha de ser matado,  
Con cuchillo ó sin cuchillo  
A tal actó ejercitado;  
Y visto que traicion  
Don Carloto ha intentado  
En matar á Valdovinos  
En un bosque despoblado,  
Segun que claro se muestra  
Por la confesion que ha dado  
Don Carloto á la demanda  
Qu'el Marqués ha presentado;  
Visto que punto por punto  
El delito ha confesado  
Por la pena del tormento,  
Aunque lo habia negado;  
Y visto que nada obsta  
Qu'él le haya sojuzgado  
A la real audiencia,  
Pues que le han perdonado:  
Lo que viene de justicia  
Nada otro no mirado.  
Por esta nuestra sentencia,  
Cada cual bien informado  
Del hecho de la verdad,  
Segun que se ha confesado,  
Condenamos á Carloto:  
Primero, á ser arrastrado  
Por el campo y por la arena  
Por un rocín mal domado:  
Despues de lo cual queremos  
Que sea descabezado  
En un alto cadahalso,  
Do pueda ser bien mirado  
De fuera de la ciudad

Por donde será llevado;  
Despues de lo cual cumplido,  
Y aquesto ser acabado,  
Le corten manos y piés,  
Porque quede más pagado,  
Y despues de aquesto hecho  
Que sea descuartizado:  
Lo cual cumplido, queremos  
Sea un edificio obrado  
De piedra muy bien labrada  
Y de canto bien picado,  
Que sea en lo venidero  
Memoria de lo pasado  
Del caso de Valdovinos  
Y de cómo fué vengado.—  
Don Carloto temeroso,  
Aunque era muy esforzado,  
Tremeciósse cuando oyó  
Lo que se ha publicado.  
Esforzósse quanto pudo.  
Una pluma ha demandado;  
Diéron tinta y papel;  
Una carta ha ordenado;  
Con un paje que allí estaba  
A Don Roldan la ha enviado.  
Nadie sabe lo que envia,  
Para vello se ha apartado  
Don Roldan, leyó la carta,  
Todo se ha alterado:  
El de cierto bien quisiera  
Dar remedio en lo rogado.  
Doloroso y pensativo  
Un poco tiempo ha quedado,  
Duda si deberá hacer  
Lo que le fué suplicado;

O si deba dar desvío  
A lo que le es recitado.  
Hallóse puesto en gran duda,  
En gran estrecho y cuidado ;  
El amor dice que haga,  
El temor teme el mandado  
D'ese sumo Emperador  
Que al Marqués ha asegurado :  
Mas al fin quiere la sangre  
Perder por la sangre estado.  
Delibera hacer respuesta,  
Que no esté atemorizado,  
Que con parientes y amigos  
El saldrá al campo armado  
Con el deseo de perder  
La vida ó ser remediado.  
Sin que gran rato pasase  
Fué Don Carlos informado  
De lo que ordena Roldan,  
De lo que fué algo gozado.  
Quiérelo disimular,  
Mas no pudo ser celado.  
Allégase el Condestable,  
Y el papel le ha tomado.  
Leído que fué el papel,  
Por Paris se ha divulgado  
Que Don Roldan hace gente  
Y que ejército ha juntado.  
El Emperador lo sabe,  
Al Marqués ha avisado,  
Manda poner á Carloto  
Apercibido recaudo.  
Pregouan por la ciudad  
De que nadie sea osado,  
So pena perder la vida,

De al otro dia ir armado.  
A Roldan envió á decir  
Que sólo no sea osado  
De más estar en Paris  
Hasta un año pasado,  
So pena de ser traidor  
Y por traidor publicado.  
El Marqués qu'el caso siente  
A Reinaldos ha enviado  
Que á otro dia amaneciendo  
Sea sin falta llegado  
A las puertas de Paris  
Con tres mil hombres d'estado ;  
De á caballo lleve mil,  
Y que no sea mudado  
Hasta tanto que Carloto  
En medio será tomado,  
Y en el cadalso sea puesto  
Para que fué sentenciado.  
Y que á cualquiera que venga  
Defienda lo encomendado.  
Otro dia de mañana  
Todo así fué acabado.  
Ya sacaban á Carloto  
Con fierros muy bien ferrado,  
Los pregoneros delante  
Su gran maldad publicando.  
Cuando fueron á la puerta  
Don Reinaldos lo ha tomado,  
Y en medio toda su gente  
Lo ha bien aposentado.  
Cuando están en el lugar  
Do ha sido sentenciado,  
Delante toda Paris  
Quedó todo ejecutado,

Segun que por la sentencia  
Fué proveído y mandado.  
Así murió Don Carloto,  
Quedándose alevosado,  
Y Valdovinos viviendo,  
Aunque murió muy honrado.

VALDOVINOS. — IV.

Nuño Vero, Nuño Vero,  
Buen caballero probado,  
Hinquedes la lanza en tierra  
Y arrendedes el caballo;  
Preguntaros he por nuevas  
De Valdovinos el franco.  
— Aquesas nuevas, señora,  
Yo bien las diré de grado.  
Esta noche á media noche  
Entramos en cabalgada,  
Y los muchos á los pocos  
Lleváronnos de arrancada;  
Hirieron á Valdovinos  
De una mala lanzada;  
La lanza tenía dentro,  
De fuera le tiembla el asta,  
Su tío el Emperador  
A penitencia le daba,  
O esta noche morirá,  
O de buena madrugada.  
Si te pluguiese, Sevilla,  
Fueses tú mi enamorada.  
Amédesme, mi señora,  
Que en ello perderéis nada.  
— Nuño Vero, Nuño Vero,

Mal caballero probado,  
Yo te preguntó por nuevas,  
Tú respóndesme al contrario  
Que aquesta noche pasada  
Conmigo durmiera el Franco:  
El me diera una sortija,  
Yo le dí un pendon labrado.

VALDOVINOS. — V.

Grande estruendo de campanas  
Por todo Paris habia,  
Su doloroso sonido  
Las piedras entristecia  
Por muerte de un caballero,  
Valdovinos se decia;  
Uno era de los doce,  
Y de reyes descendia.  
Ya lo llevan á enterrar  
Con gran pompa en demasia.  
Grandes mortajas y lutos,  
Mucha gente le seguia.  
El gran número de hachas  
Vence la lumbre del dia;  
Cien pajes cabe la tumba  
Que le llevan compañía;  
Muchos duques, muchos condes  
Muy grande caballería.  
Cantándole va resposos  
Infinita clerecía:  
El gran cardenal de Ostia  
Por presbítero venía;  
El Arzobispo de Milan  
De diácono servía;

Por subdiacono de ellos  
El Obispo de Aux venia.  
Allá en San Juan de Letran  
El aparato se hacia  
De una rica sepultura  
Que á las del mundo excedia.  
Todo era de piedra jaspe  
Y hermosa mazoneria,  
Y unas columnas de mármol  
En donde se sostenia.  
Hechas pues ya las obsequias  
Como á él pertenecia,  
Cifienle estoque dorado  
De muy gran precio y valia ;  
Métenle yelmo muy rico  
De infinita pedreria ;  
En hábito militar,  
Y armado por esta via  
Lo meten en el sepulcro,  
Como usarse solia ;  
Quedando el cuerpo con fama,  
Con gloria el alma subia.

EL CONDE CLAROS.

Media noche era por hilo,  
Los gallos querian cantar,  
Conde Claros por amores  
No podia reposar :  
Dando muy grandes suspiros  
Que el amor le hacia dar,  
Porque amor de Claraniña  
No le deja sosegar.  
Cuando vino la mañana

Que queria alborear,  
Salto diera de la cama  
Que parece un gavilan.  
Voces da por el palacio,  
Y empezára de llamar :  
— Levantaos, mi camarero,  
Dadme vestir y calzar. —  
Presto estaba el camarero  
Para habérselo de dar :  
Diérale calzas de grana,  
Borceguis de cordoban ;  
Diérale jubon de seda  
Aforrado en zarzaban ;  
Diérale un manto muy rico  
Que no se puede apreciar ;  
Trescientas piedras preciosas  
Al derredor del collar ;  
Tráele un rico caballo  
Que en la córte no hay su par,  
Que la silla con el freno  
Bien valia una ciudad,  
Con trescientos cascabeles  
Alrededor del petral ;  
Los ciento eran de oro,  
Y los ciento de metal,  
Y los ciento son de plata  
Por los sonos concordar.  
Ibase para el palacio,  
Para el palacio real,  
Y á la infanta Claraniña  
Alli la fuera á hablar :  
Trescientas damas con ella  
Que la van á acompañar.  
Tan linda va Claraniña,  
Que á todos hace penar.

Conde Claros que la vido  
Luego va á descabalgár ;  
De rodillas en el suelo  
Le comenzó de hablar :  
— Mantenga Dios á tu Alteza.  
— Conde Claros, bien vengais. —  
Las palabras que prosigue  
Eran para enamorar.  
— Conde Claros, conde Claros,  
El señor de Montalvan,  
Cómo habeis hermoso cuerpo  
Para con moros lidiar! —  
Respondiera el conde Claros,  
Tal respuesta le fué á dar :  
— Mejor le tengo, señora,  
Para con damas holgar.  
Si yo os tuviera esta noche,  
Mi señora, á mi mandar,  
Querria la otra mañana  
Con cient moros pelear;  
Y si á todos no venciese  
Que me mandasen matar.  
— Callede, conde, callede,  
Y no os querais alabar :  
El que quiere servir damas  
Así lo suele hablar,  
Y al entrar en las batallas  
Bien se saben excusar.  
— Si no lo creeis, señora,  
Por las obras se verá :  
Siete años son pasados  
Que os empecé de amar,  
Que de noche yo no duermo,  
Ni de dia puedo holgar.  
— Siempre os preciasteis, Conde,

De las damas os burlar :  
Mas déjame ir á los baños,  
A los baños á bañar ;  
Cuando yo sea bañada  
Estoy á vuestro mandar. —  
Respondiérale el buen Conde,  
Tal respuesta le fué á dar :  
— Bien sabedes vos, señora,  
Que soy cazador real ;  
Caza que tengo en la mano  
Nunca la puedo dejar. —  
Tomárala por la mano,  
Y para un verjel se van.  
A la sombra de un cipres  
Y debajo de un rosal,  
Dende la cintura arriba  
Tan dulces besos se dan,  
Dende la cintura abajo  
Comb hombre y mujer se han.  
Mas fortuna que es adversa  
A placeres, y á pesar  
Allí trujo un cazador,  
Que no debía pasar,  
Detras de una podenca,  
Que rabia debía matar.  
Vido estar al conde Claros  
Con la Infanta á lindo holgar.  
El Conde cuando lo vido  
Empezóle de llamar.  
Ven acá tú, el cazador,  
Si Dios te guarde de mal ;  
De todo lo que has visto  
Que nos guardes poridad.  
Daréte mil marcos de oro,  
Y si más quisieres, más ;



Casarte he con una doncella  
Que era mi prima carnal :  
Darte he en arras y en dote  
La villa de Montalvan.  
De otra parte la Infanta  
Mucho más te puede dar.—  
El cazador sin ventura  
No les quiso no escuchar :  
Vase para los palacios  
Adonde el buen Rey está.  
—Manténgate Dios, el Rey,  
Y á tu corona real :  
Una nueva yo te traigo  
Dolorosa y de pesar.  
No te cumple traer corona,  
Ni en caballo cabalgar ;  
La corona á la cabeza  
Bien se la puedes quitar,  
Si tal deshonra como está  
La hubiese de comportar ;  
Que he hallado la Infanta  
Con Claros de Montalvan,  
Besándola y abrazándola  
En vuestro huerto real.  
Desde la cintura abajo  
Como hombre y mujer se han.—  
El Rey con muy grande enojo  
Mandó al cazador matar,  
Porque había sido osado  
De tales nuevas llevar.  
Mandó llamar alguaciles  
Aprieta, no de vagar ;  
Mandó armar quinientos hombres  
Que lo hayan de acompañar  
Para que prendan al Conde

Y le hayan de tomar,  
Y mandó cerrar las puertas,  
Las puertas de la ciudad.  
A las puertas de palacio  
Allá le fueron á hallar.  
Preso llevan al buen Conde  
Con mucha seguridad  
Unos grillos á los piés,  
Que bien pesan un quintal ;  
Las esposas á las manos,  
Que era dolor de mirar ;  
Una cadena á su cuello,  
Que de hierro era el collar ;  
Cabálganle en una mula  
Por más deshonra le dar :  
Metieronle en una torre  
De muy gran escuridad :  
Las llaves de la prision  
El Rey las quiso llevar,  
Porque sin licencia suya  
Nadie le pudiese hablar.  
Por él rogaban los grandes  
Cuantos en la córte están,  
Por él rogaba Oliveros,  
Por él rogaba Roldan,  
Y ruegan los doce Pares  
De Francia la natural ;  
Y las monjas de Sant Ana  
Con las de la Trinidad  
Llevaban un crucifijo  
Para al Rey poder rogar.  
Con ellas va el Arzobispo  
Y un Prelado y Cardenal ;  
Mas el Rey con grande enojo  
A nadie quiso escuchar ;

Antes de muy enojado  
Sus Grandes mandó llamar,  
Cuando ya los tuvo juntos  
Empezóles de hablar :  
—Amigos y hijos míos,  
A los que os hice llamar,  
Ya sabéis que el conde Claros,  
El señor de Montalvan,  
De niño yo le he criado  
Hasta ponello en edad,  
Y le he guardado su tierra,  
Que su padre le fué á dar,  
El que morir no debiera,  
Reinaldos de Montalvan,  
Y por hacedlo más grande,  
De lo mio le quise dar,  
Hiciele gobernador  
De mi reino natural ;  
El por darme galardón  
Mirad en que fué á tocar,  
Que quiso forzar la infanta,  
Hija mia natural.  
Hombre que lo tal comete  
¿Qué sentencia le han de dar?  
Todos dicen á una voz  
Que lo hayan de degollar,  
Y así la sentencia dada  
El buen Rey la fué á firmar.  
L'Arzobispo qu'esto viera  
Al buen Rey se fué á hablar,  
Pidiéndole por merced  
Licencia le quiera dar  
Para ir á ver al Conde  
Y su muerte le anunciar.  
Pláceme, dijo el buen Rey,

Pláceme de voluntad ;  
Mas con esta condicion :  
Que sólo habeis de andar  
Con aqueste pajecico  
De quien puedo bien fiar. —  
Ya se parte el Arzobispo  
Y á las cárceles se va ;  
Cuando las guardas le vieron  
Luégo le dejan entrar ;  
Con él iba el pajecico  
Que le va á acompañar.  
Cuando vido estar al Conde  
En su prision y pesar,  
Las palabras que le dice  
Dolor eran de escuchar.  
—Pésame de vos, el Conde,  
Cuanto me puede pesar,  
Que los yerros por amores  
Dignos son de perdonar.  
La desastrada caída  
De vuestra suerte y ventura,  
Y la nueva á mi venida,  
Sabed que hace mi vida  
Más triste que la tristura,  
De forma que no sé dónde  
Pueda yo placer cobrar ;  
Y como á vos no se esconde,  
«De vos me pesa, buen Conde,  
»Porque así os quieren matar.»  
Los como vos esforzados,  
Para las adversidades  
Han de estar aparejados,  
Tanto á sufrir los cuidados,  
Como las prosperidades.  
Pues el primero no fuistes

Vencido por bien amar,  
No temais angustias tristes :  
«Que los hierros que hicistes  
Dignos son de perdonar.»  
Por vos he rogado al Rey,  
Nunca me quiso escuchar,  
Antes ha dado sentencia  
Que os hayan de degollar ;  
Yo os lo dije bien, sobrino,  
Que os dejádes de amar,  
Que el que á las mujeres ama  
A tal galardón le dan,  
Que haya de morir por ellas  
Y en las cárceles penar. —  
Respondió presto el buen Conde  
Con esfuerzo singular,  
—Callede por Dios, mi tío,  
No me queráis enojar :  
Quien no ama á las mujeres  
No se puede hombre llamar ;  
Mas la vida que yo tengo  
Por ellas quiero gastar. —  
Respondióle el pajeico,  
Tal respuesta le fué á dar.  
—Conde, bienaventurado  
Siempre os deben de llamar,  
Porque muerte tan honrada  
Por vos había de pasar ;  
Más envidia he de vos, Conde,  
Que manecilla ni pesar :  
Más quisiera ser vos, Conde,  
Que el Rey que os manda matar,  
Porque muerte tan honrada  
Por mi hubiese de pasar.  
Llama hierro la fortuna

Quien no la sabe gozar,  
Que la priesa del cadahalso  
Vos, Conde, la debeis dar ;  
Sino es dada la sentencia,  
Vos la debeis de firmar. —  
El Conde cuando esto oyera  
Tal respuesta le fué á dar :  
— Ruégote por Dios, el paje,  
En amor de caridad,  
Que vayas á la princesa  
De mi parte á le rogar,  
Que suplico á la su Alteza  
Que ella me salga á mirar,  
Que en la hora de mi muerte  
Yo la pueda contemplar,  
Que si mis ojos la ven,  
Mi alma no ha de penar. —  
Ya se parte el pajeico,  
Ya se parte, ya se va,  
Llorando de los sus ojos,  
Que queria reventar.  
Topára con la princesa,  
Bien oiréis lo que dirá :  
— Agora es tiempo, señora,  
Que hayais de remediar,  
Que á vuestro querido el Conde  
Lo llevan á degollar. —  
La Infanta que aquesto oyera  
En tierra muerta se cae ;  
Damas, dueñas y doncellas  
No la pueden retornar,  
Hasta que llegó su aya  
La que le fuera á criar.  
— ¿Qué es aquesto, la Infanta?  
Aquesto, ¿qué puede estar?

— ¡ Ay de mi triste, mezquina,  
Que no sé qué puede estar!  
¡ Que si á mi Conde me matan  
Yo habré de desesperar!  
— Saliédes vos, mi hija,  
Saliédeslo á quitar.—  
Ya se parte la Infanta,  
Ya se parte, ya se va :  
Fuese para el mercado  
Donde lo han de sacar :  
Vido estar el cadahalso  
En que lo han de degollar,  
Damas, dueñas y doncellas  
Que lo salen á mirar.  
Vió venir la gente d'armas  
Que lo traen á matar,  
Los pregoneros delante  
Por su hieirro publicar :  
Con el poder de la gente  
Ella no podia pasar.  
— Apartaos, gente d'armas,  
Todos me haced lugar,  
¡ Si no!... ¡ por vida del Rey,  
A todos mande matar! —  
La gente que la conoce  
Luego le hace lugar,  
Hasta que llegó al Conde  
Y le empezára de hablar :  
— Esforzá, esforzá el buen Conde,  
Y no queráis desmayar,  
Que aunque yo pierda la vida,  
La vuestra se ha de salvar.—  
El alguacil que esto oyera  
Comenzó de caminar ;  
Vase para los palacios

Adonde el buen Rey está.  
— Cabalgue la vuestra Alteza,  
Aprieta, no de vagar,  
Que salida es la Infanta  
Para el Conde nos quitar :  
Los unos manda que maten,  
Y los otros aborcar :  
Si vuestra Alteza no acorre,  
Yo no puedo remediar.—  
El buen Rey de que esto oyera  
Comenzó de caminar,  
Y fuése para el mercado  
Adonde el Conde fué á hallar.  
— ¿ Qué es aquesto, la Infanta?  
Aquesto ¿ qué puede estar?  
¿ La sentencia que yo he dado  
Vos la queréis revocar?  
Yo juro por mi corona,  
Por mi corona real,  
Que si heredero tuviese  
Que me hubiese de heredar,  
Que á vos y al conde Claros  
Vivos os haria quemar.  
— Que vos me mateis, mi padre,  
Muy bien me podeis matar;  
Mas suplico á vuestra Alteza,  
Que se quiera él acordar  
De los servicios pasados  
De Reinaldos de Montalvan,  
Que murió en las batallas  
Por tu corona ensalzar.  
Por los servicios del padre  
Lo debes galardonar ;  
Por malquerer de traidores  
Vos no le debeis matar,

Que su muerte será causa  
Que me hayais de disfamar.  
Mas suplico á vuestra Alteza  
Que se quiera aconsejar,  
Que los reyes con furor  
No deben de sentenciar,  
Porque el Conde es de linaje  
Del reino más principal,  
Porque él era de los doce  
Que á tu mesa comen pan.  
Sus amigos y parientes  
Todos te querrian mal.  
Revolveros han en guerra,  
Los reinos se perderán.—  
El buen Rey cuando esto oyera  
Comenzára á demandar.  
— Consejo os pido, los míos,  
Que me querais aconsejar.—  
Luego todos se apartaron  
Por su consejo tomar:  
El consejo que le dieron,  
Que lo haya de perdonar.  
Por quitar males y bregas,  
Y la princesa afamar.  
Todos firman el perdon,  
El buen Rey lo fué á firmar;  
Tambien le aconsejaron,  
Fuéronle consejo á dar,  
Pues la Infanta queria al Conde.  
Con él la haya de casar.  
Ya desfierran al buen Conde,  
Ya le mandan desferrar:  
Descabalga de la mula,  
El Arzobispo á desposar.  
El tomólos de las manos,

Así los hubo de juntar.  
Los enojos y pesares  
Placeres se han de tornar.

EL CONDE ALARCOS.

Retraida está la Infanta,  
Bien así como solía,  
Viviendo muy descontenta  
De la vida que tenía,  
Viendo que ya se pasaba  
Toda la flor de su vida,  
Y que el Rey no la casaba,  
Ni tal cuidado tenía.  
Entre si estaba pensando  
A quién se descubriría,  
Y acordó llamar al Rey  
Como otras veces solía,  
Por decirle su secreto  
Y la intencion que tenía.  
Vino el Rey siendo llamado,  
Que no tardó su venida;  
Vidola estar apartada,  
Sola está sin compañía;  
Su lindo gesto mostraba  
Ser más triste que solía.  
Conociera luego el Rey  
El enojo que tenía.  
— ¿Qué es aquesto, la Infanta?  
¿Qué es aquesto, hija mía?  
Contadme vuestros enojos,  
No tomeis malenconía,  
Que sabiendo la verdad  
Todo se remediaria.

— Menester será, buen Rey,  
Remediár la vida mia,  
Que á vos quedé encomendada  
De la madre que tenía.  
Dédese, buen Rey, marido,  
Que mi edad ya lo pedía.  
Con vergüenza os lo demando,  
No con gana que tenía,  
Que aquestos cuidados tales  
A vos, Rey, pertenecían. —  
Escuchada su demanda,  
El buen Rey la respondía:  
— Esa culpa, la Infanta,  
Vuestra era, que no mía,  
Que ya fuéades casada  
Con el príncipe de Hungría.  
No quisistes escuchar  
La embajada que venía,  
Pues acá en las nuestras córtés,  
Hija, mal recaudo había,  
Porque en todos los mis reinos  
Vuestro par igual no había,  
Sino era el conde Alarcos,  
Que hijos y mujer tenía.  
— Convidadlo vos, el Rey,  
Al conde Alarcos un día,  
Y despues que hayais comido  
Decidle de parte mia,  
Decidle que se acuerde  
De la fe que dél tenía,  
La cual él me prometiera,  
Que yo no se la pedía,  
De ser siempre mi marido,  
Y que su mujer sería.  
Yo fui d'ello muy contenta

Y que no me arrepentía.  
Si la Condesa es burlada,  
Que mirára lo que hacía,  
Que por él no me casé  
Con el Príncipe de Hungría;  
Si casó con la Condesa,  
Dél es culpa, que no mía. —  
Perdiera el Rey en la oír  
El sentido que tenía;  
Mas despues en sí tornado  
Con enojo respondía:  
— ¡No son estos los consejos  
Que vuestra madre os decía!  
¡Muy mal mirastes, Infanta,  
Do estaba la honra mia!  
Si verdad es todo eso  
Vuestra honra ya es perdida;  
No podeis vos ser casada  
Mientras la Condesa viva.  
Si se hace el casamiento  
Por razon ó por justicia,  
En el decir de las gentes  
Por mala seréis tenida.  
Dadme vos, hija, consejo,  
Que el mio no bastaría,  
Que ya es muerta vuestra madre  
A quien consejo pedía.  
— Yo vos lo daré, buen Rey,  
D'este poco que tenía:  
Mate el Conde á la Condesa,  
Que nadie no lo sabría,  
Y eche fama que ella es muerta  
De un cierto mal que tenía,  
Y tratarse há el casamiento  
Como cosa no sabida.

D'esta manera, buen Rey;  
Mi honra se guardaría. —  
De allí se salía el Rey,  
No con placer que tenía;  
Lleno va de pensamientos  
Con la nueva que sabía.  
Vido estar al conde Alarcos,  
Entre muchos, que decía:  
— ¿Qué aprovecha, caballeros,  
Amar y servir amiga,  
Que son servicios perdidos  
Donde firmeza no había?  
No pueden por mí decir  
Aquesto que yo decía,  
Que en el tiempo que serví  
Una que tanto quería,  
Si muy bien la quise entonces,  
Agora más la quería;  
Mas por mí pueden decir  
Quien bien ama tarde olvida. —  
Estas palabras diciendo  
Vido al buen Rey que venía,  
Y hablando con el Rey  
De entre todos se salía.  
Dijole el buen Rey al Conde  
Hablando con cortesía:  
— Convidaros quiero, Conde,  
Por mañana en aquel día,  
Que queráis comer conmigo  
Por tenerme compañía.  
— Que se haga de buen grado  
Lo que su Alteza decía;  
Besó sus manos reales  
Por la buena cortesía:  
Detenerme he aquí mañana,

Aunque estaba de partida,  
Que la Condesa me espera  
Segun carta que me envía. —  
Otro día de mañana  
El Rey de misa salía;  
Luego se asentó á comer,  
No por gana que tenía,  
Sino por hablar al Conde  
Lo que hablarle quería.  
Allí fueron bien servidos  
Como á Rey pertenecía.  
Después que hubieron comido,  
Toda la gente salida,  
Quedóse el Rey con el Conde  
En la tabla do comía.  
Empezó el Rey de hablar  
La embajada que traía:  
— Unas nuevas traigo, Conde,  
Que d'ellas no me placía,  
Por las cuales yo me quejo  
De vuestra descortesía.  
Prometistes á la Infanta  
Lo que ella no os pedía,  
De siempre ser su marido,  
Y á ella que le placía.  
Si á otras cosas pasaste  
No entro en esa porfía.  
Otra cosa os digo, Conde,  
De que más os pesaría:  
Que mateis á la Condesa  
Que así cumple á la honra mía;  
Echeis fama de que es muerta  
De cierto mal que tenía,  
Y tratarse há el casamiento  
Como cosa no sabida,

Porqué no sea deshonrada  
Hija que tanto quería. —  
Oídas estas razones  
El buen Conde respondia:  
— No puedo negar, el Rey,  
Lo que la Infanta decia,  
Sino que otorgo, es verdad  
Todo cuanto me pedia.  
Por miedo de vos, el Rey,  
No casé con quien debia.  
Ni pensé que vuestra Alteza  
En ello consentiria.  
De casar con la Infanta  
Yo, señor, bien casaria;  
Mas matar á la Condesa,  
Señor Rey, no lo haria,  
Porque no debe morir  
La que mal no merecia.  
— De morir tiene, buen Conde,  
Por salvar la honra mia,  
Pues no mirastes primero  
Lo que mirar se debía.  
Si no muera la Condesa  
A vos costará la vida,  
Que por la honra de los reyes  
Muchos sin culpa morian;  
Que muera, pues, la Condesa  
No es mucha maravilla.  
— Yo la mataré, buen Rey,  
Mas no sea la culpa mia;  
Vos os avendréis con Dios  
En el fin de vuestra vida,  
Y prometo á vuestra Alteza,  
A fe de caballeria,  
Que me escriba por traidor

Si lo dicho no cumplia  
De matar á la Condesa,  
Aunque mal no merecia.  
Buen Rey, si me dais licencia  
Luégo yo me partiria.  
— Vades con Dios, el buen Conde,  
Ordenad vuestra partida. —  
Llorando se parte el Conde,  
Llorando sin alegría,  
Llorando por la Condesa,  
Que más que á sí la queria.  
Lloraba tambien el Conde  
Por tres hijos que tenia,  
El uno era de teta,  
Que la Condesa lo cria,  
Que no queria mamar  
De tres amas que tenia,  
Sino era de su madre  
Porque bien la conocia;  
Los otros eran pequeños,  
Poco sentido tenían.  
Antes que el Conde llegase  
Estas razones decia:  
— ¿Quién podrá mirar, Condesa,  
Vuestra cara de alegría,  
Que saldréis á recibirme  
A la fin de vuestra vida?  
Yo soy el triste culpado,  
Esta culpa toda es mia. —  
En diciendo estas palabras,  
Ya la Condesa salia,  
Que un paje le habia dicho  
Como el Conde ya venia.  
Vido la Condesa al Conde  
La tristeza que tenia,



Vióle los ojos llorosos  
Que hinchados los tenía  
De llorar por el camino  
Mirando el bien que perdía.  
Dijo la Condesa al Conde :  
— ¡ Bien vengais, bien de mi vida!  
¿ Qué habeis, el conde de Alarcos?  
¿ Por qué llorais, vida mia,  
Que venis tan demudado  
Que cierto no os conocia?  
No parece vuestra cara  
Ni el gesto que ser solia;  
Dadme parte del enojo  
Como dais de l'alegría.  
¿ Decídmelo luégo, Conde,  
No mateis la vida mia!  
— Yo vos lo diré, Condesa,  
Cuando la hora sería.  
— Si no me lo decis, Conde,  
Cierto yo reventaría.  
— No me fatiguis, señora,  
Que no es la hora venida.  
Cenemos luégo, Condesa,  
D'aqueso que en casa habia.  
— Aparejado está, Conde,  
Como otras veces solia. —  
Sentóse el Conde á la mesa,  
No cenaba ni podia,  
Con sus hijos al costado,  
Que muy mucho los queria.  
Echóse sobre los hombros,  
Hizo como que dormia;  
De lágrimas de sus ojos  
Toda la mesa corria.  
Mirábalo la Condesa

Que la causa no sabia;  
No le preguntaba nada,  
Que no osaba ni podia.  
Levantóse luégo el Conde,  
Dijo que dormir queria;  
Dijo tambien la Condesa  
Que ella tambien dormiria;  
Mas entro ellos no habia sueño,  
Si la verdad se decia.  
Vanse el Conde y la Condesa  
A dormir donde solian :  
Dejan los niños de fuera,  
Que el Conde no los queria.  
Lleváronse el más chiquito,  
El que la Condesa cria;  
El Conde cierra la puerta,  
Lo que hacer no solia.  
Empezó de hablar el Conde  
Con dolor y con mancilla :  
— ¡ Oh, desdichada Condesa,  
Grande fué la tu desdicha!  
— No soy desdichada, Conde,  
Por dichosa me tenía  
Sólo en ser vuestra mujer;  
Esta fué gran dicha mia.  
— ¡ Si bien lo mirais, Condesa,  
Esa fué vnestra desdicha!  
Sabed que en tiempo pasado  
Yo amé á quien bien servia,  
La cual era la Infanta.  
Por desdicha vuestra y mia  
Prometí casar con ella;  
Y á ella que le placia,  
Demándame por marido  
Por la fe que me tenía.

Puédelo muy bien hacer  
Por razon y por justicia;  
Dijomelo el Rey su padre  
Porque d'ella lo sabia.  
Otra cosa manda el Rey  
Que toca en el alma mia:  
Manda que murais, Condesa,  
A la fin de vuestra vida,  
Que no puede tener honra,  
Siendo vos, Condesa, viva. —  
De qu'esto oyó la Condesa  
Cayó en tierra mortecida;  
Mas despues en si tornada  
Estas palabras decia:  
— ¡Pagos son de mis servicios,  
Conde, con que yo os servia!  
Si no me matais, el Conde,  
Yo bien os aconsejaria;  
Enviédesme á mis tierras  
Que mi padre me ternia;  
Yo criaré vuestros hijos  
Mejor que la que vernia,  
Y os mantendré castidad  
Como siempre os mantenia.  
— De morir habeis, Condesa,  
En ántes que venga el dia.  
— ¡Bien parece, conde Alarcos,  
Yo ser sola en esta vida:  
Porque tengo el padre viejo,  
Mi madre ya es fallecida,  
Y mataron á mi hermano  
El buen conde don Garcia,  
Que el Rey lo mandó matar  
Por miedo que dél tenia!  
No me pesa de mi muerto,

Que yo de morir tenia,  
Mas pésame de mis hijos,  
Que pierden mi compania;  
Hacéme los venir, Conde,  
Y verán mi despedida.  
— No los veréis más, Condesa,  
En dias de vuestra vida;  
Abrazad ese chiquito,  
Que aqueste es el que os perdia.  
Pésame de vos, Condesa,  
Cuanto pesar me podia.  
No os puedo valer, señora,  
Que más me va que la vida;  
Incomendaos á Dios  
Qu'esto de hacerse tenia.  
— Dejeisme decir, buen Conde,  
Una oracion que sabia.  
— Decila presto, Condesa,  
Antes que amanezca el dia.  
— Presto la habré dicho, Conde,  
No estaré un Ave Maria. —  
Hincó rodillas en tierra  
Y esta oracion decia:  
« En las tus manos, Señor,  
Encomiendo el alma mia;  
No me juzgues mis pecados  
Segun que yo merecia,  
Mas segun tu gran piedad  
Y la tu gracia infinita. »  
— Acabada es ya, buen Conde,  
La oracion que yo sabia;  
Encomiéndooos esos hijos  
Que entre vos y mi habia,  
Y rogad á Dios por mi  
Mientras tuviéredes vida,

Que á ello sois obligado  
Pues que sin culpa moria.  
Dédesme acá ese chiquito,  
Mamará por despedida.  
— No le desperteis, Condesa,  
Dejadlo estar, que dormia,  
Sino que os pido perdon  
Porque ya se viene el dia.  
— A vos yo perdono, Conde,  
Por amor que vos tenia;  
Mas yo no perdono al Rey,  
Ni á la Infanta la su hija,  
Sino que queden citados  
Delante la alta justicia,  
Que allá vayan á juicio  
Dentro de los treinta dias. —  
Estas palabras diciendo  
El Conde se apercibia;  
Echóle por la garganta  
Una toca que tenia,  
Apretó con las dos manos  
Con la fuerza que podia;  
No le afloja la garganta  
Mientras que vida tenia.  
Cuando ya la vido el Conde  
Traspasada y fallecida,  
Desnudóle los vestidos  
Y las ropas que tenia;  
Echóle encima la cama,  
Cubrióla como solia;  
Desnudóse á su costado,  
Obra de un Ave María;  
Levantóse dando voces  
A la gente que tenia.  
— ¡ Socorred , mis caballeros ,

Que la Condesa se fina! —  
Hallan la Condesa muerta  
Los que á socorrer venian.  
Así murió la Condesa,  
Sin razon y sin justicia;  
Mas tambien todos murieron  
Dentro de los treinta dias.  
Los doce dias pasados  
La Infanta ya se moria;  
El Rey á los veinte y cinco,  
El Conde al treinteno dia:  
Allá fueron á dar cuenta  
A la justicia divina.  
Acá nos dé Dios su gracia,  
Y allá la gloria cumplida.

ROLDAN DESTERRADO.

En Francia la noblecida,  
En ese tiempo pasado  
Cuando Carlos emperante  
La tenia á su mandado,  
Cuando Reinaldos campaba  
Y Roldan el esforzado,  
Cuando casi todo el mundo  
De moros era ocupado,  
En la ciudad de Paris  
Gran fiesta se ha celebrado,  
La cual dicen de San Jorge,  
Patron de Aragon llamado.  
Hácela el Emperador  
Porque tan bien le ha ayudado.  
Manda llamar á los grandes  
Cuantos tiene á su mandado,

Que á ello sois obligado  
Pues que sin culpa moria.  
Dédesme acá ese chiquito,  
Mamará por despedida.  
— No le desperteis, Condesa,  
Dejadlo estar, que dormia,  
Sino que os pido perdon  
Porque ya se viene el dia.  
— A vos yo perdono, Conde,  
Por amor que vos tenia;  
Mas yo no perdono al Rey,  
Ni á la Infanta la su hija,  
Sino que queden citados  
Delante la alta justicia,  
Que allá vayan á juicio  
Dentro de los treinta dias. —  
Estas palabras diciendo  
El Conde se apercibia;  
Echóle por la garganta  
Una toca que tenia,  
Apretó con las dos manos  
Con la fuerza que podia;  
No le afloja la garganta  
Mientras que vida tenia.  
Cuando ya la vido el Conde  
Traspasada y fallecida,  
Desnudóle los vestidos  
Y las ropas que tenia;  
Echóle encima la cama,  
Cubrióla como solia;  
Desnudóse á su costado,  
Obra de un Ave María;  
Levantóse dando voces  
A la gente que tenia.  
— ¡ Socorred , mis caballeros ,

Que la Condesa se fina! —  
Hallan la Condesa muerta  
Los que á socorrer venian.  
Así murió la Condesa,  
Sin razon y sin justicia;  
Mas tambien todos murieron  
Dentro de los treinta dias.  
Los doce dias pasados  
La Infanta ya se moria;  
El Rey á los veinte y cinco,  
El Conde al treinteno dia:  
Allá fueron á dar cuenta  
A la justicia divina.  
Acá nos dé Dios su gracia,  
Y allá la gloria cumplida.

ROLDAN DESTERRADO.

En Francia la noblecida,  
En ese tiempo pasado  
Cuando Carlos emperante  
La tenia á su mandado,  
Cuando Reinaldos campaba  
Y Roldan el esforzado,  
Cuando casi todo el mundo  
De moros era ocupado,  
En la ciudad de Paris  
Gran fiesta se ha celebrado,  
La cual dicen de San Jorge,  
Patron de Aragon llamado.  
Hácela el Emperador  
Porque tan bien le ha ayudado.  
Manda llamar á los grandes  
Cuantos tiene á su mandado,

Que cada uno viniese  
Segun que fuese su estado;  
Allí vino Oliveros  
Y Roldan el esforzado,  
Que de atavíos y galas  
Era este el señalado;  
Tambien Beltran Salazar  
Con su pompa y con su estado;  
Y vinieron don Astolfo  
Y don Salino su hermano;  
Y vinieron tantos grandes,  
Qu'es imposible contarlos.  
Cuando todos fueron juntos,  
La fiesta se ha celebrado;  
Nunca don Reinaldos vino,  
Que en Montalvan no se ha hallado.  
Cuando el falso Ganalon  
D'esto fué certificado,  
Fuése al Emperador  
Con un rostro mesurado.  
Arrodillóse á sus piés,  
Y d'esta suerte le ha hablado:  
— ¡Oh, señor Emperador!  
Dios te prospere tu estado,  
Y te deje yer cumplido  
Lo por tí ya deseado.  
Bien has visto y conocido  
Quién está á tu mandado;  
Todos los qu'en Francia están,  
Han venido á tu llamado,  
Sino don Reinaldos solo  
Que te ha menospreciado,  
Pues el mandamiento tuyo  
En muy poco lo ha estimado;  
Por lo que, señor, te ruego

Que luégo le des el pago,  
Y qu'en presencia de todos  
Por traidor él sea dado. —  
Habló allí el Emperador,  
Y tal respuesta le ha dado:  
— Pláceme, don Ganalon,  
Qu'eso lo haré de buen grado,  
Por hacer á vos placer  
Y porque él sea castigado. —  
Allí en presencia de todos  
Por traidor le habia dado.  
Mucho pesára á los grandes  
Qu'en la sala se han hallado.  
Cuando aquesta triste nueva  
Por Paris se ha divulgado,  
Fuése luégo Oliveros  
Y á don Roldan ha hablado,  
Contándole la traicion  
Que Ganalon habia armado.  
Cuando el fuerte don Roldan  
D'esto fué certificado,  
Descabalgó de una mula  
Y en caballo ha cabalgado;  
Por las calles de Paris  
Malamente va enojado.  
Fuése para el Emperador,  
Y d'esta suerte le ha hablado:  
— Mucho me pesa, señor,  
D'esto estoy muy enojado,  
Que á Reinaldos en ausencia  
Tan mal le hayais tratado.  
Por consejo de un traidor,  
¡No merecia este pago!  
Debiéraseos acordar  
De aquese tiempo pasado.

Quando estábades perdido  
De amores, apasionado  
De la infanta Belisarda,  
Mora de muy gran estado,  
Y cuando él os vido herido  
Y de amor acongojado,  
Puso la vida por vos  
Hasta haberos remediado,  
Y que pasó á los sus reinos  
Y á su padre había matado.  
Mató tambien tres gigantes  
Que allí lo estaban guardando;  
Mató muchos caballeros,  
Que en su mano habian entrado,  
Y á pesar de todo el reino  
A la Infanta se ha llevado.  
Púsola en vuestro poder  
Por quitaros el cuidado;  
Y allá en Córdoba la llana,  
Recordaos lo que ha pasado,  
Que si no fuera por él  
Quedarades cautivado;  
Mas con sus ingenios y artes  
Él os hizo libertado.  
Mató á Madama Ruanza,  
Reina de tan gran estado.  
Muchas cosas os ha hecho,  
De todas le dais mal pago;  
Mas el falso Ganalon  
Que tal os ha aconsejado,  
Antes que venga mañana  
Recibirá de mí el pago.  
El Emperador con enojo  
Un bofetón le había dado  
Diciendo:— ¡Mal caballero,

Vos habeis de ser osado  
En la presencia del Rey  
Hablar tan desmesurado!  
¡Yo os juro por mi corona  
Que vos seais castigado!—  
El buen conde don Roldan  
Malamente se ha enojado;  
En un altar que allí habia  
Un juramento ha jurado  
De jamas entrar en Francia  
Hasta que fuese vengado.  
Estas palabras diciendo  
Echó la escalera abajo;  
Fuérase para su casa,  
¡Malamente va enojado!  
Demandó presto sus armas  
Y muy apriesa fué armado;  
Sin poner pié en el estribo  
A caballo ha cabalgado.  
Ya se sale de Paris,  
¡Malamente va enojado!  
Por sus jornadas contadas  
En España fué llegado.  
Andando por los caminos  
Sus aventuras buscando,  
Encontró con un morisco  
Qu'el mar estaba mirando.  
Guarda era de una puente  
Que á nadie deja pasar;  
Si no de grado, por fuerza  
Con él ha de pelear.  
Porque su señor el Rey  
Así lo fuera á mandar,  
Que hombre que viniese armado  
No le dejase pasar,

O que dejase las armas,  
 Si en el reino queria entrar.  
 Don Roldan con grande enojo,  
 Que habia en lo escuchar,  
 Hablóle muy denodado,  
 Tal respuesta le fué á dar.  
 — Que por tal hombre como él  
 Las armas no ha de dejar.  
 Qu'en el mundo no es nacido  
 Quien se las ha de llevar. —  
 Respondiérale el moro,  
 Tal respuesta le fué á dar.  
 — Si así quieress, caballero,  
 Luégo se haya de librar,  
 Que yo te las quitaré  
 O yo quedaré con mal.  
 Luégo abajaron sus lanzas  
 Y se fueron á encontrar,  
 Y á los primeros encuentros  
 Las lanzas quebrado han.  
 Echan mano á las espadas  
 De priesa y no de vagar;  
 ¡Tan fuertes golpes se daban  
 Qu'era cosa de mirar!  
 Alzó el moro la su espada,  
 A don Roldan fué á acertar  
 Encima de su cabeça  
 Que lo hizo arrodillar.  
 Don Roldan desqu' esto vido  
 Un tal golpe le fué á dar  
 Con el tajo de su espada.  
 Qu'el cuerpo le fué á cortar.  
 El moro que así se vido  
 Con herida tan mortal,  
 Dábale tan grandes golpes,

Que á Roldan hacia temblar.  
 Cuando Roldan esto vido  
 Comenzára de hablar:  
 — ¡Oh, maldito sea un hombre  
 Que no sentia su mal!  
 ¡Tiene las tripas colgando  
 Y quiere más pelear!  
 Respondiérale el moro,  
 Tal respuesta le fué á dar:  
 — Bien veo que mi vivir  
 No puede mucho durar,  
 Mas tu vida con la mia,  
 Juntas deben acabar. —  
 Bájase á adobar la espuela  
 Que se la queria quitar;  
 Desque fuera abajado  
 No se pudo levantar.  
 Murió luégo prestamente  
 Sin más palabras hablar.  
 Quitale luégo las armas  
 El bueno de don Roldan,  
 Y quitóle los vestidos  
 Los suyos le fué á dejar,  
 Y vistióselos al moro,  
 De sus armas se fué á armar.  
 Con un su pajecico  
 En Francia le fué á enviar  
 Que le dijese á su esposa  
 Qu'era su esposo Roldan,  
 Y que muy solemnemente  
 Le hiciese enterrar.  
 El bueno del pajecico  
 Hizo luégo su mandar,  
 Y llevólo para Francia  
 A casa de don Roldan,

Y dícele la embajada  
Que Roldan le fué á mandar,  
Con palabras lastimeras  
Le empezaba de hablar.  
— Este es el cuerpo, señora,  
Del que no tenía par;  
El que moros y cristianos  
Nunca pudieron sobrar. —  
Desque la triste doña Alda  
El cuerpo fuera á mirar,  
Conociera luégo el sayo,  
Las armas otro que tal:  
Pensó que era su esposo  
El esforzado Roldan;  
¡ Los llantos qu'ella hacia  
Dolor era de escuchar!  
Dentro de muy pocas horas  
Por París se fué á sonar;  
Por él lloraban los doce,  
Carlomano otro que tal;  
Lloraba toda la córte,  
Y el comun en general,  
Y en unas solemnes andas  
Le llevaban á enterrar.  
Arzobispos y preladós  
Cuantos en la córte están,  
Con grande prisa y tristeza  
Lo llevaron á enterrar.  
Don Roldan muy bien llevando  
Las armas que fué á tomar,  
Fuérase para la armada  
Do el Rey moro fuera á estar.  
El Rey moro era mancebo  
Ganoso de pelear;  
Con esos Pares de Francia

Sus fuerzas queria mostrar.  
Pensó era el moro valiente  
Qu'el reino solía guardar.  
Andando por sus jornadas  
A París van á llegar,  
Ponen luégo su asiento,  
Asentaron luégo su real,  
Enviaron mensajeros,  
Que luégo se hayan de dar,  
Y si esto no quisiesen  
Que salgan á pelear,  
Qu'él haría así de todos  
Como hizo de don Roldan.  
Respondió el Emperador,  
Tal respuesta le fué á dar.  
— Que le place de buen grado  
De salir á pelear. —  
Otro dia de mañana  
Sálese de la ciudad.  
Con él iba don Urgel,  
Con él iba Merian,  
Con él salían los doce  
Que á la mesa comen pan.  
Los caballos van holgados,  
Empiezan de relinchar;  
Con una furia muy grande  
En los moros van á dar,  
Haciendo tan cruda guerra  
Qu'es maravilla mirar.  
Mas los moros eran tantos  
Que gran gente va á apresar,  
Muchos de los doce Pares  
A merced fueron tomar.  
Carlomano qu'esto vido  
Empezára de llorar,



Mesando de sus cabellos,  
De su barba otro que tal.  
Mandó llamar su consejo,  
Todos los hizo juntar;  
Díjoles d'esta manera,  
Empezóles de hablar.  
— Parientes y amigos míos,  
A los que os hice llamar  
Es que os demando consejo,  
Que me hayais de aconsejar;  
¿Qué haré de tan gran daño?  
¿Cómo se ha de reparar? —  
Allí respondieron todos,  
Le fueron á aconsejar,  
Qu'enviase por Reinaldos  
Y que lo hiciese llamar,  
Y que bastaría el solo  
Para á París descercar,  
Y que le haga mercedes  
Y le haya de perdonar.  
El Emperador contento  
Fué de enviarle á llamar;  
Contárale todo el hecho  
Y como fuera á pasar,  
Y que aquel moro valiente  
Mató á su primo Roldan.  
Ya se sale don Reinaldos  
Con los moros á pelear;  
Consigo lleva á don'Alda,  
La esposa de don Roldan;  
Mas también sabe Reinaldos,  
Bien sabía la verdad,  
Que aquel moro tan valiente  
Era su primo Roldan,  
Que un su tío que tenía

Le dijera la verdad,  
Por arte de nigromancia.  
Él fuera luego á hallar  
Que don Roldan era vivo  
Y qu'estaba en el real,  
Y era el cuerpo allí traido.  
Un moro qu'él fué á matar.  
Cuando fué cerca del campo  
Reinaldos le dió en llamar:  
Que salga el moro esforzado  
Con él solo á pelear.  
A los primeros encuentros  
Los dos conocido se han;  
Se conocieron entrambos  
En el aire del andar.  
Cuando iban á encontrarse  
Las lanzas van á bajar;  
Íbanse con mucho amor  
Los dos primos á abrazar,  
Y desque se vieron juntos  
Los moros manda llamar,  
Y cuando juntos los vido  
Comenzóles de hablar.  
— Valerosos caballeros,  
Os ruego os querais tornar  
Y decidle al rey Martín  
Que yo era don Roldan,  
Y que yo maté al moro  
Que fuera su capitán. —  
Los moros desde que oyeron  
Tan triste nueva les dar,  
Lléganse unos con otros  
Y nombran su capitán;  
Dicen que los prisioneros  
Consigo se han de llevar;

Todos se ponen en armas  
Para matar á Roldan.  
Reinaldos que aquesto vido  
Comenzó de pelear,  
Y Roldan por otra parte,  
¡ Muy crudos golpes les dan !  
Mas los moros eran tantos  
Qu'el sol querian quitar.  
Haciendo muy cruda guerra  
Los presos van á soltar,  
Tomaban de aquellas armas,  
Comienzan de pelear;  
Dentro de muy pocas horas  
Los van á desbaratar.  
Quedan señores del campo,  
Que no hay con quien pelear.  
Cuando vido doña Alda  
A su esposo don Roldan,  
Del gran placer que tenía  
Comenzára de llorar.  
Cuando Carlomano supo  
Toda la certenidad,  
Sáelos á recibir  
Con mucha solemnidad.  
Abrazaba á don Reinaldos,  
Abrazaba á don Roldan,  
Diciendo : que tales dos  
En el mundo no han su par,  
Y d'esta manera entraron  
Con gran fiesta en la ciudad.

REINALDOS Y LA INFANTA CELIDONIA.

Quando aquel claro Lucero  
Sus rayos quiere enviar  
Esparcidos por la tierra  
Por cada parte y lugar ;  
Quando los prados floridos  
Suaves olores fan,  
A mi preciado verjel  
Me fui para dar lugar  
A la triste vida mia  
Y muy gran necesidad.  
Vide las rosas en flor  
Que querian ya granar,  
Hice una guirnalda d'ellas,  
No hallando á quien la dar.  
Por un bosque despoblado  
Comencé de caminar,  
Y diera en una floresta  
Do nadie suele pasar.  
En el dulce mes de Mayo  
Yo me fui por descansar  
Por medio de una arboleda  
De cipres y de rosal ;  
Vide una huerta florida  
De jazmines y arrayan,  
Los cantos eran tan dulces  
Que me hicieron parar ;  
Vi avecitas, que por ellas  
No hacen sino volar,  
Papagayo y ruiseñor  
Decian en su cantar :  
— ¿ Dónde vas, el caballero ?  
Atras te quieras tornar ;

Hombre que por aquí pasa  
No puede vivo escapar. —  
Mirando esas aveçitas,  
Su canto y armonizar,  
A sombra de un verde pino  
Me senté por descansar.  
Hiciera mi cabecera  
Encima de un arrayan,  
Los cuidados dos á dos  
Me cercaron sin parar;  
Con un suspiro muy fuerte  
Comencé de querellar;  
— ¡Oh, tú, noble Emperador,  
Mi gran señor natural,  
Mira cuán pobre y cuidado  
Me podrias acatar!  
Sé que de mí mal te place,  
Aunque estoy á tu mandar;  
Acordásete debía  
Que te fuiste á enamorar  
De la infanta Belisandra,  
Hija del rey Trasiomar.  
Por librarte á tí de pena  
Yo me puse á la cobrar  
Con el noble paladin,  
El esforzado Roldan.  
Hizonos por te servir  
Mercaderes por el mar;  
Yo la saqué de su tierra  
Y la puse á tu mandar.  
¡Oh, todos los doce Pares!  
¡Oh, Oliveros y Roldan!  
¡Oh, vos el noble Angeleros  
Y Angelinos el infant!  
Ya no os acordais de mí,

Ni hé con que os pueda honrar.  
¡Oh, vos, duque don Estolfo,  
De Inglaterra capitán!  
¡Oh, mis señores y amigos,  
Cuán ledos os veo estar! —  
Tomóle tal pensamiento  
De se haber de desterrar  
En las tierras de los moros  
Por su ventura probar.  
Estando en este proposito  
Se tornó á Montalvan;  
Sin despedirse de alguao  
Luego al momento se va.  
Por sus jornadas contadas  
A Paris llegado ha,  
A Roldan fué á rogar luego  
Que le quiera acompañar;  
Que se va á unos torneos  
Que hacen allende el mar.  
Don Roldan que es codicioso  
De fama y honra ganar,  
Adereza su partida  
Sin en nada discrepar.  
En forma de peregrinos,  
Por los moros engañar,  
Andando por sus jornadas  
Muy cerca van á llegar.  
Juéves era en aquel día,  
La vispera de San Juan,  
Que un torneo es aplazado  
Por ser día principal.  
Esa noche á una floresta  
Se fueron á descansar;  
Otro día de mañana  
Clarines oyen sonar,

Que sacan á la princesa  
Por las fiestas más honrar.  
Lleva encima la cabeza  
Una corona real,  
Sus cabellos esparcidos  
Que acrecientan su beldad.  
Ella estaba tan hermosa  
Que á todos hace turbar,  
Muchas doncellas delante,  
Todas dicen un cantar.  
Comenzara de hablar luégo  
El esforzado Roldán:  
— ¡Oh Dios, y qué linda dama!  
; En el mundo no hay su par,  
Sin ofender á Doña Alda!  
Yo la quisiera gozar. —  
Reinaldos con turbación  
De lo que dijo Roldán,  
Con el gesto demudado  
Le comenzó de hablar:  
— Primo, excusado os fuera  
De tal suerte blasonar,  
Porque Celidonia es mía,  
Yo la entiendo de ganar.  
Si no me sois enemigo,  
En ello no habeis de hablar.  
Con gran enojo que tiene  
Se pone encima Bayarte:  
Va derecho para el campo  
Por los torneos ganar;  
Vido muchos caballeros  
Del caballo en tierra dar.  
Mira al más valiente d'ellos,  
Que era el rey Garagaray,  
Derrocando caballeros

Cuantos topaba á lanzar.  
Por encima del arzon  
Al moro fué á derribar,  
Al moro y caballo en tierra:  
Y al caballo fué á picar,  
Derrocando á cuantos topa  
Y podía alcanzar.  
¡Raras maravillas hace  
Que espanto pone en mirar!  
En aquesto aquel rey moro  
Tornó presto á lidiar.  
Ya se parte Don Reinaldos  
Otra vez por le encontrar;  
Tan fuerte golpe le diera,  
Que otra vez lo fué á lanzar:  
Con el coraje el rey moro  
No tiene en nada su mal.  
Nadie justa con Reinaldos,  
Nadie le osa esperar:  
De los golpes que reciben  
Van huyendo sin parar.  
Ya Febo se declinaba  
Hácia el Océano mar,  
Cuando el gran rey Agolandro  
Clarines mandó sonar,  
Porque paren los torneos  
Y vayan á reposar  
Hasta en el día siguiente  
Que los tiene de acabar.  
Reinaldos iba tan fuerte,  
Que espanto pone mirar;  
Don Roldán que cerca estaba  
Viénele luégo á abrazar.  
— ¿Qué es aquesto, primo mio?  
; Cómo andais sin aguardar?

¡Tanto me holgaba de veros,  
Que olvidaba el pelear,  
Viendo vuestra gran destreza  
Contra el gran rey Gargaray!  
— Vos lo decís, señor mío,  
Que me queréis motejar:  
Vámonos, señor, al monte  
Do solemos albergar,  
No nos conozcan los moros,  
No entremos en la ciudad. —  
El fuerte Rey que los vido  
Comenzólos de llamar:  
— Oh, vos, fuertes peregrinos,  
¿Adónde vos vais á holgar?  
— Señor, vámonos al monte;  
No teniendo qué gastar,  
No nos quieren dar posada  
Por Dios ni por caridad:  
Pasamos al gran Mahoma  
Por su templo visitar.  
— Señores, si vos pluguiere,  
Yo vos quiero aposentar. —  
Don Reinaldos habló luego:  
— Cúmplase vuestro mandar. —  
Hiciéronles dar posada  
En acertado lugar,  
Que el moro es acostumbrado  
A romeros albergar.  
Luego les vino mensaje  
Que el Rey los manda llamar:  
Dijo que los caballeros  
Son Reinaldos y Roldan,  
Que su amigo Galalon  
Se lo enviaba á avisar.  
Todos se ponen en armas

Para haberlos de matar;  
El buen Rey que aquesto vido  
Altas voces fué á dar:  
— ¡Ah, caballeros galanes  
De córte tan principal!  
Yo no soy de parecer  
Que así se hayan de tratar  
Los mejores caballeros  
De toda la cristiandad.  
Pues que yo les di seguro,  
Yo no les puedo faltar;  
Mas luego siendo de día  
Os podeis todos armar,  
Y como gentiles hombres  
Con ellos en campo entrar. —  
Ya se partía el buen Rey,  
Y á los romeros se va.  
— ¡Oh, los nobles caballeros,  
Reinaldos y Don Roldan!  
Seades los bien venidos  
Los dos cristianos sin par.  
Sabed que Don Galalon  
Una carta fué á enviar  
En que nos dice por ella  
Que venides á matar  
Al noble rey Agolandro,  
Y él nos hiciera llamar,  
Do se determinó luego  
De venir á vos matar,  
Si no por respeto mío,  
Que nunca les di lugar;  
Mas sabed que en la mañana  
En batalla habeis de entrar  
Vos y el noble paladin  
Con cuantos allí vendrán;

Y vos, señor Don Reinaldos,  
No os podeis excusar  
Que conmigo y cuatro reyes  
En campo os habeis de hallar;  
Por ende esforzaos mucho. —  
Luego los fuera á abrazar.  
Don Reinaldos le responde :  
— Grande es, señor tu bondad :  
— Grandemente nos obligas  
Más que podrias pensar !  
El Rey se despidió d'ellos,  
Y á su casa fué á cenar.  
Otro dia, el sol salido,  
El Rey los vino á llamar :  
Ya se ponen los arneses,  
Y el Rey los ayuda á armar,  
Y cuando armados los vido  
Comenzáles de hablar :  
— ¡ Oh los nobles caballeros,  
Querádesme perdonar,  
Porque en viéndoos armados  
Enemigo os soy mortal ! —  
Dicho esto fuese luego  
Sin más palabras hablar :  
Apréstanse los dos primos  
Y á la batalla se van.  
Bayarte que ve la gente  
Espanto pone en mirar ;  
Dando corcovos y empinos  
Comienza de relinchar.  
Tan fuerte va para ellos  
Que la tierra hace temblar,  
Reinaldos mira á los reyes  
Con quienes ha de pelear :  
Tambien mira á Celidonia

Que en el cadahalso está.  
Tanto coraje le crece  
Que comienza de hablar :  
— ¡ Oh vosotros los romanos,  
Todos venid á ayudar  
A aquestos cinco reyes  
Que conmigo han de justar ;  
Porque en el día de hoy  
Yo les quiero demostrar  
Las fuerzas que Dios me dió  
Por su santa fe ensalzar ! —  
Da de espuelas al caballo,  
En el campo fuera á entrar.  
Los reyes que entrar lo ven  
Juntos lo van á encontrar  
De tal suerte, que las lanzas  
En piezas hacen volar :  
Mas Reinaldos con esfuerzo  
Encontró al rey Gargaray  
De tal suerte, que la lanza  
Le pasó al espaldar.  
No le duraron los otros,  
Que á todos los fué á matar,  
Y quebrada la su lanza  
A Fisberta fué á sacar  
Haciendo mil maravillas  
Por en el campo quedar,  
Hasta topar á su primo  
El buen paladín Roldan,  
Que llevaba un gran tropel  
De morisma á mal andar.  
Despues que juntos se vieron  
Muy gran contento se dan ;  
Con esfuerzo denodado  
Renuevan el pelear.

Tantos matan de los moros,  
Que no hay cuenta ni par:  
El alarido es tan grande  
Que al cielo quiere llegar.  
Alzó los ojos Reinaldos  
A do el cadahalso está;  
Vido muchos caballeros  
A la Princesa guardar;  
Allegóse para ellos  
Con muy gran ferocidad;  
El estruendo que traía  
La tierra hacia temblar.  
A la bella Calidonia  
Fué en su caballo á sentar;  
Arremete con denuedo  
Por la batalla dejar.  
Los moros que aquesto vieron  
No le osaban dañar  
Por no dar á la Princesa  
Ni le hacer algun mal.  
Con sollozos y gemidos,  
Que al cielo quieren llegar,  
Lloran su gran perdicion  
La muerte de Gargaray.  
La Princesa ya vencida  
D'este que no tiene par,  
Con una voz delicada  
Comenzóle de hablar:  
— ¡Oh señor, en qué peligro  
Os poneis en me llevar!  
¡Más querría yo morir  
Que no vuestro peligrar! —  
Abrazándola muy fuerte,  
El rostro la fué á besar;  
Por sus delicados ojos

Lágrimas vieron saltar,  
Temiendo de lo perder,  
Viéndolo tanto aquejar,  
Que su rostro de Reinaldos  
En agua hizo bañar.  
Vuélvese á consolárla  
Con amoroso hablar:  
— Esforzad, señora mía,  
No querades desmayar. —  
Ellos estando en aquesto  
Su hermano fuera á llegar;  
Dádole ha cruel herida,  
Su cuerpo le fué á pasar.  
En los brazos de Reinaldos,  
Que su fin fuera á causar:  
Con voz ronca y muy plañida,  
Comenzára de hablar:  
— ¡Oh amor mio y mi bien,  
De mí os querais acordar!  
Pues yo recibí la muerte  
No me querais olvidar,  
Sabiendo vos, amor mio,  
Que os iba yo acompañar,  
Dejando yo al Rey mi padre  
Con tanto enojo y pesar.  
¡Oh qué pena y qué pasión  
Llevo en aqueste pensar!  
El rostro se le desmaya,  
La habla fuera á cesar,  
Con un suspiro muy fuerte  
Vieron su fin allegar.  
Don Reinaldos que esto viera  
El color perdido ha,  
Con voz triste y dolorosa  
Comenzóse á lamentar:

— ¡Ay, desdichado de mí!  
Ya no me quiero nombrar  
El esforzado Reinaldos  
Ni él me quiero llamar!  
¡Oh muertel! ¿por qué no vienes?  
No quiero vivo quedar.  
¡Oh Celidonia, amor mio!  
¿Dónde te iré yo á buscar?  
Yo fui de tí homicida,  
Yo solo te fui á matar.  
¡Oh traidor, mal caballero!  
¿Qué piensas aquí aguardar?  
Vuélvese contra los moros  
Para en ellos se vengar,  
Paso en tierra á Celidonia  
Sintiendo mucho su mal;  
Va buscando al caballero  
Que le hizo tal pesar.  
Hiriendo y matando moros  
Cuantos podía topar.  
Hace tal matanza en ellos  
Que es cosa para espantar;  
Hasta topar su enemigo  
No deja de atropellar.  
Vidole andar en batalla  
Que parece un gavilán;  
Arremetió para él  
Con esfuerzo singular;  
Trabóle por los cabellos,  
Del caballo lo fué á echar;  
Atóle fuerte los piés,  
Y al suyo lo fué á pasar.  
Desde á su guisa lo tuvo  
Tornó presto á cabalgar;  
Va atropellando los moros

Hasta su primo topar,  
Después que juntos se vieron  
Comienzan de caminar  
Para la noble de Francia,  
Llevando muy gran pesar  
La muerte de Celidonia  
No le deja consolar  
Hasta ver á Galalon  
Que tanto mal fué á causar.

ROLDAN Y EL TROVADOR.

Salió Roldan á cazar  
Una mañanita oscura:  
De podencos y lebreles  
Lleva cercada la mula  
Se levantó viento largo  
Con un agua muy menuda,  
Y Roldan con gran cuidado,  
Por no mojarse las plumas,  
Se arrimó contra una torre  
Y oyó, el de las fuerzas muchas,  
Un prisionero cantar,  
Y Roldan atento escucha:  
«Yo, pobrecito de mí,  
Metido estoy en prisiones,  
Sin saber cuándo es de día,  
Y menos cuando es de noche,  
Sino por tres pajariños  
Que me cantan el alboro:  
El uno es una calandria,  
Es el otro un ruiseñor,  
La otra una tortolica



Que anda de torre en torre,  
Anda de oliva en oliva,  
Y de terrón en terrón,  
Cogiendo la semilla  
Que derrama el sembrador.  
Tres días há no me canta,  
Tres días há que no come;  
Si la mató un balletero,  
La mató como traidor,  
Y si Dios que la crió,  
Dios también á mi perdona.  
Acabado este cantar  
Lleno de angustia y dolores,  
Otro canta el prisionero  
Que hizo llorar á los bosques.  
«Mes de Mayo, mes de Mayo,  
Cuando las recias calores,  
Cuando los toros son bravos,  
Los caballos corredores,  
Y las cebadas se siegan,  
Los trigos toman colores;  
Cuando los enamorados  
Regalan á sus amores,  
Unos les regalan rosas,  
Otros lirios, otros flores;  
Los pobres que más no tienen  
Endonan sus corazones,  
Yo soy más pobre que todos,  
Mezquino en estas prisiones  
Dolido Roldan de oille,  
Furioso las puertas rompe  
De la prision en que estaba  
Preso el infeliz cantore,  
Y tomándole la mano  
Sacádole há de la torre,

Diciéndole: — Véntè libre  
A gozar de tus amores. —

GAYFEROS. — I.

Estábase la Condesa,  
En el su estrado asentada,  
Tisericas de oro en mano;  
Su hijo afeitando estaba.  
Palabras le está diciendo,  
Palabras de gran pesar:  
Las palabras tales eran  
Que al niño hacen llorar.  
— Dios te dé barbas en rostro,  
Y te haga barragane;  
Déte Dios ventura en armas,  
Como el paladin Roldane,  
Porque vengases, mi hijo,  
La muerte de vuestro padre:  
Matáronlo á traicion  
Por casar con vuestra madre.  
Ricas bodas me hicieron  
En las cuales Dios no há parte;  
Ricos paños me cortaron,  
La Reina no los há tales. —  
Magüera pequeño el niño  
Bien entendido lo hae.  
Allí respondió Gayferos,  
Bien oiréis lo que diráe:  
— Ruégole así á Dios del cielo  
Y á Santa María su Madre. —  
Oído lo habia el Conde  
En los palacios do estáe:  
— ¡ Calles, calles, la Condesa,

Boca mala sin verdate!  
Que yo no matára el Conde,  
Ni lo hiciera matáre;  
Mas tus palabras, Condesa,  
El niño las pagaráe. —  
Mandó llamar escuderos,  
Criados son de su padre,  
Para que lleven al niño,  
Que lo lleven á matáre.  
La muerte que él les dijera  
Mancilla es de la escucháre :  
— Córtenle el pié del estribo,  
La mano del gavilane,  
Sáquenle ambos los ojos  
Para más seguro andáre,  
Y el dedo, y el corazon  
Traédmelo por señale. —  
Ya lo llevan á Gayferos,  
Ya lo llevan á matáre;  
Habláran los escuderos  
Con mancilla que dél hane.  
— ¡Oh, válasme Dios del cielo  
Y Santa María su Madre!  
Si á este niño matamos,  
¿ Qué galardón nos daráne ?  
Ellos en aquesto estando,  
No sabiendo qué haráne,  
Vieron venir la perrita  
De la Condesa su madre.  
Allí habló el uno de ellos,  
Bien oiréis lo que diráe :  
— Matemós esta perrita  
Por nuestra seguridade,  
Saquémosle el corazon  
Y llevémoslo á Galvane,

Cortemos el dedo al chico,  
Por llevar mejor señale. —  
Ya tomaban á Gayferos,  
Para el dedo le cortáre :  
— Venid acá vos, Gayferos,  
Y quedrednos escucháre;  
Vos idos de aquesta tierra  
Y ya no parezcais mase. —  
Ya le daban entre señas  
El camino que haráe :  
— Iros heis de tierra en tierra  
A do vuestro tío estáe. —  
Gayferos desconsolado  
Por ese mundo se vae :  
Los escuderos se vuelven  
Para do estaba Galvane.  
Danle el dedo y corazon,  
Y dicen que muerto lo hane.  
La Condesa qu'esto oyera  
Empezára á gritos dáre :  
Lloraba de los sus ojos  
Que queria reventáre.  
Dejemos á la Condesa,  
Que muy grande llanto hace,  
Y digamos de Gayferos  
Del camino por do vae,  
Que de día ni de noche  
No hace sino camináre,  
Hasta que llegó á la tierra  
Adonde su tío estáe.  
Dícele d'esta manera  
Y empezóle de habláre :  
— Manténgaos Dios, el mi tío.  
— Mi sobrino, bien vengaises.  
¿ Qué buena venida es esta ?

Vos me la quereis contáre.  
— La venida que yo vengo  
Triste es y con pesáre,  
Que Galvan con grande enojo  
Mandado me había matáre;  
Mas lo que os ruego, mi tío,  
Y lo que os vengo á rogáre,  
Vamos á vengar la muerte  
De vuestro hermano, mi padre;  
Matáronlo á traición  
Por casar con la mi madre.  
— Sosegaos, mi sobrino,  
Vos os queráis sosegáre,  
Que la muerte de mi hermano  
Bien la irémos á vengáre. —  
Ellos así se estuvieron  
Hasta dos años y aún mase,  
Hasta que dijo Gayferos  
Y empezára de habláre.

GAYFEROS. — II.

— Vámonos, dijo, mi tío,  
A París esa ciudade  
En figura de romeros,  
No nos conozca Galvane,  
Que si Galvan nos conoce  
Mandaria nos matáre.  
Encima ropas de seda  
Vistamos las de sayale,  
Llevemos nuestras espadas  
Por más seguros andáre;  
Llevemos sendos bordones  
Por la gente aseguráre. —

Ya se parten los romeros,  
Ya se parten, ya se vane,  
De noche por los caminos,  
De día por los jarales.  
Andando por sus jornadas  
A París llegado hane;  
Las puertas hallan cerradas,  
No hallan por donde entráre.  
Siete vueltas la rodean  
Por ver si podrán entráre,  
Y al cabo de las ocho  
Un postigo van á halláre.  
Ellos que se vieron dentro  
Empiezan á demásáre;  
No preguntan por meson,  
Ni ménos por hospitale,  
Preguntan por los palacios  
Donde la Condesa estáe,  
Y á las puertas del palacio  
Allí van á demásáre.  
Vieron estar la Condesa,  
Y empezaron de habláre:  
— Dios te salve, la Condesa.  
— Los romeros, bien vengados,  
— Mandedes nos dar limosna  
Por honor de caridade.  
— Con Dios vádes, los romeros,  
Que no os puedo nada dare,  
Qu'el Conde me había mandado  
A romeros no albergáre.  
— Dadnos limosna, señora,  
Qu'el Conde no lo sabráe;  
Así la den á Gayferos  
En la tierra donde estáe. —  
Así como oyó Gayferos

Comenzó de sospirárse :  
Mandábales dar del vino,  
Mandábales dar del pane.  
Ellos en aquesto estando  
El Conde llegado hae :  
— ¿Qu'es aquesto, la Condesa ?  
Aquesto ¿ qué puede estárse ?  
¿ No es tenia yo mandado  
A romeros no albergáre ? —  
Dijo, y alzara su mano,  
Puñada le fuera á dáre,  
Que sus dientes menudicos  
En tierra los fuera á echáre.  
Allí habláran los romeros,  
Y empezáronle de habláre :  
— ¡ Por hacer bien la Condesa  
Cierro no merece male !  
— ¡ Caledes vos, los romeros,  
Non hayades vuestra parte ! —  
Alzó Gayferos su espada,  
Un golpe le fuera á dáre,  
La cabeza de sus hombros  
A tierra la fuera á echáre ;  
Allí habló la Condesa  
Llorando con gran pesáre :  
— ¿ Quién érades, los romeros,  
Que al Conde fuistes matáre ? —  
Allí respondió el rómero,  
Tal respuesta le fué á dáre :  
— Yo soy Gayferos, señora,  
Vuestro hijo naturale.  
— Aquesto no puede ser,  
Ni era cosa de verdade,  
Qu'el dedo, y el corazon  
Yo los tengo por señale,

— El corazon que teneis  
En persona no fué á estárse,  
El dedo bien es aqueste,  
Aqui lo veréis faltáre. —  
La Condesa qu'esto oyera  
Comenzóle de abrazáre :  
La tristeza que tenia  
En placer se fué á tornáre.

GAYFEROS. — III.

Asentado está Gayferos  
En el palacio reale ;  
Asentado está al tablero  
Para las tablas jugáre.  
Los dados tiene en la mano,  
Que los quiere arrojárse,  
Cuando entrara por la sala  
Don Cárlos el emperante.  
De que así jugar lo vido  
Empezóle de miráre ;  
Hablandole está hablando  
Palabras de gran pesáre :  
— Si así fuédeses, Gayferos,  
Para las armas tomáre,  
Como sois para los dados,  
Y para tablas jugáre ;  
Vuestra esposa tienen moros,  
Iriadesla buscáre ;  
Pésame mucho por ello,  
Por que es mi hija carnale.  
De muchos fué demandada  
Y á nadie quiso tomáre.  
Con vos casó por amores,

Comenzó de sospirárse :  
Mandábales dar del vino,  
Mandábales dar del pane.  
Ellos en aquesto estando  
El Conde llegado hae :  
— ¿Qu'es aquesto, la Condesa ?  
Aquesto ¿ qué puede estárse ?  
¿ No es tenia yo mandado  
A romeros no albergáre ? —  
Dijo, y alzara su mano,  
Puñada le fuera á dáre,  
Que sus dientes menudicos  
En tierra los fuera á echáre.  
Allí habláran los romeros,  
Y empezáronle de habláre :  
— ¡ Por hacer bien la Condesa  
Cierto no merece male !  
— ¡ Calledes vos, los romeros,  
Non hayades vuestra parte ! —  
Alzó Gayferos su espada,  
Un golpe le fuera á dáre,  
La cabeza de sus hombros  
A tierra la fuera á echáre ;  
Allí habló la Condesa  
Llorando con gran pesáre :  
— ¿ Quién érades, los romeros,  
Que al Conde fuistes matáre ? —  
Allí respondió el rómero,  
Tal respuesta le fué á dáre :  
— Yo soy Gayferos, señora,  
Vuestro hijo naturale.  
— Aquesto no puede ser,  
Ni era cosa de verdade,  
Qu'el dedo, y el corazon  
Yo los tengo por señale,

— El corazon que teneis  
En persona no fué á estárse,  
El dedo bien es aqueste,  
Aqui lo veréis faltáre. —  
La Condesa qu'esto oyera  
Comenzóle de abrazáre :  
La tristeza que tenia  
En placer se fué á tornáre.

GAYFEROS. — III.

Asentado está Gayferos  
En el palacio reale ;  
Asentado está al tablero  
Para las tablas jugáre.  
Los dados tiene en la mano,  
Que los quiere arrojárse,  
Cuando entrara por la sala  
Don Cárlos el emperante.  
De que así jugar lo vido  
Empezóle de miráre ;  
Hablandole está hablando  
Palabras de gran pesáre :  
— Si así fuédeses, Gayferos,  
Para las armas tomáre,  
Como sois para los dados,  
Y para tablas jugáre ;  
Vuestra esposa tienen moros,  
Iriadesla buscáre ;  
Pésame mucho por ello,  
Por que es mi hija carnale.  
De muchos fué demandada  
Y á nadie quiso tomáre.  
Con vos casó por amores,

Amores la han de sacáre;  
Si con otro fuera casada  
No fuera en catividade. —  
Gayferos cuando esto vido,  
Móvido de gran pesáre  
Levantóse del tablero  
No queriendo más jugáre,  
Y tomáralo en las manos  
Para haberlo de arrojáre,  
Si no por quien con él juega,  
Que era hombre de linaje:  
Jugaba con él Guarinos,  
Almirante de la mare.  
Voces da por el palacio,  
Que al cielo quieren llegare;  
Preguntando, preguntando  
Por su tío don Roldane.  
Halláralo en el patin,  
Que queria cabalgáre;  
Con él estaba Oliveros  
Y Durandarte el galane,  
Con él muchos caballeros  
De los de los doce Pares;  
Gayferos desde lo vido  
Empezóle de habláre:  
— Por Dios os ruego, mi tío,  
Por Dios os quiero rogáre,  
Vuestras armas y caballo  
Vos me lo querais prestáre,  
Que mi tío el Emperante  
Tan mal me quiso tratáre,  
Diciendo soy para juego  
Y no para armas tomáre.  
Bien lo sabeis vos, mi tío,  
Bien sabeis vos la verdade,

Que pues busqué á mi esposa  
Culpa no me deben dáre.  
Tres años anduve triste  
Por los montes y los valles  
Comiendo la carne cruda,  
Bebiendo la roja sangre,  
Trayendo los piés descalzos,  
Las ñiñas corriendo sangre.  
Nunca yo hallarla pude  
En cuanto pude buscáre:  
Ora sé que está en Sansueña,  
En Sansueña, esa ciudade.  
Sabeis que estoy sin caballo,  
Sin armas otro que tale,  
Que las tiene Montesinos,  
Que se es ido á festejáre  
Allá á los reinos de Hungria  
Para torneos armáre,  
Y yo sin caballo y armas  
Mal la podré libertáre;  
Por esto os ruego, mi tío,  
Las vuestras me querais dáre. —  
Don Roldán de qu' esto oyó  
Tal respuesta le fué á dáre:  
— Callad, sobrino Gayferos,  
No querades hablar tale;  
Siete años vuestra esposa  
Há que está en captividade;  
Siempre os he visto con armas  
Y caballo otro que tale,  
Ora que no las teneis  
La quereis ir á buscáre.  
Sacramento tengo hecho  
Allá en San Juan de Letrane  
A ninguno prestar armas,

No me las hagan cobardes  
Mi caballo es bien vezado,  
No'l querria mal vezare. —  
Gayferos que aquesto oyó  
La espada fuera á sacáre;  
Con una voz muy sañosa  
Empezára de habláre:  
— ¡ Bien parece, Don Roldan,  
Siempre me quisiste malear,  
Si otro me lo dijera,  
Mostrára si soy cobarde;  
Mas quien á mi ha injuriado  
No lo vais por mi á vengáre;  
Si vos, tio, no me fuédes  
Con vos querria peleáre. —  
Los grandes que allí se hallan  
Entre los dos puestos se hanen,  
Hablado le ha Don Roldan,  
Empezóle de habláre:  
— ¡ Bien parece, Don Gayferós,  
Que sois de muy poca edadel,  
Bien oistes un ejemplo,  
Que conoçais ser verdadel,  
Que aquel que bien os quisiere  
Ese os quiere castigáre.  
Si fuérades mal caballero  
No os dijera yo esto tale;  
Mas porque sé que sois bueno  
Por eso os quise así habláre,  
Que mis armas y caballo  
A vos no se han de negáre,  
Y si quereis compañía  
Yo os querria acompañáre.  
— Mercedes, dijo Gayferos,  
De la buena voluntadel

Solo me quiero ir, solo,  
Para háberla de sacáre:  
Nunca me dirá ninguno  
Que me vido ser cobarde. —  
Luégo mandó Don Roldan  
Sus armas aparejáre;  
El encubierta el caballo,  
Por mejor lo encubertáre;  
El mesmo pone las armas,  
Y le ayuda á bien armáre.  
Luégo cabalgó Gayferos  
Con enojo y con pesáre,  
Pesárale á Don Roldan,  
Tambien á los doce pares,  
Y más al Emperador  
De que solo le vió andáre,  
Y desque ya se salia  
Del gran palacio reale,  
Con una voz amorosa  
Llamárale Don Roldane:  
— Esperá un poco, sobrino;  
Pues solo quereis andáre,  
Dejédemes vuestra espada,  
La mia querais tomáre,  
Y aunque vengan dos mil moros  
Nunca les volvais la liazel;  
Al caballo dadle rienda,  
Y haga á su voluntadel,  
Que si él viere la suya,  
Os sabrá bien ayudáre,  
Y si viere demasia,  
D'ella os sabria sacáre. —  
Ya le daba la su espada,  
Y toma la de Roldane,  
Da de espuelas al caballo,

Sálese de la ciudad.  
Don Beltran desque ir lo vido.  
Empezóle de hablár:  
— Tornad acá, hijo Gayferos,  
Pues que me teneis por padre,  
Tan solamente que os vea  
La Condesa vuestra madre,  
Tomará con vos consuelo,  
Que tan tristes llantos hace,  
Y daráos caballeros  
Los que hayais necesidad.  
— Consoladla vos, mi tío,  
Vos la queráis consolár,  
Acuérdese me perdió  
Chiquito y de poca edad:  
Haga cuenta que de entónces  
No me ha visto jamas,  
Que ya sabeis que en los doce  
Corren malas voluntades:  
No dirán vuelvo por ruego,  
Mas que vuelvo por cobarde,  
Que yo no volveré en Francia  
Sin Melisendra tornár.—  
Don Beltran de que lo oyera  
Tan enojado hablár,  
Vuelve riendas al caballo  
Y entróse por la ciudad.  
Gayferos tierra de moros  
Empieza de camináre;  
Jornada de quince dias  
En ocho la fuera á andáre,  
Por las sierras de Sansueña  
Gayferos airado vae;  
Las voces que él iba dando  
Al cielo quieron llegáre.

Iba maldiciendo el vino,  
Iba maldiciendo el pane,  
El pan que comen los moros,  
Mas no de la cristiandade,  
Maldiciendo iba la dueña  
Que tan sólo un hijo páre;  
Si enemigós se lo matan  
No tiéne quien lo vengáre,  
Maldiciendo iba al hidalgo  
Que cabalga sin un paje;  
Si se le cae la espuela  
Ni tiene quien se la calce.  
Iba maldiciendo el árbol  
Que sólo en el campo nasce:  
Todas las aves del mundo  
En él van á quebrantáre,  
Que de rama ni de hoja  
Al triste dejan gozáre,  
Dando estas voces y otras  
A Sansueña fué á llegáre,  
Viérnes era en aquel dia  
Los moros su fiesta hacen:  
El Rey iba á la mezquita  
Para la zala rezáre,  
Con todos sus caballeros  
Cuantos él pudo lleváre,  
Quando allegó Gayferos  
A Sansueña, esa ciudade,  
Miraba si via alguno  
A quien poder demandáre:  
Vido un cativo cristiano  
Que andaba por los adarbes:  
Desque lo vido Gayferos  
Empezóle de hablár:  
— Dios te salve, el cristiano;



Y te torne en libertad,  
Nuevas que pedirte quiero.  
No me las quieras negare.  
Tú que andas con los moros,  
Dime si oiste habláre.  
Si hay aquí alguna cristiana,  
Que sea de alto linaje?—  
El cativo que lo oyera  
Empezára de llorare:  
— ¡Tantos tengo de mis duelos,  
De otros non puedo curare!  
Que todo el día caballos  
Del Rey me hacen pensáre,  
Y de noche en honda sima  
Me hacen aquí aprisionáre.  
Bien sé que hay muchas cativas  
Cristianas de gran linaje,  
Hay especialmente una  
Qu'es de Francia naturale:  
El Rey Almanzor la trata  
Como á su hija carnale:  
Sé que muchos reyes moros  
Con ella quieren casáre:  
Por eso idos, caballero,  
Por esa calle adelante,  
Veréislas á las ventanas  
Del gran palacio reale.  
Derecho se va á la plaza,  
A la plaza la más grande.  
Allí estaban los palacios  
Donde el Rey solia estáre:  
Alzó los ojos en alto  
Por los palacios miráre,  
Vido estar á Melisendra  
En una ventana grande

Con otras damas cristianas,  
Qu'están en captividade.  
Melisendra que lo vido  
Empezára de llorare,  
No porque lo conociesse  
En el gesto ni en el traje,  
Mas en verlo de armas blancas  
Acordóse de los pares,  
Acordóse del palacio  
Del Emperador su padre,  
De justas, galas, torneos,  
Que á ella solian armáre.  
Con voz triste y muy llorosa  
Le empezára de llamáre:  
— Por Dios ruégoo, caballero,  
Queráisos á mí llegáre;  
Si cristiano sois ó moro  
No me lo queráis negáre;  
Daros he unas encomiendas,  
Bien pagadas os serán.  
Caballero, si á Francia ides  
Por Gayferos preguntade,  
Decidle que la su esposa  
Se le envía á encomendáre,  
Que ya me parece tiempo  
Que la debia sacáre.  
Si no me deja por miedo  
De con los moros peleáre,  
Debe haber otros amores,  
No'l dejan de mí acordáre  
¡ Los ausentes por presentes  
Ligeros son de olvidáre!  
Le diréis aún, caballero,  
Por darle mayor señale,  
Que sus justas y torneos

Bien las supimos acá, esto no  
Y si estas encomiendas  
No recibe con soláce,  
Se las daréis á Oliveros,  
Daréislas á Don Roldane,  
Daréislas á mi señor.  
El Emperador mi padre:  
Diréis como está en Sansueña,  
En Sansueña, esa ciudade:  
Que si presto no me sacan  
Mora me quieren tornáre:  
Casarme hán con el rey moro  
Que está allends de la mare:  
De siete reyes de moros,  
Reina me hacen coronáre:  
Segun los reyes me acuitan  
Mora me harán tornáre:  
Mas amores de Gayferos  
No los puedo yo olvidáre.  
Gayferos que aquesto oyera  
Tal respuesta le fué á dáre:  
— No lloréis vos, mi señora,  
No queráis así lloráre,  
Porque esas encomiendas  
Vos mesma las podeis dáre,  
Que á mi allá dentro de Francia  
Gayferos suelen nombráre.  
Soy el infante Gayferos,  
Señor de París la grande,  
Primo hermano de Oliveros,  
Sobrino de Don Roldane,  
Amores de Melisendra.  
Son los que hácia acá me atraen.  
Melisendra qu'esto vido  
Conociólo en el habláre,

Tiróse de la ventana,  
La escalera fué á tomáre,  
Salióse para la plaza  
Adonde lo vido estáre.  
Gayferos cuando la vido  
Presto la fuera á tomáre:  
Abrázala con sus brazos  
Para haberla de besáre.  
Allí estaba un perro moro  
Por los cristianos guardáre;  
Las voces daba tan altas  
Que al cielo quieren llegáre.  
Al alarido del moro  
La ciudad mandan cerráre:  
Siete veces la rodean,  
No hallan por do escapáre.  
Presto saliera rey Almanzor  
De la mezquita rezáre:  
Veréis tocar la trompeta  
Apriesa y no de vagáre,  
Veréis armar caballeros  
Y en caballos cabalgáre:  
Tantos se arman de los moros  
Que gran cosa es de miráre.  
Melisendra que lo vido  
En una priesa tan grande,  
Con una voz delicada  
Le empezára de habláre:  
— Esfórzado Don Gayferos,  
No querádes desmayáre,  
Que los buenos caballeros  
Son para necesidad:  
¡Si d'esta escapáis, Gayferos,  
Harto tenéis que contáre!  
¡Ya quisiera Dios del cielo

Y Santa María su Madre  
Fuese tal vuestro caballo  
Como aquel de Don Roldane!  
Muchas veces le oí decir  
En el palacio imperiale,  
Que si se hallaba cercado  
De moros en un lugare,  
Acinchaba á su caballo,  
Y aflojábale el pretale,  
Hincábale las espuelas  
Sin ninguna piedad:  
El caballo es esforzado,  
De otra parte va á saltare. —  
Gayferos de qu'esto oyó  
Presto se fuera á apeáre;  
Al caballo alzó la cincha,  
Y aflojábale el pretale;  
Sin poner pié en el estribo  
Encima fué á cabalgare,  
Y Melisendra á las ancas,  
Que presto las fué tomáre.  
El cuerpo le da y cintura  
Porque lo pueda abrazare,  
Al caballo hince la espuela  
Sin ninguna piedad.  
Corriendo vienen los moros  
Aprisa y no de vagáre;  
Las grandes voces que daban  
Al caballo hacen saltare.  
Al estar cerca los moros  
La rienda le fué á largáre;  
El caballo era ligero,  
Púsolo de la otra parte.  
El rey moro qu'esto vido  
Abrir mandó la ciudad;

Siete batallas de moros  
Todos de zaga le vane.  
Volviéndose iba Gayferos,  
No cesaba de miráre;  
De que vido que los moros  
Le empezaban de cercáre;  
Volviérase á Melisendra,  
Empezóle de habláre:  
— No os enojeis, mi señora,  
Forzoso os será apeáre,  
Y en esta grande espesura  
Podréis, señora, aguardáre,  
Que los moros son tan cerca,  
Que nos habrán de alcanzáre.  
Vos, señora, no traéis armas  
Para haber de peleáre;  
Yo, pues que las traigo buenas,  
Quiérolas ejercitáre. —  
Apeóse Melisendra  
No cesando de rezáre,  
Las rodillas puso en tierra  
Las manos fué á levántare,  
Los ojos prestos al cielo  
No cesando de rezáre:  
Sin que Gayferos volviese  
El caballo fué á aguijáre.  
Cuando huía de los moros  
Parece no puede andáre,  
Y cuando iba hácia ellos  
Iba con furor tan grande,  
Que del rigor que llevaba  
La tierra hacía tembláre.  
Donde vido la morisma  
Entre ellos fuera á entráre:  
Si bien pelea Gayferos,

El caballo mucho mase.  
Tantos mata de los moros  
Que no hay cuento ni pare;  
De la sangre que salia  
El campo cubierto se hae.  
Almanzor que aquesto vido  
Empezára de hablár:  
— ¡Oh válasme tú, Alá!  
— Esto qué podia estár?  
— Tal fuerza de caballero  
En pocos se puede hallár!  
Debe ser el encantado  
Ese paladin Roldane,  
O ha de ser el esforzado  
Renaldos de Montalvane,  
O bien Urgel de la Marcha  
Esforzado y singulár;  
No hay ninguno de los doce  
Que bastase hacer lo tale.  
Gayferos que aquesto oyó  
Tal respuesta le fué á dáre:  
— Calles, calles, el rey moro,  
Calles, y no digas tale,  
Muchos otros hay en Francia,  
Que tanto como éstos valen;  
Yo no soy ninguno d'ellos,  
Mas yo me quiero nombrár:  
Soy el infante Gayferos,  
Señor de París la grande,  
Primo hermano de Oliveros,  
Sobrino de Don Roldane. —  
Almanzor como lo oyera,  
Con tal esfuerzo hablár,  
Con los más moros que pudo  
Se entrára por la ciudade,

Solo quedaba Gayferos,  
No halló con quien peleáre;  
Volvió riendas al caballo  
Por Melisendra buscáre:  
Melisendra que lo vido  
A recibir se lo sale;  
Vídole las armas blancas,  
Tintas en color de sangre.  
Con voz muy triste y llorosa  
Le empezó de preguntár:  
— Por Dios os ruego, Gayferos,  
Por Dios os quiero rogár,  
Si traeis alguna herida  
Querásmela vos mostrár,  
Que los moros eran tantos  
Quizá os habrán hecho male.  
Con mangas de mi camisa  
Os lá quiero yo apretár,  
Y con la mi rica toca  
Yo os las entiendo sanár.  
— Callede, dijo Gayferos,  
Infanta, no digais tale,  
Por más que fueran los moros  
No me podian hacer male,  
Qu'estas armas y caballo  
Son de mi tio Don Roldane;  
Caballero que las trujere  
No podia peligrár.  
Cabalgad presto, señora,  
Que no es tiempo de aquí estár;  
Antes que los moros tornen  
Los puertos hemes pasár. —  
Ya cabalga Melisendra  
En un caballo alazane;  
Razonando van de amores,

De amores, que no de ale;  
Ni de los moros han miedo  
Ni d'ellos nada se dane:  
Con el placer de ambos juntos  
No cesan de caminar,  
De noche por los caminos,  
De día por los jarales,  
Comiendo las hierbas verdes  
Y agua si pueden halláre,  
Hasta que entraron en Francia  
Y en tierra de cristiandade:  
Si hasta allí fueron alegres,  
Mucho más de allí adelante.  
Al entrar de una montaña,  
Y á la salida de un valle,  
Caballero de armas blancas  
De léjos ven asomáre:  
Gayferos desque lo vido  
La sangre vuelto se le hae,  
Diciéndole á su señora:  
— ¡Esto es más de receláre,  
Que el caballero que asoma  
Gran esfuerzo es el que trae!  
Que sea cristiano ó moro,  
Fuerza será peleáre:  
Apeaos vos, mi señora,  
Y veni de mí á la pare.  
De la mano le traía  
No cesando de lloráre,  
Lléganse los caballeros,  
Comienzan aparejáre  
Las lanzas y los escudos  
En són de bien peleáre.  
Los caballos ya de cerca  
Comienzan de relinchiáre;

Mas conociólo Gayferos  
Y empezára de habláre:  
— Perded cuidado, señora,  
Y tornad á cabalgáre,  
Que el caballo que allí viene  
Mío es en la verdade;  
Yo le dí mucha cebada  
Y más le entiendo de dáre;  
Las armas segun que veo  
Mias son otro que tale,  
Y aun aquel es Montesinos  
Que á mí me viene á buscáre,  
Que cuando yo me parti  
No se hallaba en la ciudad.  
Plugo mucho á Melisendra  
Que aquello fuese verdade.  
Ya que se van acercando  
Cuasi juntos á la páre,  
Con voz alta y muy crecida  
Empiezan se interrogáre.  
Conóscense los dos primos  
Entónces en el habláre;  
Apeáronse á gran priesa,  
Muy grandes fiestas se hacen:  
De que hubieron hablado  
Tornaron á cabalgáre:  
Razonando van de amores,  
De otro no quieren habláre.  
Andando por sus jornadas  
En tierra de cristiandade,  
Cuantos caballeros hallan  
Todos los van compañáre,  
Y dueñas á Melisendra,  
Doncellas otro que tale.  
Al cabo de pocos dias

A Paris van á llegáre :  
Seis leguas de la ciudad  
El Emperador les sale ;  
Con él salia Oliveros,  
Con él sale Don Roldane,  
Y el infante don Guarinos,  
Almirante de la mare ;  
Con él sale Don Bermudez  
Y el buen viejo Don Beltrane,  
Con él muchos de los doce  
Que á su mesa comen pane,  
Y con él iba Doña Alda,  
La esposa de Roldane :  
Con él iba Julianesa,  
La hija del rey Juliane ;  
Dueñas, damas y doncellas,  
Las más altas de linaje.  
El Emperador á su hija  
Abraza y echa á lloráre ;  
Palabras que le decia  
Dolor eran de escucháre.  
A Don Gayferos los doce  
Gran acatamiento le hacen :  
Tiénelo por esforzado  
Mucho más de allí adelante,  
Pues que sacara á su esposa  
De muy gran captividade :  
Las fiestas que le hacian  
No tienen cuento ni páre.

GAYFEROS. — IV.

El cuerpo preso en Sansueña  
Y en Paris cautiva el alma,  
Puesta siempre sobre el muro

Porque está sobre él su casa,  
Vuelta en ojos Melisendra,  
Y sus ojos vueltos agua,  
Mira de Francia el camino  
Y de Sansueña la playa,  
Y en ella vió un caballero  
Que junto á la cerca pasa,  
Hácele señas y viene,  
Que viene por quien le llama,  
— Si sois cristiano, le dice,  
O habeis de pasar á Francia,  
Preguntad por don Gayferos,  
Y decid : ¿ que á cuándo aguarda ?  
¿ Que harto mejor le estuviera  
Jugando acá por mi lanzas,  
Que no allá con pasajeros,  
Jugando dados y cañas !  
Que si quiere que sea mora,  
Que otra cosa no me falta,  
Y amándole, no es posible  
Vivir un alma cristiana. —  
¿ Tanto llora Melisendra  
Que las razones no acaba !  
Don Gayferos la responde,  
Alzándose la celada :  
— No es tiempo de desculparme,  
Señora, de mi tardanza,  
Pues el no tenella agora  
Nos es de mucha importancia. —  
Dícele que aguarde un poco,  
Y en menos de un poco baja ;  
A ella en las ancas sube,  
Y él en la silla cabalga,  
Y á pesar de la morisma  
La puso dentro de Francia.

MONTESINOS BUSCA Á DURANDARTE  
EN LA BATALLA

Por la parte donde vido  
Más sangrienta la batalla  
Se metía Montesinos  
Lleno de angustia y de saña.  
Cuantos con la lanza encuentra  
A tierra los derribaba;  
La yegua también ayuda,  
Que á muchos atropellaba.  
Lugar le hacen como á toro  
Por do quiera que pasaba.  
Eché el ojo Montesinos,  
Por todo el campo miraba  
Y vió un moro esforzado  
Que mucho se aventajaba.  
Un alfanje trae el moro  
Teñido en sangre de Francia.  
Este es aquél Albenzayde  
Que entre todos tiene fama,  
Caballero en una yegua  
Hermosa, rucia y manchada.  
Como le vió Montesinos  
Encendido en ira y saña,  
Dió de espuelas á la yegua,  
Y en los pechos le encontró,  
Y fué tan recio el encuentro  
Que á tierra lo derribaba.  
Del golpe que dió en el suelo  
Hizo pedazos la lanza;  
No le quedó á Montesinos  
Sino un pedazo de asta,  
Como se vió de tal suerte,

Por todo el campo miraba;  
Vió la batalla rompida,  
Sus gentes desbaratadas,  
Y la flor de lis de oro  
Que los moros la arrastraban.  
No ve golpe de Oliveros,  
Ni oye ya al señor de Braña;  
Cubierto de sangre y polvo,  
Se salió de la batalla  
En busca de Durandarte  
Que de léjos divisaba,  
Que con heridas de muerte  
De la batalla escapaba.

DURANDARTE MORIBUNDO  
RECOMIENDA Á MONTESINOS QUE LLEVE SU  
CORAZON Á BELERMA.

¡Oh, Belerma, oh Belerma!  
Por mi mal fuiste engendrada,  
Que siete años te servi  
Sin de ti alcanzar nada;  
Agora que me querias  
Muero yo en esta batalla.  
No me pesa de mi muerte,  
Aunque temprano me llama;  
Mas pésame que de verte  
Y de servirte dejaba.  
¡Oh, mi primo Montesinos!  
Lo que agora yo os rogaba,  
Que cuando yo fuere muerto  
Y mi ánima arrancada,  
Vos lleveis mi corazon

Adonde Belerma estaba,  
Y servidla de mi parte;  
Como de vos yo esperaba,  
Y traedle mi memoria  
Dos veces cada semana;  
Y diréisle que se acuerde  
Cuán cara que me costaba,  
Y dadle todas mis tierras  
Las que yo señoreaba;  
Pues que yo á ella pierdo,  
Todo el bien con ella vaya,  
¡Montesinos, Montesinos!  
¡Mal me aqueja esta lanzada!  
El brazo traigo cansado,  
Y la mano del espada;  
Traigo grandes las heridas,  
Mucha sangre derramada,  
Los extremos tengo frios,  
Y el corazón me desmaya,  
Que ojos que nos vieron ir  
Nunca nos verán en Francia.  
Abraçéisme, Montesinos,  
Que ya se me sale el alma,  
De mis ojos ya no veo,  
La lengua tengo turbada;  
A vos doy todos mis cargos,  
En vos yo los traspasaba.  
— El Señor en quien creéis  
— El oiga vuestra palabra. —  
Muerto yace Durandarte  
Al pié de una alta montaña:  
Llorábalo Montesinos,  
Que á su muerte se hallára,  
Quitándole está el almete,  
Descinéndole el espada;

Hácele la sepultura  
Con una pequeña daga;  
Sacábale el corazón,  
Como él se lo jurára,  
Para llevarlo á Belerma,  
Como allí se lo mandára.  
Las palabras que le dice  
De allá le salen del alma:  
¡Oh mi primo Durandarte!  
¡Primo mio de mi alma!  
¡Espada nunca vencida!  
¡Esfuerzo do esfuerzo estaba!  
¡Quien á vos mató, mi primo,  
No sé por qué me dejara!

BELERMA RECIBE NUEVAS DE LA MUERTE  
DE DURANDARTE.

En Francia estaba Belerma  
Alegre y regocijada,  
Hablando con sus doncellas  
Como otras veces usaba.  
Dice y afirma jurando,  
Entre todas levantada,  
Que se juzga ciertamente  
La más bienaventurada  
De las damas de su tiempo,  
Y cualquier edad pasada,  
Pues la sirva Durandarte,  
Galan muy digno de fama,  
Más gallardo y gentil hombre  
Que cuantos ciñen espada.  
Mas temiendo no la arguyan  
Que habla de apasionada,



Dice con rostro sereno  
Y con la voz fatigada :  
— Nadie entienda qu'esto digo  
Por estar enamorada,  
Que cierto, que no le viendo,  
En viéndole lo juzgara.  
¡ Nunca aviso y gentileza  
Tuvieron una posada  
Como aqueste que la tiene  
En lo mejor de mi alma! —  
Y diciendo estas razones  
Cayó en tierra desmayada ;  
Mas volviendo en sí Belerma  
D'esta manera hablaba :  
— ¿ Qué es aquesto, amigas mías ?  
¡ Algun mal se me acercaba,  
Que nunca mi corazón  
Aquestas muestras me daba,  
Sin que luego ciertamente  
Me acuda alguna desgracia ! —  
Volvió sus ojos Belerma,  
Que mil perlas destilaban ;  
Vió venir á Montesinos  
De la infelice batalla.  
Con el rostro mustio y triste  
La color desmejada,  
Trae escrito en su semblante  
La nueva que reportaba.  
Llegó donde está Belerma,  
De rodillas se postraba :  
Quiere hablar y no acierta,  
Y cuando acierta no osaba ;  
Mas al fin con poco aliento  
Dice con la voz turbada :  
— ¡ Nuevas te traigo, señora,

Que son de grande desgracia !  
— Primero que me las digas,  
La dama le replicaba,  
¿ Qué es de tu querido primo ?  
¿ Dónde está ? ¿ Cómo quedaba ?  
— Muerto queda, mi señora,  
Debajo una verde haya ;  
Veis aquí su corazón,  
Yo mismo se lo sacára,  
Porque al punto de la muerte  
La palabra me tomára,  
Porque vices tú, señora,  
Cuanto dél eras amada,  
Y porque aves ningunas,  
Indignas de tal vianda,  
No comiesen corazón  
Donde estabas tú fijada,  
Al cual podrás hacer honra  
Que él en vida deseaba.

BELERMA LLORA LA MUERTE DE DURANDARTE.

Sobre el corazón difunto  
Belerma estaba llorando  
Lágrimas de roja sangre ;  
Que las de agua hicieron cabo.  
El cabello de oro fino  
De mesarle enerizado,  
Las manos hechas un fudo,  
El cuerpo todo templado,  
Cuando vió aquel corazón,  
Estando en él contemplando,  
De nuevas gotas de sangre  
Estaba todo bañado,

— ¡Corazon de mi señor  
Durandarte, muypreciado,  
En los amores dichoso  
Y en batallas desdichado,  
Quien os trajo ante mis ojos  
Tanta crueldad usando,  
No debía de saberlo!  
¡Corazon que estás clayado  
Con aqueste triste mio,  
Yo te pagaré llorando! —  
Así se quedó Belerma,  
Vencida de un gran desmayo.

BATALLA CONTRA MARSIN.

Domingo era de Ramos,  
La Pasion quieren decir,  
Cuando moros y cristianos  
Todos entran en la lid.  
Ya desmayan los franceses,  
Ya comienzan de huir.  
¡Oh, cuán bien los esforzaba  
Ese Roldan paladin!  
— ¡Vuelta, vuelta, los franceses!  
Con corazon, á la lid!  
¡Más vale morir por buenos,  
Que deshonorados vivir! —  
Ya volvian los franceses  
Con corazon á la lid;  
A los enencuentros primeros  
Mataron sesenta mil.  
Por las sierras de Altamira  
Huyendo va el rey Marsin,  
Caballero en una cebra,

No por mengua de rocin,  
La sangre que dél corria  
Las hierbas hace teñir;  
Las voces que iba dando  
Al cielo quieren subir.  
— ¡Reniego de tí, Mahoma,  
Y de cuanto hice por tí!  
Hicete cuerpo de plata,  
Piés y manos de un marfil;  
Hicete casa de Meca  
Donde adorasen en tí,  
Y por más te honrar, Mahoma,  
Cabeza de oro te fiz.  
Sesenta mil caballeros  
A tí te los ofrecí;  
Mi mujer la Reina mora  
Te ofreció otros treinta mil.

MUERTE DE DON BELTRAN EN RONCESVALLES.

En los campos de Alventosa  
Mataron á don Beltran,  
Nunca lo echaron de menos  
Hasta los puertos pasar.  
Siete veces echan suertes  
Quién lo volverá á buscar,  
Todas siete le cupieron  
Al buen viejo de su padre;  
Las tres fueron por malicia,  
Y las cuatro con maldad.  
Vuelve riendas al caballo,  
Y vuélveselo á buscar.  
De noche por el camino,  
De dia por el jaral,

Por la matanza va el viejo,  
Por la matanza adelante;  
Los brazos lleva cansados  
De los muertos rodear;  
No hallaba al que buscaba,  
Ni ménos la su señal,  
Vido todos los franceses  
Y no vido á don Beltran.  
Maldiciendo iba el vino,  
Maldiciendo iba el pan,  
El que comian los moros,  
Que no el de la cristiandad;  
Maldiciendo iba el árbol  
Que solo en el campo nasco,  
Y en que las aves del cielo  
Todas vienen se á asentar,  
Que de rama ni de hoja  
No me lo dejan gozar:  
Maldiciendo iba al hidalgo,  
Que cabalgaba sin paje;  
Si se le cae la lanza  
No tiene quien se la alce,  
Y si le cae la espuela  
No tiene quien se la calce;  
Maldiciendo iba la hembra  
Que tan sólo un hijo pare;  
Si enemigos se lo matan  
No tiene quien lo vengar.  
A la entrada de un puerto,  
Saliendo de un arenal,  
Vido en esto estar un moro  
Que velaba en un adarve:  
Hablóle en algarabía,  
Como aquel que bien lo sabe.  
— Por Dios te suplico, el moro,

Me digas una verdad:  
Caballero de armas blancas  
Si lo viste acá pasar,  
Y si tú lo tienes preso,  
A oro lo pesarán,  
Y si tú lo tienes muerto  
Désmelo para enterrar,  
Pues que el cuerpo sin el alma  
Solo un dinero no vale.  
— Ese caballero, amigo,  
Dime tú qué señas trae.  
— Blancas armas son las tuyas,  
Y el caballo es alazan,  
En el carrillo derecho  
El tenía una señal,  
Que siendo niño pequeño  
Se la hizo un gavilán.  
— Este caballero, amigo,  
Muerto está en aquel pradal;  
Las piernas tiene en el agua,  
Y el cuerpo en el arenal:  
Siete lanzadas tenía  
Desde el hombro al calcañal,  
Y otras tantas su caballo  
Desde la cincha al pretal.  
No le des culpa al caballo,  
Que no se la puedes dar;  
Siete veces lo sacó  
Sin herida y sin señal,  
Y otras tantas lo volvió  
Con gana de pelear.

ROLDAN ESPIRA VIENDO HERIDO Y FUGITIVO  
EN RONCESVALLES Á CARLO-MAGNO.

Por muchas partes herido  
Sale el viejo Carlo-Magno,  
Huyendo de los de España  
Porque le han desbaratado;  
Los once deja perdidos,  
Sólo Roldan ha escapado,  
Que nunca ningún guerrero  
Llegó á su esfuerzo sobrado,  
Y no podía ser herido  
Ni su sangre derramado.  
Al pié estaba de una cruz  
Por el suelo arrodillado;  
Los ojos vueltos al cielo,  
D'esta manera ha hablado:  
— Animoso corazón,  
¿Cómo te has acobardado  
En salir de Roncesvalles  
Sin ser muerto ó bien vengado?  
¡Ay, amigos y señores!  
¿Cómo os estaréis quejando  
Que os acompañé en la vida,  
Y en la muerte os he dejado! —  
Estando en esta congoja  
Vió venir á Carlo-Magno,  
Triste, solo y sin corona,  
Con el rostro ensangrentado.  
Desdeque así lo hubo visto  
Cayó muerto el desdichado.

MUERTE DE ROLDAN.

Apartado del camino,  
Por un valle muy cerrado,  
Vi venir un caballero  
En un herido caballo.  
De la sangre que le corre  
Deja un lastimoso rastro;  
Una muerte por cimera,  
Y un crucifijo en la mano,  
A grandes voces diciendo,  
Al crucifijo mirando:  
— ¡Ahora es tiempo, Señor,  
Que por tí sea remediado  
El ejército frances,  
Si no es del todo acabado!  
¡Mala la hubistes, franceses,  
Con el que dicen del Carpio,  
Pues que no hubo paladín  
Que le resistiese el campo!  
¿Qué es de tus famosos hechos  
De que el mundo está poblado?  
¿Qué es de tu fuerza encantada?  
¿Qué es de tu valor, Orlando?  
Los filos de Durindana  
No mellan al castellano,  
Ni este fuerte y duro acero  
Pudo resistir su brazo. —  
Estando en esta congoja  
Alzó los ojos Orlando,  
Y por una cuesta arriba  
Huyendo vió á Carlo-Magno,  
Solo, triste y sin corona,  
De sangre todo bañado,

Y al dolor de verlo así  
Muerto cayó del caballo.

DOÑA ALDA LLORA LA MUERTE DE ROLDAN.

En París está doña Alda,  
La esposa de don Roldan,  
Trescientas damas con ella  
Para bien la acompañar;  
Todas visten un vestido,  
Todas calzan un calzar,  
Todas comen á una mesa,  
Todas comían de un pan,  
Si no era sola doña Alda,  
Que fuera la mayoral.  
Las ciento hilaban oro  
Las ciento tejen cendal,  
Las ciento instrumentos tafien  
Para doña Alda holgar.  
Al són de los instrumentos  
Doña Alda adormido se há;  
Ensoñado había un sueño,  
Un sueño de gran pesar.  
Recordó despavorida  
Y con un pavor muy grande,  
Los gritos daba tan grandes,  
Que se oían en la ciudad.  
Allí hablaron sus doncellas,  
Bien oiréis lo que dirán:  
— ¿Qué es aquesto, mi señora?  
¿Quién es el que os hizo mal?  
— Un sueño soñé, doncellas,  
Que me ha dado gran pesar;  
Que me veía en un monte

En un desierto lugar:  
Bajo los montes muy altos  
Un azor vide volar,  
Tras dél viene una aguililla  
Que lo afincaba muy mal.  
El azor con grande cuita  
Metióse so mi brial;  
El aguila con grande ira  
De allí lo iba á sacar;  
Con las uñas lo despluma,  
Con el pico lo deshace. —  
Allí habló su camarera,  
Bien oiréis lo que dirá:  
— Aquese sueño, señora,  
Bien os lo entiendo soltar:  
El azor es vuestro esposo,  
Que viene de allende el mar;  
El águila sedes vos,  
Con la cual ha de casar,  
Y aquel monte es la iglesia  
Adonde os han de velar.  
— Si así es, mi camarera,  
Bien te lo entiendo pagar. —  
Otro día de mañana  
Cartas de fuera le traen;  
Tintas venían de dentro,  
De fuera escritas con sangre,  
Que su Roldan era muerto  
En la caza de Roncesvalles.

EL ALMIRANTE GUARINOS.

¡Mala la visteis, franceses,  
La caza de Roncesvalles!

Don Carlos perdió la honra,  
Murieron los doce Pares,  
Cativaron á Guarinos,  
Almirante de las mares;  
Los siete reyes de moros  
Fueron en su cativare.  
Siete veces echan suertes  
Cuál d'ellos lo ha de llevare.  
Todas siete le cupieron  
A Marlotes el infante.  
Más lo preciára Marlotes  
Que Arabia con su ciudade.  
Dicele d'esta manera,  
Y empezóle de habláre:  
— Por Alá ruego, Guarinos,  
Moro te quieras tornar;  
De los bienes d'este mundo  
Yo te quiero dar asaz.  
De dos hijas que yo tengo  
Yo te las quería dáre,  
La una para el vestir,  
Para vestir y calzáre,  
La otra para tu mujer.  
Tu mujer la naturale.  
Darte hé en arras y dote  
Arabia con su ciudade:  
Si más quisieres, Guarinos,  
Mucho más te quiero dáre. —  
Allí fablára Guarinos,  
Bien oiréis lo que dirá:  
— ¡No lo mande Dios del cielo  
Ni Santa María su Madre,  
Que deje la fe de Cristo  
Por la de Mahoma tomar,  
Que esposaica tengo en Francia,

Con ella entiendo casar! —  
Marlotes con gran enojo  
En cárceles lo manda echar.  
Con esposas á las manos,  
Porque pierda el pelear;  
El agua hasta la cinta  
Porque pierda el cabalgar;  
Siete quintales de fierro  
Desde el hombro al calcañar.  
En tres fiestas que ha el año  
Le mandaba justiciar;  
La una Pascua de Mayo,  
La otra por Navidad,  
La otra Pascua de Flores,  
Esta fiesta general.  
Vanse dias, vienen dias,  
Venido era el de Sant Juan,  
Donde cristianos y moros  
Hacen gran solemnidad.  
Los cristianos echan juncia,  
Y los moros arrayan;  
Los judíos echan neas  
Por la fiesta más honrar.  
Marlotes con alegría  
Un tablado mandó armar,  
Ni más chico ni más grande,  
Que al cielo quiere llegar.  
Los moros con alegría  
Empiezan de le tirar:  
Tira el uno, tira el otro,  
No llegan á la mitad,  
Marlotes con enconía  
Un pregon mandára dar,  
Que los chicos no mamasen,  
Ni los grandes coman pan,

Hasta que aquel tablado  
En tierra haya de estar.  
Oyó el estruendo Guarinos  
En las cárceles do está:  
— ¡Oh, válasme Dios del cielo  
Y Santa María su Madre!  
O casan hija del Rey,  
O la quieren desposar,  
O será venido el día  
Que me quieren justiciar. —  
Oídolo há el carcelero  
Que cerca se fué á hallar:  
— No casan hija de Rey,  
Ni la quieren desposar,  
Ni es venida la Pascua  
Que te suelen azotar;  
Mas era venido un día,  
El cual llaman de Sant Juan,  
Cuando los que están contentos  
Con placer comen su pan.  
Marlotes de gran placer  
Un tablado mandó armar;  
El altura que tenía  
Al cielo quería llegar.  
Hanle tirado los moros,  
No le pueden derribar;  
Marlotes de enojado  
Un pregon mandára dar,  
Que ninguno no comiese  
Hasta habello derribar. —  
Allí respondió Guarinos,  
Bien oiréis qué fué á hablar:  
— Si vos me dáis mi caballo,  
En que solia cabalgar,  
Y me diésedes mis armas,

Las que yo solia armar,  
Y me diésedes mi lanza,  
La que solia llevar,  
Aquellos tablados altos  
Los entiendo derribar,  
Y si no los derribase  
Que me mandasen matar. —  
El carcelero al oírle  
Comenzóle de hablar:  
— ¡Siete años habia, siete  
Que estás en este lugar,  
Que no siento hombre del mundo  
Que un año pudiese estar,  
Y áun dices que tienes fuerzas  
Al tablado derribar!  
Mas espera tú, Guarinos,  
Que yo lo iré á contar  
A Marlotes el infante  
Por ver lo que me dirá. —  
Ya se parte el carcelero  
Ya se parte, ya se va:  
Siendo cerca del tablado  
A Marlotes hablado há:  
— Una nueva vos traia,  
Querásmela escuchar:  
Sabed que aquel prisionero  
Aquesto dicho me há:  
Que si le dan su caballo,  
El que solia cabalgar,  
Y también le dan las armas,  
Con que él se solia armar,  
Que aquestos tablados altos  
Los entiende derribar. —  
Marlotes de qu'esto oyera  
De allí lo mandó sacar;

Por mirar si en su caballo  
El podría cabalgar,  
Mandó buscar su caballo,  
Y mandáraselo dar,  
Que siete años son pasados  
Que andaba llevando cal.  
Armáronlo de sus armas,  
Que bien mohosas están.  
Marlotes desde lo vido  
Con reir y con burlar  
Dice que vaya al tablado  
Y lo quiera derribar.  
Guarinos con grande furia  
Un encuentro le fué á dar,  
Que más de la mitad dél  
En el suelo lo fué á echar.  
Los moros de qu'esto vieron  
Todos le quieren matar;  
Guarinos como esforzado  
Comenzó de pelear  
Con los moros, que eran tantos,  
Que el sol querían quitar.  
Peleará de tal suerte  
Que él se hubo de soltar,  
Y se fuera á la su tierra  
A Francia la natural;  
Grandes honras le hicieron  
Cuando le vieron llegar.

CERVINO MORIBUNDO.

Muerte, si te das tal priesa  
En llevarme á mi Cervino  
Por dar á entender al mundo

Tu supremo poderío,  
¡No has buscado buen ejemplo,  
Pues queda en su fama vivo,  
Donde tu fiera guadaña  
Probará en vano sus filos!  
Y si pretendes mostrar  
Que es amor, cual dicen, niño,  
Y que el deshacer sus obras  
Pende de sólo tu arbitrio,  
¡Mira que en las almas mora,  
Y éstas tú no las has visto!  
Si piensas que ha de quedar  
La que me queda conmigo,  
Seguiréle al alto cielo,  
Seguiréle al hondo abismo,  
Y hará iguales nuestras vidas  
Esta mano y un cuchillo;  
Que si propuse morir  
Por guardar mi cuerpo limpio,  
Cuando le quiso violar  
El infame vizcaino,  
No con menos voluntad  
Que por la mar le he seguido,  
Le seguiré por las aguas  
Del horrible lago Stigio. —  
Cervin recogió el aliento  
En los labios casi frios,  
Y apenas la voz formando  
Estas palabras le dijo:  
— ¡Oh, castísima Isabela,  
En cuya viudez confío  
Hacer mayor resistencia,  
Que con mi fama al olvido,  
Más precioso es el dolor  
Que cabe dentro del juicio,



Que el que sus límites rompe  
Y llega á ser desvario.  
Vivid, señora, vivid  
Lo que Dios fuere servido,  
Y no muera yo dos veces,  
Si en vos, como decís, vivo.  
Reservaos para suplir  
Las faltas que yo he tenido,  
Y no dejéis á otras manos  
Este religioso oficio.  
No pido yo sepultura,  
Que escurezca las de Egipto  
Para mis huesos, que presto  
Serán polvos, y no míos;  
Un templo para mi nombre  
Dentro en vuestro pecho pido,  
Y no se diga: *aquí yace*,  
Sino: *aquí vive Cervino*.

ANGÉLICA Y MEDORO.—I.

Envuelto en su roja sangre  
Medoro está desmayado;  
Que el enemigo furioso  
Por muerto le había dejado,  
Y el ser leal á su Rey  
Le ha traído á tal estado,  
Los ojos vueltos al cielo,  
Y el cuerpo todo temblando,  
De color pálido el rostro,  
Y el corazón traspasado,  
Lleno de heridas mortales  
Por un lado y otro lado;  
Pero al fin con flaco aliento

Y el espíritu cansado,  
Dijo: — Rey y señor mío,  
Perdona que no te he dado  
La sepultura debida  
A cuerpo tan esforzado;  
Mas yo muero por cumplir  
Con lo que estaba obligado.  
De mi muerte no me pesa,  
Pues lo permitió mi hado;  
Pésame de no acabar  
Lo que había comenzado,  
Y de ver que no ha podido,  
Estando tan obligado,  
Cumplírseme este deseo,  
Pues muriera consolado.  
De todo perdona, Rey;  
Que pues no quiso mi hado  
Que estuviera á tus obsequias,  
Bien es muera desgraciado. —  
Y estando en esta congoja,  
Angélica, que ha llegado,  
Que por caminos y sendas  
Huyendo andaba de Orlando,  
Reparó viendo á Medoro,  
Y el cuello y rostro mirando,  
Sintió un no sé qué en el pecho,  
Que el corazón le ha robado,  
Y así el corazón más duro  
De los que el cielo ha criado  
Está rendido y medroso,  
Vencido y enamorado,  
Y con esta novedad  
Se siente todo abrasado.

ANGÉLICA Y MEDORO. — II.

Las heridas que á Medoro  
Dejaron del todo sano  
A pesar de Sacripante,  
De Agrican y de Reinaldos,  
Cura Angélica la bella  
Con sus angélicas manos,  
Buenas para matar vidas,  
Y para sanar llagados.  
Mientras cura el mal ajeno  
Va creciendo el propio daño:  
Consuelo busca al herido  
Faltándole á su cuidado,  
Y olvidada de quien era  
Más que del Conde encantado,  
Dice al nuevo prisionero,  
Teniéndole en su regazo:  
—Diferentes llagas son,  
Medoro, las que hay en mí:  
Unas te llagan á ti,  
Y otras á mi corazón.  
Tu daño descubrese,  
Y así puede remediarse,  
Mas al mio no hay curarse.  
Porque duele y no se ve.—  
Vuelve los ojos el moro,  
Ya de ofendido esforzado,  
Para agradecer la cura  
Y sacarla de cuidado;  
Que aunque el médico fue tal,  
Fue la cura, sobre sano,  
Pues tan presto descubrió  
Con esta razon su daño.

— Heridas del cuerpo fueron  
Las que, Angélica, curaste,  
Mas apenas las miraste  
Cuando del alma se hicieron.  
¡Mira qué tal he quedado,  
Pues cuando mi mal senti  
Herido vivo me vi,  
Y agora muerto, curado!

ANGÉLICA Y MEDORO. — III.

Con aquellas blancas manos  
Que quitaron tantas vidas,  
Curando Angélica estaba  
De Medoro las heridas.  
Deteniéndole está el alma;  
Que hasta la muerte enemiga  
Respetá las blancas manos.  
Y sus milagros admira.  
El moro la está mirando  
Con su enternecida vista,  
Y regalando la voz  
Así le dice y suspira:  
«¡Ay, dulce vida mía,  
Detén el alma que á salir porfia!»  
«Si escribí tu amado nombre  
En estas cortezas lisas  
D'estos árboles, testigos  
De tus glorias y las mías,  
Agora que está mi sangre  
Sobre mi pecho vertida,  
Imprime como en diamante  
Letras en el alma escritas.  
Mira bien cómo las tratas,

Que si por Medero olvidas  
Tantos Rugeros y Orlandos,  
Muerto yo, tú te confirmas:  
«¡Ay, vida dulce mía,  
Deten el alma que á salir porfía!»

LOCURA DE ROLDAN. — I.

Entre los dulces testigos  
De la gloria de Medero,  
Fuentes, árboles, jazmines,  
De las ninfas bello coro,  
Donde el moro bienandante  
Gozó del dulce tesoro  
De aquella bella hermosura  
Enlazada en lazos de oro,  
Está el valeroso Orlando  
Vuelto una fuente de lloro,  
Diciendo entre mil suspiros:  
¡Ay, felicísimo moro!  
Dícele: — Fiero enemigo,  
¿Qué es del sol por quien yo lloro?  
¡Agora gozas la lumbre  
Por quien en tinieblas moro!  
Pues tienes rendida el alma  
De aquella á quien yo adoro,  
Yo te sacaré á la tuya,  
Si de este estado mejoro.  
Bien sé que con tal venganza  
El sér de Orlando desdoro;  
Pero el amor me disculpa,  
Que á nadie guarda el decoro. —  
Luégo con rabiosa basca  
Bramando cual bravo toro

Se embravece contra sí  
Aumentando más su lloro.

LOCURA DE ROLDAN. — II.

«Aquí gozaba Medero  
De su bella deseada,  
A pesar del Paladino  
Y de los moros de España;  
Aquí sus hermosos brazos,  
Como hiedra que se enlaza,  
Cifieron su cuello y pecho  
Haciendo un cuerpo dos almas.»  
Estas palabras de fuego  
Escritas con una daga  
En el mármol de una puerta  
El conde Orlando miraba.  
Y apenas leyó el renglon  
De las postreras palabras,  
Cuando con voces de loco  
Echó mano á Durindana,  
Y dando sobre las letras  
Una y otra cuchillada,  
Con el encantado acero  
Piedras y centellas saltan;  
Que de palabras de amor  
No solamente en las almas,  
Que en las piedras entra el fuego  
Y d'ellas sale la llama.  
La columna deja entera  
Como lo está su esperanza,  
Que confiesa ser más firme  
Que no el valor de sus armas.  
Entrando la casa adentro

Vió pintada en una cuadro  
La amarilla y fiera muerte,  
Que á los piés de un niño estaba.  
Conoció que era el Amor  
En las flechas y el aljaba,  
Y unas letras que salían  
De las manos de una dama.  
Lo que decían repite  
Como quien no entiende nada;  
Que en males que vienen ciertos  
Es gloria engañar el alma.  
Las letras dicen: «Medoro;  
El grande amor de tu esclava  
Ha de vencer á la muerte,  
Que muerto vive quien ama.»  
No tiene el Conde paciencia,  
Que alborotando la sala  
Despedaza cuanto mira;  
¡De amor injusta venganza!  
Lo que dice y lo que siente  
Enténdalo quien bien ama,  
Si sabe el mal que son celos,  
Que llaman muerte de rabia.

DORALICE ABANDONA Á RODAMONTE CON QUIEN  
ERA DESPOSADA, Y ESCOGE Á MANDRICARDO.

Con soberbia y gran orgullo,  
Que todo el mundo espantaba,  
Saliérase Rodamonte,  
Ese bravo Rey de Zarza,  
(Rey de Zarza y de Argel era;  
Que por tal se intitulaba),  
En busca de Mandricardo,

Aquese rey de Tartaria,  
Que se lleva á Doralice,  
Hija del rey de Granada.  
Quitóla á cien caballeros,  
Que la tenían en guarda.  
A pié va, que no á caballo,  
Bien armado, y sin espada;  
Solo va con un baston  
Que de un árbol desgajára.  
¡Tan feroz y tan sañudo,  
Tan sin tiento caminaba,  
Que no hay oso ni leon  
Que mirarle ose en la cara!  
Por una muy alta sierra  
Al bajar de una montaña  
Vido estar á Mandricardo  
En regazo de su dama,  
Que le enjugaba el sudor  
Y la cara le limpiaba.  
Doralice que le vido,  
Allí habló con voz turbada:  
— ¡Triste de mí, Mandricardo!  
¡Amarga de mí, cuitada!  
Veo venir á Rodamonte  
A quien yo le dí palabra,  
Para casarme con él,  
Y por vos la quebrantára.  
Defendedme, mi señor,  
Solo que con él no vaya.—  
Mandricardo que esto oyera,  
El yelmo luégo abajára:  
Vase para Rodamonte  
Que en el campo le aguardaba.  
Ya traban los dos guerreros  
Entre ellos cruda batalla.

Por allí pasára un moro  
Que Ferragut se llamaba.  
— ¿Qu'es aquesto, caballeros?  
¿Para qué es riña tan brava?—  
Respondiera Doralice,  
D'esta suerte proposára:  
— De aquesta batalla, el moro,  
Yo soy la principal causa,  
Porque escogí á Mandricardo,  
Y á Rodamonte dejára.—  
Ferragut aquesto oyendo  
Concertarlos procuraba.  
Sosegados que los tuvo  
D'esta suerte les hablaba.  
— Paréceme, caballeros,  
Que entendida vuestra saña  
No queráis con tanto esfuerzo  
Morir por cosa tan baja;  
Y señale Doralice  
De los dos cuál más amaba.—  
Rodamonte y Mandricardo  
Se contentan, pues pensaba  
Cada cual ser escogido  
De la que presente estaba.  
Rodamonte en este caso  
De la dama confiaba,  
Por los pasados servicios  
Que por ella hizo en Granada,  
Y á más que de ser su esposa  
Le habia dado palabra.  
Mandricardo, muy mejor  
En ella se aseguraba,  
Porque por él era dueña,  
Y su hermosura gozára.  
Doralice sin vergüenza

De esta suerte sentenciará:  
— Yo desecho á Rodamonte,  
Y á Mandricardo mé daba,  
Porque obras son amores,  
De palabras n'ó curaba.—  
En oirlo Rodamonte  
De Mahoma blasfemaba,  
Porque de cuantas ha amado  
A él ninguna le amára,  
Y empezó de discantar  
Lo que en Doralice hallaba.  
— ¡Oh ingenio femenino!  
¡Fuerza sin fuerza ganada!  
¡Sin fe, sin ley, variable,  
Más hueca que no la caña!  
¡Importuna, soberbiosa,  
Pestilencia no curada,  
Desleal, ingrata, cruel,  
Falsedad jamas pensada,  
Discípula del demonio,  
Amicicia solapada,  
En fin, maldad de maldades,  
Vista y lengua emponzoñada!

BRADAMANTE CELOSA.

Suelta las riendas al llanto,  
Celoso el pecho y airado,  
La hermosa Bradamante  
Llena de angustia y cuidado.  
Llora de Ruger la ausencia  
Pensando haberla olvidado;  
Arranca un suspiro y otro,  
Que encendiera un pecho helado,

Mesa sus rubios cabellos  
En que el amor ha enlazado,  
Ganándole por despojos  
Aljaba, flechas y arco.  
Revuelve en el pensamiento,  
De vestir arnés tranzado,  
Para buscar su Rugero,  
A quien ya la palma ha dado.  
— ¿Qué es de ti? ¿Dó estás, Rugero?  
— ¡Mi bien! Mi dulce cuidado! —  
Marrano llámale en fe  
De razon y amores falto:  
No puede acabar consigo  
Que un amor tan arraigado  
Se le volviese al reyes  
De lo que siempre ha mostrado.  
— ¡Ay bellos ojos, luceros  
Que alumbraban mi cuidado!  
¿Quién pudo tanto con vos  
Que á Bradamante heis dejado?  
Vuelve, vuelve, dulce prenda,  
Cumple el término aplazado  
Antes que la muerte horrenda  
Me prive de ejecutallo.  
¡Pueda amor de tanto tiempo  
Más que un hora de regalo!  
¡No dejes, Ruger, morir  
A quien el pecho has robado!  
¡Mueva tu amor á piedad  
Este rostro delicado,  
Que en lágrimas de sus ojos  
Le verás estar bañado!  
Quien hizo naturaleza  
En todo tan extremado,  
No es bien que se diga del

Que la palabra ha falsado. —  
Llora, solloza y suspira,  
Llama siniestro á su hado,  
Envía al cielo sus quejas,  
A la fuente, rio y prado:  
Vuelve con doblada furia,  
Con furor único y raro  
Llama su dulce Rugero,  
«Ruger, vuelve», y va á abrazallo.  
Anda aquí y allí rabiosa,  
Mil veces vuelve á llamarlo:  
Cuando el eco la responde,  
Piensa que Ruger la ha hablado.  
— No soy Bradamante, dice,  
De quien fuiste enamorado:  
No te escondas, no soy ésta,  
Porque en tí me he trasformado.  
¿Piensas que caminas solo?  
Caminas acompañado  
De mi triste corazon  
Que en el tuyo se ha forjado.  
¡Vuelve esos ojos tan bellos,  
Verás mi pecho abrasado!  
¡No tardes, dichoso moro,  
Porque el tardarte es pesado!  
Aplica á este mal remedio.  
Mira cuán mal me ha tratado:  
Sólo, Rugero, en tí está,  
Que en otro no hay remediallo. —  
Entre estas celosas quejas  
Vuelve, y dice: — ¡Ah esforzado  
Pecho de la sangre ilustre  
De Claramonte y Mongrano!  
¿Tan presto, dí, te olvidaste  
De quién eras? ¿De tu estado?

¿Tan presto y tan sin respeto  
Desdeñas mi amorpreciado?  
¡No llores más, tente, basta,  
No aflojes la rienda tanto!  
Toma tu lanza de oro,  
Salta en tu caballo alado,—  
Dijo, y con furiosa rabia  
En un retrete se ha entrado;  
Armase el peto y la cofia,  
Espaldar y arnés tranzado,  
Y pártese Bradamante  
A buscar su enamorado,  
Revolviendo todo el mundo  
Sin vagar y sin descanso.

## ÍNDICE.

	<i>Páginas.</i>
Virgilio.	5
La Infantina.	6
El Conde Arnaldos.	8
Don Duardos y Flérida.	9
El Soldan de Babilonia y el Conde de Narbona.	11
El conde D. Martin y doña Beatriz.	13
Don Bernaldino.	13
El Infante vengador.	15
La Infanta encantada.	17
El adúltero castigado.	18
La constancia.	20
La dama del Conde alemán.	20
Deslices de amor.	21
El amor filial.	22
La esposa fiel.	23
Romance de Gerineldo.	24
Espino.	25
Don Galvan y la Infanta.	28
Cordura de Aliarda para justificarse de la calumnia de un caballero que se jactó de haberla gozado.	29
El traidor Marquillos y Blanca-Flor.	30
El maldiciente.	31
Lanzarote del Lago.—I.	33
Lanzarote del Lago.—II.	34
Tristan de Leonis.	35
Valdovinos y el marqués de Mantua.—I.	36

¿Tan presto y tan sin respeto  
Desdeñas mi amorpreciado?  
¡No llores más, tente, basta,  
No aflojes la rienda tanto!  
Toma tu lanza de oro,  
Salta en tu caballo alado,—  
Dijo, y con furiosa rabia  
En un retrete se ha entrado;  
Armase el peto y la cofia,  
Espaldar y arnés tranzado,  
Y pártese Bradamante  
A buscar su enamorado,  
Revolviendo todo el mundo  
Sin vagar y sin descanso.

## ÍNDICE.

	<i>Páginas.</i>
Virgilio. . . . .	5
La Infantina. . . . .	6
El Conde Arnaldos. . . . .	8
Don Duardos y Flérida. . . . .	9
El Soldan de Babilonia y el Conde de Narbona. . . . .	11
El conde D. Martin y doña Beatriz. . . . .	13
Don Bernaldino. . . . .	13
El Infante vengador. . . . .	15
La Infanta encantada. . . . .	17
El adúltero castigado. . . . .	18
La constancia. . . . .	20
La dama del Conde alemán. . . . .	20
Deslices de amor. . . . .	21
El amor filial. . . . .	22
La esposa fiel. . . . .	23
Romance de Gerineldo. . . . .	24
Espino. . . . .	25
Don Galvan y la Infanta. . . . .	28
Cordura de Aliarda para justificarse de la calumnia de un caballero que se jactó de haberla gozado. . . . .	29
El traidor Marquillos y Blanca-Flor. . . . .	30
El maldiciente. . . . .	31
Lanzarote del Lago. — I. . . . .	33
Lanzarote del Lago. — II. . . . .	34
Tristan de Leonis. . . . .	35
Valdovinos y el marqués de Mantua. — I. . . . .	36



	<i>Páginas.</i>
Valvovinos. — II.	59
Valdovinos. — III.	74
Valdovinos. — IV.	80
Valdovinos. — V.	81
El Conde Claros.	82
El Conde Alarcos.	95
Roldan desterrado.	107
Reinaldos y la infanta Celidonia.	119
Roldan y el Trovador.	131
Gayferos. — I.	133
Gayferos. — II.	136
Gayferos. — III.	139
Gayferos. — IV.	156
Montesinos busca á Durandarte en la batalla.	158
Durandarte moribundo recomienda á Montesinos que lleve su corazon á Belerma.	159
Belerma recibe nuevas de la muerte de Durandarte.	161
Belerma llora la muerte de Durandarte.	163
Batalla contra Marsin.	164
Muerte de D. Beltran en Roncesvalles.	165
Roldan espira viendo herido y fugitivo en Roncesvalles á Carlo-Mago.	168
Muerte de Roldan.	169
Doña Alda llora la muerte de Roldan.	170
El almirante Guarinos.	171
Cervino moribundo.	176
Angélica y Medoro. — I.	178
Angélica y Medoro. — II.	180
Angélica y Medoro. — III.	181
Locura de Roldan. — I.	182
Locura de Roldan. — II.	183
Doralice abandena á Rodamonte, con quien era desposada, y escoge á Mandricardo.	184
Bradamante celosa.	187

10. 1. — Actual — 12. y contable

JEV  
OTE